Breviarios



128

BL 2540 .S 467



BL2540 .S467





Digitized by the Internet Archive in 2014



BREVIARIOS

del

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

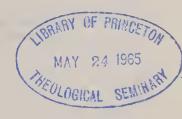
128

PENSAMIENTO Y RELIGIÓN EN EL MÉXICO ANTIGUO

Dibujos de Abel Mendoza

Pensamiento y Religión en el México Antiguo

por LAURETTE SÉJOURNÉ





Primera edición en inglés, 1957 Primera edición en español, 1957 Segunda edición en español, 1964

A MIS MAESTROS Y COLEGAS MEXICANOS

Esta obra ha sido traducida del original francés inédito por A. Orfila Reynal, y fue publicada en inglés por Thames and Hudson, de Londres, con el título de Burning Water

Thought and Religion in Ancient Mexico.

Derechos reservados conforme a la ley
© Fondo de Cultura Económica,
Av de la Universidad, 975 - México 12, D. F.

Impreso y hecho en México Printed and made in Mexico

EL IMPERIO AZTECA

La Conquista de México

Hoy nos parece inconcebible que Europa haya podido ignorar hasta el siglo xvi la existencia de una civilización como la que reinaba entonces en México desde hacía más de mil quinientos años. No menos inconcebible es la indiferencia de que dieron prueba los conquistadores hacia el universo que les fue dado sorprender. El obsequio de las cuentas de vidrios que Cortés hizo a los señores aztecas aclara inmejorablemente la actitud interior que este soldado mantendrá hasta el fin de la Conquista: a pesar de su sorpresa frente a manifestaciones culturales de gran refinamiento, no dudará jamás de que se encuentra en presencia de un pueblo bárbaro cuyo único interés reside en su fabulosa riqueza. En ninguna parte de sus eseritos manifiesta la menor inquietud por comprender una realidad que condena irremisiblemente aun antes de acercarse a clla. Así, apenas nos permite percibirla, cuando ya la ha convertido en ruinas.

Hernán Cortés desembarea, en las costas de México en febrero de 1519. Ocho meses más tarde ha alcanzado ya el corazón mismo del Imperio —la fastuosa Tenochtitlan—* donde es recibido como huésped de honor

Esta marcha triunfal se explica principalmente por el talento indiscutible de este guerrero para la intriga y la traición, talento que le permitió orientarse rápidamente en la turbia política indígena. Poco después

^{*} Mientras los eruditos no resuelvan definitivamente el problema de la ortografía de los vocablos en lengua nahuatl o que tienen su origen en este idioma, habrá confusión en cuanto al modo de escribrlos. Por ello hemos optado por no emplear acentos ortográficos en los nahuatismos. Hemos exceptuado de tal arbário únicamente el nombre de Teotihuacán. (Edit.)

de su llegada, supo descubrir los resentimientos y las veleidades de rebeldía que se incubaban entre los tributarios de Moctezuma y realizó con ellos las alianzas militares que le permitieron sus deslumbrantes victorias. Una voluntad de poder indomable que no lo hará nunca titubear ante una orden de asesinato o una matanza colectiva, cumplirá el resto.

La matanza que hizo en Cholula —el santuario más prestigioso del mundo precolombino- no debió ser extraña a la amable recepción que le reservó Moctezuma. Un hombre capaz de hacer degollar en menos de dos horas seis mil personas reunidas en el patio de un templo, debió despertar la admiración del gran jefe guerrero que era el emperador de los aztecas. Esta hazaña, ejecutada poco antes de llegar a la capital, determinó quizás también la sorprendente pasividad de los Señores mexicanos. Sería en efecto inexplicable que los españoles hayan podido deambular por las calles con incrcíble imperturbabilidad, penetrar en los lugares más sagrados y dar órdenes que trastornaban el Imperio -como la de hacer prisionero a Moctezuma en medio de los suyos o la de destruir ídolos ardientemente venerados-, sin que jamás se haya intentado ninguna acción contra ellos. Será necesaria otra atrocidad como la de Cholula para que se decida, al fin, arrojar de la ciudad a los invasores.

Esto ocurrió en ocasión de ciertas solemnidades religiosas particularmente importantes. Atraídos por las joyas de las vestimentas, los soldados españoles se lanzaron sobre una multitud en adoración en el patio del Templo Mayor,

> tomaron todas las puertas del patio para que no saliese nadie, y otros entraron con sus armas y comenzaron a matar a los que estaban en el areyto, y a los que tañían les cortaban las manos y las cabezas, y daban de estocadas y de lanzadas a todos cuantos topaban, y hicieron una matanza muy grande . . corría la sangre por el patio como el agua cuando llueve. . . por todos los rincones buscaban los espa

ñoles a los que estaban vivos para matarlos. Como salió la fama de este hecho por la ciudad, comenzaron a dar voces diciendo: "¡A la arma, a la arma!" Y luego a estas voces se juntó gran copia de gente, y comenzaron a pelear contra los españoles.¹

Después de algunos días de resistencia, los españoles se vieron obligados a abandonar Tenochtitlan, en donde habían permanecido pacíficamente alrededor de cinco meses. En su retirada, muchos de ellos se ahogaron bajo el peso del botín que querían llevarse a cualquier precio.

Pasaron casi un año en preparativos antes de volver al asalto, ya que les resultó indispensable construir algunos barcos para atacar la inmensa ciudad lacustre.

El sitio duró setenta y cinco días. Cuando Cuauhtemoc, el último emperador de los aztecas, se rindió, Tenochtitlan había dejado de existir: sus templos, incendiados, no eran más que escombros; sus casas, destruidas para obtener material de relleno, yacían en el fondo de los canales; sus habitantes, diezmados por las armas, el hambre y la peste.

En la esperanza de escapar a la esclavitud innoble que les amenazaba, los sobrevivientes trataron de huir, pero

los españoles y sus amigos pusiéronse en todos los caminos, y robaron a los que pasaban, tomándolos el oro y las mujeres mozas y hermosas... también tomaban mancebos y hombres recios para esclavos... y a muchos de ellos herraron en la cara.²

Y éste fue el fin del más poderoso Imperio de Mesoamérica.

Testigos indígenas de su caída han descrito con extraordinaria fuerza este momento dramático. Veamos dos ejemplos de un manuscrito redactado en nahuatl, poco después de la Conquista.

Por fin, todos nos pusimos en movimiento al sitio donde el agua se divide, llegamos al punto que la batalla tiene. Allí fue la dispersión. Sólo por las cuestas se refugia la gente: llenas están las aguas de hombres, llenos están de hombres los caminos. Así, de esta manera fue como feneció el mexicano... y dejó abandonada su ciudad. Allí, donde el agua se divide, nos hallamos reunidos todos. Ya no teníamos escudos, ya no teníamos espadas; nada de comida, no comimos ya. Y así la noche entera llovió sobre nosotros... Al ser aprisionados nuestros jefes, fue cuando el pueblo comenzó a salir en busca de lugar donde instalarse. Y aun al salir, en sus andrajos, en las más secretas partes de sus cuerpos, por dondequiera, los conquistadores hacen requisa y rebusca: a las mujeres les desenrrollan las faldas, les pasan las manos por dondequiera, y buscan en sus bocas, en sus orejas, en sus senos, en sus cabellos. Y así se evadió el pueblo y se dispersó por todas partes por las poblaciones, se fue a meter a los rincones, o cerca de las paredes ajenas. En un año 3-Casa feneció la ciudad, de suerte que nos desperdigamos, en el mes en que se hace cambio de flores, en un día de signo 1-Ĉulebra.3

Todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, nos-[otros los admiramos.

Con suerte lamentosa nos vimos angustiados.

En los caminos yacen dardos rotos,

los cabellos están esparcidos.

Destechadas están las casas,

enrojecidos tienen sus muros.

Gusanos pululan por calles y plazas, y en las paredes están salpicados los sesos. Rojas están las aguas, están como teñidas,

y cuando las bebimos, es como si hubiéramos bebido [agua de salitre.

Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,

y cra nuestra herencia una red de agujeros.

En los escudos fue su resguardo:

pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad!

Hemos comido palos de eritrina, hemos masticado grama salitrosa,

piedras de adobe, lagartijas, ratones, tierra en polvo, [gusanos...4

Es así eomo Tenochtitlan no fue conoeida en vida más que por sus destructores. Para evocar la imagen de esa "Venecia mexicana", se debe entonces, incvi-

tablemente recurrir a ellos.

Era una ciudad de alrededof de trescientos mil habitantes, cdificada sobre una laguna y ligada a la ticrra por tres calzadas magníficamente trazadas. Un gran número de puentes las prolongaban hasta el centro.

Parecía a las cosas de encantamientos que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres, y pirámides y edificios que tenían dentro del agua, todo de cal y canto, algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían era cosa de sucño...⁵

Y a propósito de las grandes plazas pavimentadas de piedras blancas que rodeaban el Templo Mayor, el mismo Bernal Díaz asegura que

hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, en Constantinopla y en toda Italia y Roma y dijeron que plaza tan bien proporcionada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto.⁶

Pero fueron los mercados, frecuentados diariamente por no menos de sesenta mil personas, lo que más sorprendía a los conquistadores. Esos lugares desbordantes de oro, plata, piedras preciosas, plumas de ricos colores, frutas lujuriosas de zonas tropicales, tuvieron el poder de fascinarlos.

Las observaciones precisas que Cortés hizo sobre Te-

nochtitlan constituyen un valioso documento:

Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos, de muy hermosos edificios... y entre estas mezquitas hay una, que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades de ella; porque es tan grande, que dentro del circuito della, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien facer una villa de quinientos vecinos. Tiene dentro deste circuito, toda a la redonda, muy gentiles aposentos, en que hay muy grandes salas y corredores, donde se aposentan los re-

ligiosos que allí están. Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas... la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas, así de cantería como de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte... Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, ... demás de tener muy buenos y grandes aposentamientos, tienen muy gentiles vergeles de flores y de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos... Por no ser más prolijo en la relación de las cosas de esta gran ciudad (aunque no acabaría tan aína) no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente della hay la manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas.7

Cortés confiesa ser incapaz de describir la magnificencia de los palacios de Moctezuma y se limita a declarar al Rey: "...Me parecería casi imposible poder decir la bondad y la grandeza de ellos... y por tanto no me pondré en expresar cosa dellos, mas que en España no hay sus semejantes." 8

Naturaleza de la Sociedad azteca

Aquí surge el problema central y el más espinoso de la historia precolombina: ¿en qué estadio cultural debemos situar la sociedad azteca? Si se examinan los testimonios de los conquistadores, se llega a la conclusión que de ningún modo puede ser estimada como bárbara. Y vamos a poder comprobar que, por el contrario, poseía una riqueza espiritual que obliga a considerarla entre los pueblos de alta civilización. Porque contrariamente a lo que piensan muchos estudiosos, en nombre de una paralizante relatividad de los valores, es posible juzgar de los elementos espirituales de una cultura lejana: entre las innumerables vías que el hombre puede elegir, la de la espiritualidad es quizás la más reconocible.

En el dominio del arte, por ejemplo, lo que nos conmueve en tantas manifestaciones prehispánicas no puede emanar sino del principio trascendental que encierran. Jamás el artesano, por perfecto que sea el dominio de su oficio, llega a la obra maestra que, más allá de las contingencias históricas, nos hace vibrar en lo más profundo de nosotros mismos. ¿Y cómo explicar de otro modo la fascinación que ejercen, aun sobre el más distraído de los visitantes, los centros religiosos del antiguo México, sino por la espiritualidad que presidió su construcción y que circula todavía en sus ruinas?

Existen, además, documentos en los cuales, mejor que en una escultura o un edificio, se puede descubrir la índole del impulso que las originó: son los trozos literarios que, milagrosamente salvados de la destrucción, han llegado hasta nosotros. Ya se trate de cortos poemas de circunstancia, de graves textos ceremoniales o de narraciones míticas, veremos que estos trozos están siempre impregnados de una inquietud cuya naturaleza no es en nada diferente de la que anima las grandes tradiciones religiosas de todos los tiempos. Como tendremos que analizar más adelante el contenido de estas composiciones y demostrar la autenticidad prehispánica de sus fuentes, daremos aquí ejemplos sin comentarios:

¿Acaso voy a mi casa? ¿Acaso con él iré? ¡También vino a cortarse mi vida en la tierra! ¡'Sé tú, dios, para mí: moldéame! ¡Recrea tu pecho, apláquese tu corazón, alégrese tu [corazón]

¿Acaso crees, corazón mío, que sólo vivirás en la tierra? Te angustias, oh corazón mío. ¡Yo nací en la tierra! ¿Acaso tú eres tu propio amigo? ¿Acaso vives por tí mismo?

¡Sé tú, dios, para mí: moldéame! ¡Recrea tu pecho, apláquese tu corazón, alégrese tu [corazón] ¡Oh tú, Acahuitzin, el de bastón de turquesas:
yo me ando arrastrando, ando por la tierra!
¡Sé tú, dios, para mí: moldéame!
¡Recrea tu pecho, apláquese tu corazón, alégrese
[tu corazón]

Lloro, me pongo triste, sólo soy un cantor:
¡Si alguna vez pudiera yo llevar flores,
si con ellas pudiera adornarme en el lugar de los sin
[cuerpo!

No sino como flor es estimado el hombre en la tierra: un instante muy breve goza de las flores primaverales: Gozad con ellas: yo me entristezco.

Vengo de la casa de las finas mariposas: abre su corola mi canto: he ahí múltiples flores: ¡una variada pintura es mi corazón! ¡Yo soy cantor y despliego mi canto! 9

Encontramos este mismo sabor místico en los textos de los discursos que los ancianos pronunciaban en ocasión de todo acontecimiento grave. Veamos el que se dirigía al adolescente que entraba en el Colegio donde eran educados los Grandes del Imperio:

Mira, hijo, que vas no a ser honrado, no a ser obedecido y estimado, sino a ser mandado, has de ser humilde y menospreciado y abatido; y si tu cuerpo cobrare brío y soberbia, castígale y humíllale, mira que no te acuerdes de cosa carnal... mira que no te hartes de comida, sé templado, ama y ejercita la abstinencia y ayuno... y también, hijo mío, has de tener mucho cuidado de entender los libros de nuestro señor; allégate a los sabios y hábiles, y de bucn ingenio...

Del razonamiento... que el señor hacía a sus hijos: Tengáis gran cuidado de haceros amigo de dios que está en todas partes, y es invisible e impalpable, y os conviene darle todo cl corazón y cl cuerpo y mirad que no seáis altivos en vuestro corazón, ni tampoco os desespcréis, ni os acobardéis en vuestro ánimo; sino que seáis humildes de vuestro corazón y tengáis cs-

peranza de Dios... Tengáis paz con todos, con ninguno os desvergonzéis, y a ninguno desacatéis; respetad a todos, tened acatamiento a todos, no os atreváis a nadie, por ninguna cosa afrentéis a persona... humillaos a todos aunque digan de vosotros lo que quisiesen; callad, y aunque os abatan cuanto gustaren no respondáis palabra... 10

Y las palabras que la partera pronunciaba ofrendando el recién nacido a la divinidad del agua:

Ya está en vuestras manos, lavadla y limpiadla como sabéis que conviene... purificadla de la suciedad que ha sacado de sus padres, y las mancillas y suciedades llévelas el agua, y deshágalas, y limpie toda inmundicia que en ella hay. Tened por bien señora, que sea purificado y limpio su corazón y su vida... en vuestras manos se queda, porque vos sola sois la que merecéis y sois digna del don que tenéis, para limpiar desde antes del principio del mundo.¹¹

Pero lo que demuestra de una manera terminante el desarrollo espiritual de los pueblos prehispánicos es la existencia entre ellos del bautismo y del perdón de los pecados. Aunque generalmente considerados con indiferencia por los investigadores, como si no se tratara más que de simples rituales entre muchos otros, el conocimiento de estos sacramentos implica una elevación interior de una riqueza insospechada: la purificación y la humildad constituyen los fundamentos mismos de toda verdadera moral religiosa.

Teniendo en cuenta la importancia de este punto para la comprensión del pensamiento azteca, transcribimos un pasaje del sermón que el confesor dirigía al

penitente.

De la confesión auricular que estos naturales usaban en tiempo de su infidelidad, una vez en la vida.

Habla el sátrapa al penitente diciendo: "¡Oh hermano, has venido a un lugar de mucho peligro, y de mucho trabajo y espanto... has venido... al lugar don de los lazos y redes están asidos los unos con los otros, y también sobrepuestos entre sí, de manera que nadie

puede pasar sin caer en alguno de ellos... éstos son tus pecados que no solamente son lazos y redes y pozos en que has caído, pero también son bestias fieras, que matan y despedazan el cuerpo, y el ánima... Cuando fuiste criado y enviado, y tu padre y madre Quetzalcóatl, te formó como una piedra preciosa... pero por tu propia voluntad y albedrío te ensuciaste... y ahora te has confesado... has descubierto y manifestado todos ellos [tus pecados] a nuestro señor que es amparador y purificador de todos los pecadores; y esto no lo tengas por cosa de burla porque de verdad has entrado en la fuente de la misericordia que es como agua clarísima con que lava las suciedades del alma, nuestro señor dios, amparador y favorecedor de todos... ahora nuevamente has tornado a nacer, ahora nuevamente comienzas a vivir, y ahora mismo te da lumbre y nuevo sol nuestro señor dios; también ahora comienzas a florecer, y a brotar como una piedra preciosa muy limpia que sale del vientre de su madre donde se cría... Conviene que hagas penitencia trabajando un año o más en la casa de dios, y allí te sacarás sangre, y punzarte has el cuerpo con puntas de maguey; y para que hagas penitencia de los adulterios y otras suciedades que hiciste, pasarás cada día dos veces mimbres, una por las orejas, y otra por la lengua, y no solamente en penitencia de las carnalidades arriba dichas, pero también en penitencia de las palabras malas e-injuriosas con que afrentaste e injuriaste a tus prójimos, con tu mala lengua. Y por la ingratitud que tuviste cerca de las mercedes que te hizo nuestro señor, y por la inhumanidad que tuviste cerca de los prójimos en no hacer ofrendas de los bienes que te fueron dados de dios, ni en comunicar a los pobres de los bienes temporales que fueron comunicados a ti por nuestro señor. Tendrás cargo de ofrecer papel y copal, y también de hacer limosnas a los hambrientos menesterosos, y que no tienen qué comer, ni qué beber, ni qué vestir, aunque sepas quitártelo de fu comida para se lo dar, y procura de vestir a los que andan desnudos y desarrapados; "mira que su carne es como la tuya, y que son hombres como tú..." 12

Adelantándose a la incredulidad que podrían despertar estos testimonios de la indiscutible espiritualidad de los "salvajes" que venía a catequizar, el buen Padre Sahagún declara en el prólogo del libro sexto:

lo que en este volumen está escrito, no cabe en entendimiento de hombre humano el fingirlo, ni hombre viviente pudiera contradecir el lenguaje que en él está; de modo que, si todos los indios entendidos fueran preguntados, afirmarían que este lenguaje es propio de sus antepasados y obras que ellos hacían.¹³

Por sorprendente que sea, no existe ninguna tenta-tiva para explicar el origen de la confesión entre los indígenas, a pesar de representar ésta un fenómeno tan importante que, lógicamente, debería suministrar la clave de su hermético sistema religioso.

La razón principal de esta negligencia reside posi-blemente en la ambigüedad desconcertante del carácter de la cultura azteca: al mismo tiempo que manifestaciones de una innegable grandeza moral, ofrece aspectos de barbarie absoluta que detienen cualquier impulso de comprensión. Con esta contradicción profunda se choca cuando se intenta comprender el pensamiento de los aztecas. Si no se le hace frente decididamente, se tendrá siempre de este pueblo una falsa imagen porque es imposible escamotear uno u otro de estos aspectos básicos —barbarie y grandeza moral— sin que el conjunto resulte irremediablemente confuso.

Los sacrificios humanos

Debemos reconocer que el asesinato ritual parece haber sido en Tenochtitlan una realidad más exigente que la voluntad de pureza que implican la penitencia y el bautismo. Con orgullo, los anales informan sobre las decenas de millares de víctimas a las cuales se les arrancaba el corazón en ocasión de solemnidades importantes. De hecho, el sacrificio estaba íntimamente ligado a la existencia cotidiana: por una parte, porque constituía el punto central de las ceremonias que absorbían totalmente a la población, por otra, porque los

particulares tenían también el derecho de inmolar hombres por su propia euenta. Un rico mercader que ofrecía un banquete, por ejemplo, podía pagarse el lujo de comprar algunos esclavos, de haeerlos matar por un sacerdote y de repartir los despojos coeidos entre sus invitados. Hé aquí lo que acerca de este tema nos dice Sahagún:

> Compraban estos esclavos en Azcapotzalco porque allí había feria de ellos, y allí los vendían los que trataban en tan ruin mercadería... El tratante que compraba o vendía los esclavos alquilaba los cantores para que cantasen y tañesen... para que bailasen y danza-sen los esclavos en la plaza donde los vendían... los que querían comprar esclavos para sacrificar y para comer, allí iban a mirarlos cuando andaban bailando y estaban compuestos, y al que veían que mejor cantaba, y más sentidamente danzaba conforme al son y que tenía buen gesto y buena disposición, que no tenía tacha corporal, ni era corcovado, ni gordo demasiado, y que era proporcionado y bien hecho en su estatura... luego hablaba al mercader sobre el precio del esclavo; y los que ni cantaban ni danzaban sentidamente, dábanlos por treinta mantas, y los que canta-ban y danzaban sentidamente, y tenían buena disposi-ción, dábanlos por cuarenta mantas... Llegando a su casa el que los llevaba ya comprados, cchábanlos en la cárcel de noche, y de mañana sacábanlos, y a las mujeres daban recaudo para que hilasen, entre tanto que llegaba el tiempo de matarlas; a los hombres no les mandaban que hicicsen trabajo alguno...
>
> Ataviaba y vestía a los esclavos que habían de mo-

> rir... Estando con sus atavíos, a la media noche, poníanlos en el zaguán de la puerta para que los viesen los con-vidados. . . Toda la noche comían y bebían los que iban y venían en aquella casa... Otro día siguiente hacían lo mismo... Este día ponían a los esclavos que habían de morir unas cabelleras hechas de pluma rica... Les daban entonces compañía, que los guardasen de noche y de día... La cuarta vez que llamaba a sus convidados el que hacía el banquete, era quando habían de mater a los condeves 14.

cuando habían de matar a los esclavos.14

El relato de las innumerables ficstas que se celebraban todo el año no es más que una serie de atrocidades y, como es natural, los adoratorios de los templos parecían verdaderas carnicerías. He aquí el testimonio de uno de los conquistadores:

Estaban allí unos brascros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de indios que aquel día habían sacrificado y se quemaban... Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan babadas y negras de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente.¹⁵

Pero nada mejor que la simple lista de los rituales con que, cada veinte días, era celebrada la divinidad reinante, pues proporciona una visión precisa del papel que tenía el sacrificio humano en la sociedad azteca.

En las calendas del primer mes... mataban muchos niños, sacrificábanlos en muchos lugares y en las cumbres de los montes, sacándoles los corazones

a honra de los dioses del agua...

...En el primer día del segundo mes hacían una fiesta a honra del dios llamado Tótec... donde mataban y desollaban muchos esclavos y cautivos... En el primer día del tercer mes hacían fiesta al dios llamado Tlaloc... En esta fiesta mataban muchos niños sobre los montes...

En el primer día del cuarto mes hacían una fiesta a honra del dios... de los maíces... y mataban mu-

chos niños...

En el quinto mes hacían gran fiesta a honra del dios llamado ...Tezcatlipoca... a su honra mataban en la fiesta a un mancebo escogido, que ninguna tacha tuviera en su cuerpo...

En el sexto mes... mataban muchos cautivos y otros esclavos, compuestos con los ornamentos de estos

dioses llamados Tlaloques...

En el séptimo mes... hacían fiesta a la diosa de la sal... mataban a honra de esta diosa una mujer compuesta con los ornamentos que pintaban a la misma diosa... 16

Y sigue así para los dieciocho meses de su año. Evitaremos los detalles, pues esta corta enumera-ción es suficiente para apreciar cuán difícil es juzgar imparcialmente a una sociedad que perpetró tales ho-

rrores.
¿Cómo, después de esto, tomar en serio la espiritualidad de los aztecas? ¿No deberíamos más bien considerarlos definitivamente como bárbaros primitivos? Confesemos que es a lo que uno se siente inclinado al conocer las descripciones de sus ceremonias. Pero ¿qué haremos entonces con las pruebas que atestiguan una indiscutible elevación moral? ¿Nos resignaremos a perdonar estas masacres invocando una realidad extraña que escapa a nuestro entendimiento moderno? Tampoco esto nos parece aceptable. Cualesquiera sean su forma y la época en las cuales se comete, el crimen es de una esencia tan opuesta a la de la espiritualidad, que sólo en la medida en que ésta haya sido destruida será posible la ferocidad. Confundir las exterminaciones en masa de los aztecas con el ideal ético que impregna sus textos, sería como Confundir las exterminaciones en masa de los aztecas con el ideal ético que impregna sus textos, sería como explicar los actos de la Inquisición por la enseñanza de Cristo. Otros investigadores bien intencionados tienen la tendencia a justificar los sacrificios humanos recordándonos las guerras que devastan el mundo de hoy. Entendemos que la cuestión está así igualmente mal planteada. No se trata de comparar acciones inhumanas, sino de comprender cómo el crimen es oficialmente permitido en el seno de una sociedad regida por una moral que lo prohibe que lo prohibe.

Este problema parece no haber inquietado mucho a la mayor parte de los americanistas, que aceptan generalmente con una facilidad desconcertante la explicación que de los sacrificios humanos dan los cronistas. En la religión azteca, nos dicen, el hombre no tenía otro fin sobre la Tierra que el de alimentar al Sol con su propia sangre, sin la cual el astro moriría agotado. Es este trágico dilema el que imponía a los dirigentes la triste obligación de elegir entre la matanza y el fin del mundo. del mundo

De acuerdo con esta versión, cada ciudadano, consciente de su misión cósmica, se dejaba arrancar alegremente el corazón y, como en nuestros manuales de historia, las crónicas aztecas retuvieron los nombres de toria, las crónicas aztecas retuvieron los nombres de ciertos guerreros cuya muerte particularmente heroica era tenida por ejemplar. Pero si nos negamos a considerar como naturales, costumbres que, cualesquiera que sean el lugar y el momento, no pueden ser más que monstruosas, discerniremos pronto que se trata en realidad de un Estado totalitario cuya existencia estaba basada sobre el desprecio total de la persona humana.

Si todo hubiera sido tan simple, ¿para qué la autoridad y la disciplina implacables que dominaban Tenochtitlan? Según testimonio de los cronistas, sean ellos españoles o indígenas, toda libertad de pensamiento o de acción era inconcebible en el mundo azteca. Leyes, sentencias y prescripciones sin número

miento o de acción era inconcebible en el mundo azteca. Leyes, sentencias y prescripciones sin número indicaban el comportamiento que se debía observar en cada circunstancia de la vida, estableciendo un sistema en el cual la determinación personal estaba ausente, donde la dependencia y la inestabilidad eran absolutas y donde el miedo reinaba. La muerte planeaba en cada instante sobre todos y cada uno y constituía el cimiento de este edificio en que el individuo estaba prisionero. Unos, por su calidad social, estaban legalmente destinados a la exterminación: los esclavos —y toda persona podía llegar a serlo al perder su fortuna o sus derechos cívicos—; los guerreros cautivos; los niños que por haber nacido bajo un buen signo eran inmolados a los dio-

nacido bajo un buen signo eran inmolados a los dio-ses... Luego, la pena capital era amenaza constante ses... Luego, la pena capital era amenaza constante para quien osara llevar un vestido por debajo de la rodilla sin tener derecho a ello; para el funcionario que se hubiese aventurado en una sala del palacio que no le estaba permitida; para el comerciante que por sus riquezas se volviera demasiado orgulloso; para el danzante que se equivocara en un paso de baile...

Según las leyes que los dirigentes promulgaron, se descubre que esta mecánica para doblegar a los hombres no se estableció tan fácilmente como se quiere

imaginar. Por ejemplo, al saber que toda persona —sacerdote o espectador— que se retirara antes de que los sacrificios de los niños a Tlaloe hubieran quedado consumados, era tenida por infame; declarada indigna de todo empleo público y convertida en un miserable fuera de la ley, ya no puede satisfacernos la explicación de que se trata de "misteriosos rituales mágicos" Sahagún arroja más luz sobre el cuadro al decirnos que "…los padres de las víctimas se sometían a estas prácticas vertiendo muchas lágrimas y con una gran pena en su corazón".¹⁷ Por su parte, el cronista Tezozomoc escribe que los jefes y los señores eran invitados a asistir a los sacrificios humanos bajo pena de ser sacrificados si faltaban a estas ceremonias. Además, existían medidas previstas para el caso de que aquellos que iban al das previstas para el caso de que aquellos que iban al sacrificio, en lugar de subir las escaleras del templo alegremente como lo exigía la moral dirigente, tuvieran el mal gusto de ser presos de pánico, desmayarse o llorar.

Auténticos gritos humanos, estos textos revelan las luchas y las resistencias que indudablemente fue necesario vencer para imponer este sistema de terror, cuya perfección hace olvidar al individuo e indican que el llamado perseguiento religioso de los artecas no era más

mado pensamiento religioso de los aztecas no era más que un arma política en manos de déspotas inexorables.

¿Y podría ser de otro modo? ¿Cómo creer seriamente que una religión —es decir, una revelación que libera al hombre de la angustia de su destino— pueda establecerse sobre leyes destructoras? Si se acepta que una doctrina religiosa puede surgir de una concepción tan desprovista de amor —y ello no únicamente en los actos de sus ministros sino en su mismo origen—, se anula toda posibilidad de comprenderla.

¿Cómo admitir que la creencia en la tiranía del Sol sobre la vida física haya podido enraizar en el corazón de los hombres? Más verosimil es pensar que sólo por la fuerza pudo implantarse y que la espiritualidad de algunos aspectos de la vida azteca debía provenir de una tradición antigua, traicionada en su esencia en beneficio de una estructura temporal dominada por una implaca-

ble voluntad de poder. Para confirmarlo, no tendremos más que seguir con fidelidad los textos históricos.

Fuentes de la Historia del México Antiguo

Detengámonos un instante para examinar la natura-leza de los materiales que hacen posible una historia

del México antiguo.

En primer término, se cuenta con las narraciones de los mismos conquistadores, las más importantes de las cuales son las de Hernán Cortés y de Bernal Díaz del Castillo. Además de la relación detallada de la Conquista, sus escritos ofrecen anotaciones valiosas acerca del mundo precolombino, ya que fueron los únicos que lo conocieron en vida. Como lo hemos indicado, la gran Tenochtitlan —que no se rindió hasta que fue to-talmente aniquilada— no nos es conocida sino a través de sus descripciones.

Existen después los documentos de aquellos que, con la ayuda de recuerdos y de vestigios, trataron de evo-car la imagen de esta civilización desaparecida para siempre. Entre ellos sobresalen las figuras de varios autóctonos que, introducidos ya en el extraño universo del catolicismo colonial, relatan la historia de su pasado a fin de que sus nuevos amos aprecien su grandeza. Estos descendientes de príncipes — Ixtlilxochitl, Tezozomoc, Chimalpain— transcribieron en su lengua nahuatl (sirviéndose de nuestro sistema de representación fonética), manuscritos provenientes de antiguas bibliotecas reales, ya que como es natural en pueblos tan desarrollados, los prehispánicos tenían costumbre de fijar, por medio de la escritura simbólico-ideográfica, la totalidad de su saber.

Otra fuente de conocimientos proviene de los cantos por los cuales se grababa en los colegios aztecas la historia de los dioses y de los héroes en la memoria de los jóvenes. Una gran parte de los manuscritos anónimos del xvi y de principios del xvii no son más que transcripciones al nahuatl de mitos, trozos épicos o poemas

religiosos guardados vivos en el corazón de algunos hombres. Por ejemplo, la obra de la cual todo estudio sobre la cultura prehispánica debe extraer lo esencial de su documentación —la de Bernardino de Sahagún (1499-1590)— fue compuesta con la ayuda de personas que recordaban todavía lo que, en su adolescencia, les fue transmitido por medio de esta enseñanza oral. Como la mayor parte de nuestras citas provienen de la obra magistral de Sahagún —Historia general de las cosas de Nueva España—, nos parece útil referirnos aquí a la forma en que fue elaborada, porque nada mejor para asegurar la autenticidad de su contenido como el rigor con el cual la investigación fue efectuada. Nos limitaremos a extraer un pasaje del libro que un eminente estudioso le ha consagrado:

a aquel sapientísimo franciscano que, hace cuatro siglos, emprendió, por primera vez en la historia del mundo, la más completa investigación etnográfica de pueblo alguno... Su maravillosa intuición revélase sorprendente cuando se entera uno del método científico por él seguido: al escoger primeramente los mejores informantes, cuidadosamente seleccionados por su ciencia y por su probidad; al lograr, después, que éstos se decidieran a comunicarle sin recelo todo lo que sabían; al admitir que los mismos proporcionaran sus datos en la forma para ellos más fácil y asequible, en la manera a que estaban acostumbrados: con sus pinturas indígenas; al utilizar al mismo tiempo, como imprescindibles auxiliares, a sus antiguos discípulos indígenas... que a más de conocer muy bien su lengua nativa eran peritos en la latina y en la castellana y, finalmente, al hacer pasar todos los informes así recogidos por varios tamices... Sahagún seguía... el más riguroso y exigente método de las ciencias antropológicas.¹⁸

Si a esta clarividencia y probidad intelectual se agrega una devoción a toda prueba y una profunda misericordia hacia el pueblo vencido, nos persuadiremos de que la obra de Sahagún constituye una de las más generosas manifestaciones del espíritu, venida milagro-

samente para compensar la falta de valores humanos inherente a toda guerra de conquista.

La formación de la Cultura Azteca

A pesar de que nuestra finalidad no es la exposición de hechos históricos, nos vemos obligados a intentarla brevemente porque es imposible analizar la unidad cultural azteca sin conocer el proceso de su formación.

A partir del siglo xi, tribus nómadas comienzan a llegar al centro de México donde, desde los principios de nuestra era, reinaba una muy alta civilización.

El lugar de origen de estas tribus que pertenecían al gran grupo llamado chichimeca —término que designa un estado de cultura primitiva— no ha sido todavía determinado con exactitud, a pesar de que se le sitúa generalmente al norte del país.

generalmente al norte del país.

Acerca del período que se extiende hasta el principio del siglo xIV, las crónicas no relatan más que la historia de la transformación de estos diversos grupos nómades en comunidades agrícolas y de las luchas sangrientas que se suceden sin interrupción por la posesión del valle de México.

Los aztecas figuran entre estas tribus de cazadores. Llegan al Altiplano después de penosas peregrinaciones en las cuales algunos episodios, al mismo tiempo que aclaran su condición arcaica, señalan con fuerza el caaclaran su condición arcaica, señalan con fuerza el carácter ya específicamente guerrero de los futuros fundadores de Tenochtitlan. Entre estos episodios, el más significativo es quizá el que se refiere a la supresión de la hechicera, hasta entonces jefa de la tribu, en favor del héroe Huitzilopochtli. Se relata que Malinalxochitl, hermana de Huitzilopochtli, gobernaba por medio de poderes mágicos, de los que ella sola tenía el secreto. Entre otras cosas inquietantes, conocía la manera de dominar las bestias feroces con las cuales ella jugaba, después, malas pasadas a los hombres. A pesar de la adoración y del miedo que inspiraba, terminaron por rebelarse contra su tiranía, y Huitzilopochtli, aparecido en sueños al sacerdote que lo había consultado, aconsejó sin ambages desembarazarse de la hechicera declarando que no podría ser por medios atrasados, como los sortilegios y la magia, como llegarían a la gloria y a la grandeza, "sino por ánimo y valentía de corazón y brazos".19

brazos".19

Este acontecimiento, punto final de una lucha contra conceptos ya superados, aparece como una verdadera revolución. Considerando la voluntad como la única fuerza mágica posible, los hombres de este episodio parecen desear diferenciarse con orgullo del mundo animal y vegetal con el cual estaban hasta entonces estrechamente confundidos, y sustituyen la hechicera por el jefe guerrero Esto parecía indicar que los aztecas no conocían más que las leyes arcaicas de la brujería hasta que tomaron contacto con las creencias religiosas del Altiplano, creencias que ellos adaptaron inmediatamente a su mentalidad rudimentaria.

Mi principal venida y mi oficio es la guerra... Tengo que aguardar y juntar todas sucrtes de naciones, y esto no graciosamente.²⁰

Tales palabras pronunciadas por Huitzilopochtli, después de su victoria sobre Malinalxochitl, a un pequeño grupo de hombres desnudos que partían a la conquista del mundo, marcan el comienzo de una dramática aventura humana. Penetrados del sentido de la misión que tienen que cumplir, los aztecas avanzarán sobre el camino que su jefe les indica, sin vacilar, como sonámbulos, y ni por un momento parecen olvidar estas terribles profecías:

De cuatro partes cuadrantes del mundo habéis de conquistar, ganar y avasallar para vosotros... os ha de costar así mismo sudor, trabajo y pura sangre...²¹

Cuando estén en contacto con otros pueblos, los veremos aplicar con rigor esta filosofía de voluntad de poder.

Llegados tardíamente al Valle de México, de inme-

diato se ponen a luchar por la tierra y la supremacía política con tribus que, por haber adoptado ya costumbres más civilizadas se dejan sorprender por la brutalidad de los recién venidos. Y por medio de hazañas más feroces las unas que las otras, los aztecas se impondrán —a las comunidades del Altiplano primero, y a las de todo el país, hasta la América Central después—, de modo que el reino del pueblo elegido, sueño de algunos fanáticos, no tardará en convertirse en realidad. Fundada en 1325 con medios precarios, por una población miscrable y perseguida, Tenochtitlan será pronto la metrópolí que maravillará a los españoles. Enteramente preocupados por relatar esa loca carrera hacia el poder —atrocidades guerreras, alianzas y casamientos entre enemigos, traiciones realizadas en nombre de la amistad— los cronistas se ocupan apenas del fenómeno más trascendente de este turbulento período histórico: la lenta integración de los chichimecas a la unidad cultural cuyo centro había sido el Altiplano. Únicamente por medio de rasgos dispersos al azar podemos imaginar cómo esas diversas poblaciones de cazadores primitivos se posesionaron poco a poco de la rica tradición que impregnaba la comarca entera. Parece que la transmisión se operó principalmente a través de las mujeres pertenecientes a la civilización disgregada, que los recién venidos tomaron como esposas o como educadoras de sus hijos. Al mismo tiempo que adoptan las costumbres de la antigua cultura —se nos dice, por ejemplo, que en un momento dado aprenden a cocer la carne que hasta entonces habían devorado cruda, o que abandonan las grutas para vivir en habitaciones construidas—, terminan igualmente por asimilar de tal modo su lengua y sus creencias que al cabo de algunas generaciones, olvidando ya sus oscuros orígenes, los jefes de las diversas tribus se proclamaron descendientes del pueblo glorioso, antaño floreciente en esos mismos parajes. Si se piensa que ninguna de estas tribus poseía un pasado cultural, se comprenderá que hayan considerado jes. Si se piensa que ninguna de estas tribus poseía un pasado cultural, se comprenderá que hayan considerado como sus verdaderos antepasados precisamente a aquellos

que les habían legado la base misma de toda su vida

espiritual.

Una vez convertidos en dueños indiscutibles, los aztecas se erigieron en herederos oficiales de la antigua civilización; y está fuera de duda que la fuerza que extrajeron de esta herencia espiritual les ayudó, tanto como el arco y la flecha, a conquistar el dominio temporal tan frenéticamente anhelado. La asimilación rápida, por hombres ayer todavía en estado salvaje, de un pensamiento, de una ciencia y de medios de expresión altamente elaborados, pone de relieve, una vez más, la extraordinaria fuerza de voluntad que presidió todos los actos de la corta vida de la sociedad azteca.

Así es cómo, para trazar los orígenes de los aztecas, los cronistas nos hablan de los antiguos nahuas a quienes atribuyen la creación aproximadamente en los comienzos de nuestra era, del sistema religioso que debía alimentar el México precolombino hasta la Conquista, es decir durante más de mil quinientos años. Y veremos en otro capítulo que las excavaciones arqueológicas han confirmado la veracidad de esos textos, descubriendo en las ruinas de la primera capital nahuatl la presencia de los mismos dioses, de los mismos rituales, del mismo lenguaje simbólico que en la última: la infortunada Tenochtitlan.

Los Toltecas

No deja de sorprender la veneración que los muy orgullosos aztecas manifestaban hacia esos antepasados nahuas. Se hubiera podido esperar que, una vez dueños del universo, dispusieran libremente de la herencia cultural de la que se habían apropiado, atribuyéndola, por ejemplo, a algún héroe nacional. Nada semejante ocurrió. Reconocieron siempre humildemente que la totalidad de sus conocimientos les venía de aquellos que fueron "los primeros pobladores de esta tierra, y los primeros que vinieron a estas partes que llaman tierra de México... los que diseminaron la semilla humana primero aquí en este país".22

Henos aquí frente a ese pueblo lejano al que todos los documentos sin excepción presentan como el creador de la más importante de las culturas antiguas. Se nos dice que por su extrema habilidad artística fueron llamados toltecas, término que, en nahuatl, significa maestros-artesanos. Veamos lo que Sahagún nos dice a su respecto.

Eran sutiles y primorosos en cuanto ellos ponían la mano, que todo era muy bueno, curioso y gracioso, como las casas que hacían muy bellas, de dentro muy adornadas, de cierto género de piedras preciosas muy verdes por encalado, y las otras que no estaban así adornadas, tenían un encalado muy pulido, que era de ver, y piedras que estaban hechas, también labradas y pegadas, que parecía ser cosa de mosaico; con razón después se llamaron cosas de primos y curiosos oficiales, por tener tanta lindeza de primor y labor...

Ellos fueron inventores del arte de hacer obras de pluma,... y así todas las demás que antiguamente usaban, fueron peculiarmente hechas de su invención

a maravillas y con gran artificio...

Tenían asimismo mucha experiencia, y conocimiento los Toltecas, en cuanto que conocían las calidades y las virtudes de las hierbas, y dejaron señaladas y conocidas las que ahora se usan para curar, porque también eran médicos y esencialmente los primeros de esta arte... Ellos fueron los primeros inventores de la medicina...

Fue tan grande lo que alcanzaron acerca del conocimiento de las piedras, que aunque estuviesen metidas dentro de alguna grande, y debajo de la tierra, con su ingenio natural y filosofía las descubrían y sabían donde las habían de hallar...

Tan curiosos eran los dichos Toltecas, que sabían todos los oficios mecánicos, y en todos ellos eran los únicos y primos oficiales, porque eran pintores, lapidarios, carpinteros, albañiles, encaladores, oficiales de pluma, de loza, hilanderos y tejedores...

Eran tan hábiles en la astrología natural... que ellos fueron los primeros que tuvieron cuenta, y la compusieron de los días que tiene el año... También inventan el arte de interpretar los sueños, y eran tan

entendidos y sabios, que conocían las estrellas de los cielos, y les tenían puestos nombres y sabían sus influencias y calidades: sabían así mismo los movimientos de los cielos. y esto por las estrellas... Estos dichos. Toltecas eran buenos hombres y allegados a la virtud... eran altos, de más cuerpo que los que ahora viven... Eran también buenos cantores, y mientras cantaban o danzaban, usaban atambores y sonajas de palo... tañían, componían y ordenaban de su cabeza cantaras su cantaban de su cabeza cantaras en componían y ordenaban de su cabeza cantaras. curiosos; eran muy devotos, y grandes oradores...²³

Esta descripción contiene los rasgos fundamentales de las civilizaciones mesoamericanas y podría servir como definición de su carácter cultural. Por extensa que pueda parecer, la lista resulta, sin embargo, incompleta si se recapitulan los conocimientos puestos en juego en la creación de la gran Tollan, la de los esplendores legendarios. Cuando nos detengamos en este centro religioso, veremos que no solamente lo que Sahagún relata ha sido estrictamente confirmado por el material arqueológico, sino también que este ilustre historiador —que no tuvo el privilegio de conocer sus ruinas—, se halla lejos de poder dar, con su enumeración, una idea de la prodigiosa gracia creadora de que dieron prueba sus constructores. prueba sus constructores.

La civilización de los toltecas irradió hasta países muy lejanos y se ha comprobado arqueológicamente que desde el fin del siglo v, es decir, alrededor de cuatrocientos años después de la fundación de su capital, habían ya formado la vasta unidad cultural que se extendía más o menos sobre todos los territorios designados por los antropólogos de hoy bajo el nombre de Mesoamérica. Este hecho hállase igualmente confirmado por los textos históricos, como puede verse en las siguientes polabras de Sabagún:

palabras de Sahagún:

no solamente en el pueblo de Tullan... se han hallado las cosas tan curiosas y primorosas que dejaron hechas... sino también se encuentran en todas partes de la Nueva España, donde se han hallado sus obras, como son ollas, ...muñccos de niños, joyas y otras muchas cosas por ellos hechas, la causa de esto es porque casi

en todas partes estuvieron derramados los dichos tol tecas... 24

Dejando para más adelante las precisiones geográficas referentes a esa expansión, diremos solamente que, si se confronta este pasaje con el material arqueológico correspondiente, nos sorprendemos de la precisión de los detalles dados por Sahagún. Hay, en efecto, pocos lugares de México y América Central que no posean restos toltecas; y además, los objetos que indica como específicos de este pueblo son precisamente aquellos que se encuentran en el curso de excavaciones en su antigua capital, incluso los "muñecos de niños" que, a no ser por esta prueba científica, habrían podido parecer fantasía del informante.

Algunos años más tarde, los aztecas intentaron reconstituir esta misma unidad; y es probable que el hecho de compartir con las provincias codiciadas las mismas bases culturales heredadas de los toltecas, facilitó la tarea de sus diplomáticos y de sus guerreros. Ixtlilxochitl confirma esta hipótesis diciendo que los aztecas

sojuzgaron todo el imperio de esta Nueva España, desde los términos de los chichimecas y reyno de Michoacán hasta las últimas provincias que poseyeron los antiquísimos reyes toltecas.²⁵

Lo cierto es que la influencia nahuatl, que en el siglo xvi se encontró arraigada en todo el país, debió provenir de los toltecas y no, como generalmente se piensa, de los aztecas. Es, en efecto, poco verosímil que éstos hayan podido, en menos de cien años, implantar profundamente una cultura en el seno de poblaciones vencidas y a los ojos de las cuales fueron siempre los enemigos (las traiciones en favor de los españoles lo demostraron suficientemente).

Quetzalcoatl

¿Qué fue lo que permitió a los toltecas alcanzar su grandeza incomparable? Evidentemente esto es un pro-

blema sin respuesta posible, porque aunque tuviéramos referencias precisas en cuanto al origen de sus rasgos culturales —lo que desgraciadamente ni es el caso— no saldríamos de la ignorancia, ya que ningún análisis lógico es susceptible de explicar la chispa espiritual que, sola, puede encender una civilización. Pero, como debemos tratar de comprender, alejaremos los límites del misterio para observar los hechos disponibles.

Existe un personaje que, por estar indisolublemente ligado a la vida de los toltecas, nos proporciona un hilo conductor: Quetzalcoatl. De acuerdo con los datos que conservamos, la realidad histórica de Quetzalcoatl parecería estar fuera de duda, ya que se mencionan in-numerables veces sus cualidades de jefe. Sahagún re-

lata que:

En esta ciudad [de Tollan] reinó muchos años un rey llamado Quetzalcoatl... Fué extremado en las virtudes morales... está el negocio de este rey entre estos naturales como el del rey Arthus entre los ingleses...²⁶

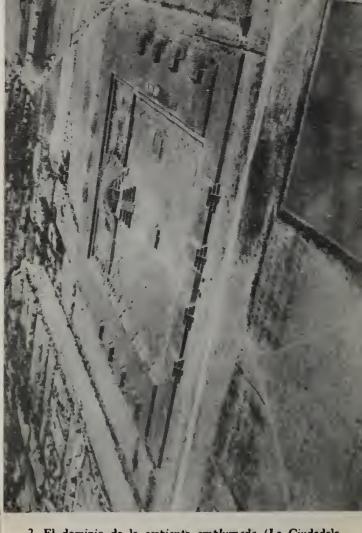
Pero la celebridad de Quetzalcoatl sobrepasó los cuadros de su antigua capital. De hecho, constituye, el personaje central de la historia mesoamericana. Ningún otro nombre, así sea el del más poderoso de los emperadores, puede nunca, ni remotamente, comparársele Como lo señala un eminente americanista, Quetzalcoatl es "la más grande figura en la antigua historia del Nuevo Mundo, con un código de ética y amor por las

ciencias y las artes".27

Su papel esencial en la fundación de la cultura nahuatl no ha sido puesto en duda por ninguno de los historiadores de los siglos xvi y xvii, los que especifican siempre que, así como nuestra era comienza con Cristo, la de los aztecas se abrió —aproximadamente en la misma época— con Quetzalcoatl. Su imagen —la serpiente emplumada— poseyó para los pueblos precolombinos la misma fuerza de evocación que el Crucifijo para la Cristiandad. En Tenochtitlan continuaba siendo objeto de la más profunda veneración. Además de



1. Pirámide del Sol, Teotihuacán



2. El dominio de la serpiente emplumada (La Ciudadela, Teotihuacán)



3. Plataformas y basamentos de los santuarios que rodean la Ciudadela, Teotihuacán



4. La pirámide de Quetzalcoatl en la Ciudadela



5. Cabezas de Quetzalcoatl y de Tlaloc sobre cuerpos de serpientes en bajorrelieve. (Detalle de la pirámide de Quetzalcoatl)



6. Bajorrelieve representando la cola de una serpiente de cascabel, proveniente de la base de la pirámide del Sol Teotihuacán



7. Jeroglífico de un ciclo de tiempo (Museo Nacional de México)



8. Caballero Aguila. Escultura azteca (Museo Nacional de México)

ser invocado como creador del hombre y de sus obras, era tenido como el patrón de dos instituciones que representaban la base misma de la vida social y religiosa azteca: el sacerdocio y los colegios de los príncipes. Hasta el fin del Imperio, los grandes pontífices de la metrópoli continuaron llamándose "sucesores de Quetzalcoatl".

¿Quién era, entonces, este personaje primordial y por qué su memoria fue tan ardientemente venerada? Sabiendo que bajo su reinado fue cuando se fundó la primera ciudad precolombina donde cristalizaron los cuadros sociales y religiosos que predominarán en Mesoamérica durante más de mil quinientos años, se piensa

ante todo en un organizador sin igual.

¿Pero dónde extrajo este hombre de Estado la fuerza que le permitió amalgamar y transfigurar los elementos culturales que heredó de los tiempos arcaicos, en un sistema homogéneo cargado de tal dinamismo? Es evidente que no puede tratarse más que de una fuerza interior poco común, y lo que se sabe de él abunda en ese sentido. Resumiendo lo que a propósito de Quetzalcoatl relatan los cronistas, Alfonso Caso nos ofrece este cuadro significativo:

Como dios de la vida, aparece Quetzalcóatl como el benefactor constante de la humanidad, y así vemos que, después de haber creado al hombre con su propia sangre, busca la manera de alimentarlo y descubre el maíz, que tenían guardado las hormigas dentro de un cerro, haciéndose él mismo hormiga y robando un grano que entrega después a los hombres. Les enseña la manera de pulir el jade y las otras piedras preciosas y de encontrar los yacimientos de estas piedras; a tejer las telas policromas, con algodón milagroso que ya nace teñido de diferentes colores y a fabricar los mosaicos con plumas de quetzal, del pájaro azul, del colibrí, de la guacamaya y de otras aves de brillante plumaje. Pero sobre todo enseñó al hombre la ciencia, dándole el medio de medir el tiempo y estudiar las revoluciones de los astros; le enseñó el calendario e inventó las ce-

remonias y fijó los días para las oraciones y los sacrificios.²⁸

Sería difícil situar a Quetzalcoatl más categóricamente en el origen de toda vida espiritual, y tal es la causa de que sea considerado como el demiurgo por excelencia.

Los documentos relativos a sus actividades como rey de Tollan lo designan como un jefe de alta elevación moral, cuyos rasgos son esencialmente religiosos. La humildad y la ardiente necesidad de purificación que expresan ciertos textos oficiales aztecas fueron claramente extraídos de su doctrina.

Por cjemplo, la inspiración mística de que está impregnado el scrmón que se dirigía al señor que entraba en el Calmecac —colegio que se encontraba bajo la égida de Quetzaleoatl— podía dificilmente haber emanado de una sociedad que, como es el caso de la azteca, dedicó su corta existencia a ejecutar sangrientas conquistas. Y tanto más cuando está especificado que la oración y la penitencia formaban el núcleo mismo de la enseñanza de Quetzalcoatl. Del mismo modo, una profunda sabiduría se hace patente en el texto relativo a la elección de un alto dignatario:

Al que era perfecto en todas las costumbres y ejercicios y doctrinas que usaban los ministros de los ídolos, elejíanle por sumo pontífice, al cual elejían el rey o señor y todos los principales y llamábanle Quetzalcóatl... En la elección no se hacía caso del linaje, sino de las costumbres y ejercicios, doctrinas y buena vida; si las tenían los sumos sacerdotes, si vivían castamente y si guardaban todas las costumbres que usaban los ministros de los ídolos se elejía al que era virtuoso humilde y pacífico, y considerado, y cuerdo, y no liviano sino grave y riguroso, y celoso en las costumbres, y amoroso y misericordioso, y compasivo y amigo de todos y devoto; y temeroso de dios... De estos sacerdotes, los mejores elejían por sumos pontífices que se llamaban... sucesores de Quetzalcóatl...²⁹

Lo que sabemos de los aztecas lleva a hacer temer que un personaje poseedor de tales virtudes hubiera sido más bien molesto a la eabeza de su despiadado imperio. Aun si sus historiadores no hubieran sostenido tan firmemente que todas las normas espirituales les habían sido legadas por Quetzalcoatl, deberíamos sospecharlo. Pero nada como el contraste entre la realidad social y el ideal ético de Tenochtitlan podría darnos una mejor idea de la potencia de un mensaje que, mil quinientos años después de su revelación, continuaba representando la única base moral teóricamente en vigor.

Es difícil disecrnir en qué momento la purcza de este mensaje comienza a empañarse. Parcee poder afirmarse que hasta el siglo viii —época en la cual, a eonseeuencia de un incendio devastador, es abandonada la antigua metrópoli tolteca— esta concepción ilumina la gran Tollan, pero es imposible reconstruir las etapas que la llevan después a la degeneración que sufre

en Tenochtitlan.

Todo lo que se puede decir es que las leyes de perfeccionamiento interior enseñadas por Quetzalcoatl sirven a los aztecas para apoyar una sangrienta razón de Estado: la unión mística con la divinidad, que el individuo no puede alcanzar más que por grados sucesivos y solamente al cabo de una vida de contemplación y de penitencia, está ahora determinada por la manera en que se muere. Se trata, en verdad, de una práctica de baja hechicería: la transmisión material, al sol, de la energía humana. La revelación exaltante de la Unidad eterna del espíritu se ha convertido en un principio de antropofagia cósmica. La liberación del yo diferenciado, groseramente tomado al pie de la letra, se realiza por medio del asesinato ritual que fomenta las guerras.

La traición a Quetzalcoatl

Como si fuera una norma para todos los despotismos, el de los aztecas no pudo implantarse más que apoderándose de una herencia espiritual que transformó, traicionándola, en arma de dominación. Si se tiene en cuenta que el nivel intelectual prevaleciente entre estas poblaciones de cazadores nómades debía ser de lo más primitivo —recuérdese que poco antes de su llegada al Altiplano los aztecas estaban gobernados todavía por una hechicera—, resulta natural la metamorfosis de un

alto pensamiento místico en magia.

Lo cierto es que, fuera de la parte fácilmente discernible que toman de la doctrina de Quetzalcoatl, los aztecas no poseían ninguna creencia que pueda calificarse de religiosa, ya que todo concepto filosófico o moral expresado en sus textos se relaciona con la unidad espiritual tolteca. La única divinidad que se considera de origen azteca es Huitzilopochtli, el dios de la guerra; pero, como para todo lo demás, es imposible definir sus propiedades sin recurrir a la enseñanza de Quetzalcoatl. De hecho, con Huitzilopochtli se limitan a ilustrar el principio de reintegración en el gran Todo, por una entidad solar que se alimenta de la sangre de los mortales; es decir, no hubo cambio más que en el culto.

en el culto.

Se puede afirmar entonces que la tradición antigua constituía el único cuadro espiritual de la sociedad azteca. Es sorprendente ver con qué fidelidad fue mantenida viva —por medio de oraciones, sermones, poemas, relatos míticos— una tradición que la realidad desmentía. Se continuaba, por ejemplo, invocando un "señor nuestro, humanísimo, amparador y favorecedor de todos", mientras que para celebrar cualquiera de estos dioses "humanísimos" se cometían indescriptibles atrocidades, de las que los textos que siguen darán una noción:

Hacían una muy solemne fiesta del dios llamado Xipe Tótec, y también a honra de Huitzilopochtli. En esta fiesta mataban todos los cautivos, hombres, mujeres y niños... Los dueños de los cautivos los entregaban a los sacerdotes al pie del Cu y ellos los llevaban por los cabellos cada uno el suyo por las gradas arriba, y si alguno no quería ir de su grado,

llevábanle arrastrando hasta donde estaba el tajón de piedra donde le habían de matar, y en sacando a cada uno de ellos el corazón... luego lo echaban por las gradas abajo, donde estaban otros sacerdotes que los desollaban... Después de desollados, los viejos... llevaban los cuerpos al calpueo donde el dueño del cautivo había hecho su voto... ahí lo dividían y le enviaban a Moetezuma un muslo para que comiese, y lo demás lo repartían por los otros principales y parientes... 30

Cada uno de los señores tomaba por los cabellos a su cautivo, y llevábalo a un lugar que se llama Apetlac, y allí los dejaban todos; luego descendían los que los habían de echar en el fuego, y espolvorizábanlos con incienso las caras... Luego los tomaban y atábanlos las manos atrás, y también los pies; después los echaban sobre los hombres a cuestas y subíanlos arriba a lo alto del Cu, donde estaba un gran fuego y un gran montón de brasa, y llegados arriba, luego daban con ellos en el fuego... y allí en el fuego comenzaba a dar vuelcos, y hacer bascas el triste cautivo... y estando en esta agonía sacábanle con unos garabatos... y poníanle encima del tajón... y luego le abrían los pechos... le sacaban el corazón y le arrojaban a los pies de la estatua de Xiuhtecutli, dios del fuego.³¹

No es inútil recordar aquí que el jefe supremo de los sacerdotes que cumplían semejantes tareas, debía ser, según las declaraciones oficiales, "virtuoso, humilde, y pacífico, y considerado, y cuerdo, y amoroso, y misericordioso, y compasivo, y amigo de todos, y devoto"...32

Como, por otra parte, a ese pontífice se le consideraba como una reencarnación de Quetzalcoatl —guía luminoso del perfeccionamiento interior—, se convendrá que no es exagerado hablar de traición a propósito de la pretendida religión de los aztecas.

La existencia de Tenochtitlan reposaba sobre los tributos de los países conquistados, y es fácil comprender la necesidad imperiosa que tenían los aztecas de un sis-

tema de pensamiento que sostuviese su imperialismo. Es indiscutible que la necesidad cósmica del sacrificio humano constituyó un slogan ideal, porque en su nom-bre se realizaron las infinitamente numerosas hazañas guerreras que forman su historia y se consolidó su régimen de terror.

Con un método y una disciplina rigurosas, extraían de cada comarca las materias más preciosas, y riquezas inauditas afluían así a la capital del Imperio.

Después de viajes que podían durar meses, largas caravanas de tributarios llegaban diariamente a la ciudad con sus cargamentos de oro, de jade y de turquesas finamente trabajadas; de plumas deslumbrantes; de pieles de tigres, de leones o de leopardos, de conchas marinas; de sal, de cacao, de tabaco...

Traían también copal para los rituales de los dioses; águilas, pumas y scrpientes para el jardín zoológico del rey; cnanos, jorobados, albinos para el servicio de pala-cio; vírgenes destinadas a la "casa de la alegría", insti-tución protegida por Huitzilopochtli y destinada a "atracr nucvas almas"

Pero nada da una idea más exacta de la naturaleza implacable del poder que ejercían los aztecas, como el tributo de sangre que impusieron a Tlaxcala, una ciu-

dad vecina.

Las, victorias obtenidas por el pueblo de Tenochti-tlan, se convirtieron en obstáculo para nuevas guerras, porque las provincias por conquistar habían quedado separadas de la metrópoli por los extensos territorios dominados. Es verdad que contaban con las expedi-ciones punitivas contra los países que tenían la auda-cia de intentar liberarse de la protección del pueblo elegido, pero no cran más que casos aislados, insuficientes para mantener la destreza de la turbulenta juventud

Huitzilopochtli había declarado además que no apreciaba demasiado los sacrificos de los bárbaros de tierras lejanas, y los altos dignatarios de Tenochtitlan tuvieron la idea ingeniosa de instituir en Tlaxcala esas "ferias militares" que permitirían ofrecerle víctimas tan apetitosas como "panecillos saliendo del horno". Esto ocurrió en el momento en que Tlaxeala, des-

Esto ocurrió en el momento en que Tlaxeala, después de un sitio extenuante sostenido contra los aztecas, se vio obligada a rendirse. ¿Qué tributo podía exigir Tenochtitlan de una ciudad tan pobre? Fue entonces cuando se decretó que se convertiría en un campo de batalla permanente para capturar hombres destinados a alimentar al Sol, y como Huitzilopochtli exige que los prisioneros que le son ofrecidos hayan luchado valerosamente, se continuará atizando el odio de los dos pueblos después que un pacto de sumisión había sido probablemente ya firmado.

A causa de estas guerras que se mantendrán hasta la llegada de los españoles, existe la tendencia a creer que Tlaxeala había quedado independiente respecto de Tenochtitlan, hipótesis difícilmente sostenible si se analizan atentamente las erónicas. Dada la importancia de este punto para comprender el mecanismo de la sociedad azteca, citaremos integramente un pasaje que le consagra el historiador indígena Ixtlilxochitl.

Viendo que no cesaban las calamidades, se juntaron todos con la Señoría de Tlaxcalan a tratar el modo más conveniente para este efecto: los sacerdotes y sátrapas de los templos de México dijeron que los dioses estaban indignados contra el imperio, y que para aplacarlos, convenía sacrificar muchos hombres... Netzahualeoyotzin... dijo que bastaba que les sacrificasen los cautivos de guerra, que así como así habían de morir en batalla, se perdía poco, demás de que sería muy grande hazaña de los soldados haber vivos a sus enemigos, con lo cual, a más de que serían premiados, harían este saerificio a los dioses: replicaron los sacerdotes, que las guerras que se hacían cran muy remotas y no ordinarias, que vendrían muy a espacio y debilitados los eautivos que se habían de sacrificar a los dioses... Xicoténeatl uno de los señores de Tlaxcalan fue de opinión, que desde aquel tiempo en adelante se estableciese que hubiesen guerras entre la señoría de Tlaxcalan y la de Tetzcuco con sus acompañados, y que se señalase un campo donde de ordinario se hiciesen estas batallas, y que los que fuesen presos y cautivos en ellas se sacrificasen a sus dioses, que sería muy acepto a ellos pues como manjar suyo sería caliente y reciente, sacándoles de este campo; demás de que sería lugar donde se ejercitasen los hijos de los señores, que saldrían de allí famosos capitanes, y que esto se había de entender sin exceder los límites del campo que para el efecto se señalase, ni pretender ganarse las tierras y señoríos, y asimismo había de ser con calidad que cuando tuviesen algún trabajo o calamidad en la una u la otra parte habían de cesar las dichas guerras y favorecerse unos a otros... A todos pareció muy bien lo que había dicho Xicoténcatl, y como interesados y muy religiosos... apretaron en el negocio para que se efectuase... 33

Como se ve no se trata, de ningún modo, de guerras por la independencia, sino de luchas concertadas según un pacto bien en regla. Si, por otra parte, se tiene en cuenta que los razonamientos que Ixtlilxochitl hace pronunciar al tlaxcalteca vencido debieron ser verosímilmente sostenidos por los todopoderosos mexicanos, resulta claro que este pacto, lejos de ser un acuerdo entre iguales, debió representar una monstruosa imposición. Las pruebas que confirman este juicio son múltiples.

Las prucbas que confirman este juicio son múltiples, como por ejemplo, cuando vemos a un rey de Tenochtitlan o de Texcoco * dar órdenes a los jefes de Tlaxcala, como surge con nitidez de los pasajes siguientes, que nos dan, además, una fuerte imagen de las costumbres

que reinaban entonces en el Altiplano.

El rey (Netzahualcoyotl) cuando vio aquella scñora... tan hermosa y dotada de gracias y bienes de naturaleza... le robó el corazón y disimulando lo mojor que pudo su pasión, se despidió de este señor (el marido de la dama) y se fue, a su corto, en donde dio orden con todo el secreto del mundo... de mandar quitar la vida a Quaquauhtzin... y fue de esta manera: despachó a la señoría de Tlaxcala un mensajero...

^{*} Además de Tenochtitlan, existían en el Altiplano varias ciudades entre las cuales Texcoco figuraba en primcr lugar.

a decir que a su reino convenía que fuese muerto Quaquauhtzin... y para darle muerte honrosa pedía a la señoría mandase a sus capitanes lo matasen en la batalla, que para tal día le enviaría al efecto, de manera que no lo dejasen volver con vida...34

Varias decenas de años después de este episodio, vemos que Moctezuma II, con el fin de debilitar el poder de su aliado, el rey de Texcoco, se dirige a Tlaxcala para ejecutar una de las traiciones en las cuales el emperador de los aztecas era maestro:

Moctezuma... envió secretamente sus embajadores a la Señoría de Tlaxcalan, avisándole de cómo el rey de Texcoco tenía convocado todo lo más y lo mejor de sus ejércitos no para el ejercicio militar y sacrificio de sus dioses conforme la ley y costumbre que entre ellos estaba establecida y guardada por ellos y por sus mayores, sino con intento de destruir y asolar la provincia y señorío... Esta embajada causó grande alteración y pena a la Señoría... 35

Y es el mismo Moctezuma quien ordena que en el curso de una de esas batallas entre "enemigos de casa" (como designaban a los tlaxcaltecas) ³⁶ se mate a su hermano, el príncipe heredero de México:

Según común opinión, por concierto y pacto secreto que el rey Moctezuma tuvo con los de Atlixco, por excusar alteraciones y persona que se le anteponía, hizo que su hermano fuese muerto y vencido en esta batalla en donde murió con él otro de los señores mexicanos llamado Tzicquaquatzin y dos mil ochocientos soldados que iban en su defensa.³⁷

No debió de ser siempre fácil guardar el equilibrio en una convención tan delicada, porque es probable que, de haber sido conocida por los tlaxcaltecas, la vida de sus jefes hubiera peligrado. Por eso, cuando los mensajeros aztecas llegaban a Tlaxcala a invitar a los gobernantes de esta ciudad "enemiga" a una fiesta, cumplían esta difícil misión disfrazados y manteniendo el más grande secreto. Únicamente las mujeres de los

señores de alto rango podían aproximarse a los emisarios y eran estas nobles damas las que les servían la comida y preparaban el lecho. Toda indiscreción a propósito de estas visitas era castigada con la pena de muerte. Muñoz Camargo, el cronista de Tlaxcala, nos dice que "los señores mexicanos enviaban a los de Tlaxcala grandes presentes y dádivas de oro, de cacao, de vestidos, de sal y de todas las cosas de que carecían sin que la gente plebeya lo entendiese, y se saludaban secretamente." 38

presentes y dádivas de oro, de cacao, de vestidos, de sal y de todas las cosas de que carecían sin que la gente plebeya lo entendiese, y se saludaban secretamente." ³⁸

Y vemos que, en cierta ceremonia, los señores de Tlaxcala fueron tratados por el rey de Tenochtitlan con más consideración que cualquier otro jefe de los países del Imperio. La conmovedora historia de Tlalhuicole, héroe de Tlaxcala, nos permite imaginar los innumerables aspectos que relaciones tan inhumanas debían

implicar.

General invencible del ejército tlaxcalteca, Tlalhui-cole fue capturado un día por los mexicanos. El respeto y la admiración que rodeaban a este hombre de guerra eran tales, que Moctezuma quiso tomarlo a su servicio. Como el tlaxcalteca se negara a servir a los enemigos de su patria, el rey le ofreció entonces la posibilidad de regresar entre los suyos. Tlalhuicole rechaza la libertad y reclama el sacrificio sobre la picdra de los gladiadores reservado a los más valientes. Se nos cuenta que antes de morir, atado a la piedra y sólo con un bastón emplumado, puso fuera de combate a ocho guerreros debidamente armados. ¿Sabía este hombre intrépido que los reyes de su patria asistían a su último combate disfrazados de mexicanos y ocultos en un palco disimulado por flores? ¿Sabía que después de las ceremonias excepcionalmente solemnes que tuvicron lugar en su honor, comerían cordialmente con el emperador de Tenochtitlan y retornarían a Tlaxcala cubicrtos de presentes? ¿Hubiera podido desplegar tanto heroísmo, de haberlo sabido? ¿O scría, más bien, precisamente para poner fin a un estado de cosas que juzgaba infamante por lo que se rebeló contra la autoridad de sus jefes y se lanzó a una lucha encarnizada contra los aztecas?

Esta hipótesis, más verosimil que la precedente, explicaría a la vez la actitud de Moctezuma invitándolo a entrar a su servicio y la negativa de Tlalhuicole de retornar a su patria donde hubiera sido condenado por insurrección.

Parece evidente que los aztecas no actuaban más que con un fin político. Tomar en serio sus explicaciones religiosas de la guerra es caer en la trampa de una grosera propaganda de Estado. La mentira de sus fórmulas se hace además visible con la ayuda de una observación de simple buen sentido: no se ve jamás a los señores aztecas impacientarse por alcanzar la gloria solar en nombre de la cual mataban a la humanidad pues su encarnizamiento por vivir no era menor que su afán de poder. Si hubieran creído auténticamente que la única finalidad de la existencia era haccr don de su vida, el sacrificio no hubiera quedado limitado a seres juzgados inferiores —esclavos y prisioneros— sino que hu-biera sido exclusivo de la élite. En realidad, todo lleva a hacer creer que los señores aztecas, criados en la doctrina de Quetzalcoatl que indicaba al hombre el perfeccionamiento interior como meta suprema, no podían considerar el asesinato ritual más que como una necesidad política.

Esto hace que dos corrientes de pensamiento contrarias coexistan en el seno de esta sociedad: de un lado, un misticismo degradado para sostener un ambicioso plan de conquista; del otro, la doctrina de Quetzalcoatl como única base moral. Una contradicción tan profunda debía necesariamente producir graves conflictos, y veremos que su papel fue, en efecto, decisivo. Una de sus primeras manifestaciones se produce hacia la mitad del siglo xv, en la persona de Nezahualcoyotl, rey de Texcoco, que en nombre de un dios creador invisible comienza súbitamente a dudar de la efi-

cacia de los sacrificios humanos.

A pesar de que se haya sostenido a veces que Nezahualcoyotl fue el iniciador de una concepción divina hasta entonces desconocida, parece sin embargo indudable, que no hizo más que reavivar conceptos de la antigua fe. Como lo nota juiciosamente el historiador Alfredo Chavero, "el medio social en que vivía Nezahualcoyotl no era propicio para que se desarrollaran esas ideas. Por lo demás, los nahuas conocían el dios creador y conservador del universo." ³⁹

Ixtlilxochitl, que elabora su obra con la ayuda de documentos antiguos, sitúa en efecto la existencia de un Dios creador en los orígenes mismos de la historia nahuatl, es decir, largos siglos antes de Nezahualcoyotl, y si observamos que en las oraciones aztecas recogidas por Sahagún se implora a una divinidad "invisible y no palpable, bien así como la noche y el aire", nos convenceremos que esta concepción tenía raíces profundas y no podía ser de reciente creación.

Por otra parte, una serie de indicios hace suponer que Nezahualcoyotl era un adepto a la religión de Quetzalcoatl, y no por azar Ixtlixochitl especifica que:

> [entre] los más graves autores y históricos que hubo en la antigüedad de estos naturales se halla haber sido Quetzalcoatl el primero; y de los modernos, Netzahualcoyotl, rey de Tezcoco.⁴⁰

Esta relación entre los dos personajes no tiene nada de misterios, va que el mismo historiador, trazando los orígenes de Texcoco, señala varias veces el papel preponderante de los grupos toltecas en la formación de esta ciudad. Relata, en efecto, que

recién entrado que fue Quinatzin (primer rey de Texcoco) en su imperio, vinieron de las provincias de la Mixteca dos naciones... que eran del linaje de los toltecas... consumados en el arte de pintar y de hacer historias... Y habiendo escogido de la mejor gente que traían y más a proposito (Quinatzin) los hizo poblar dentro de la ciudad de Tezcoco. 41

Y agrega más adelante:

Entró en la succsión del imperio Techotlalatzin, (hijo de Quinatzin)... por sus virtudes... y por haber sido

la ama que lo crió señora de la nación tolteca,... Fue el primcro que usó hablar la lengua nahuatl, que ahora se llama mexicana, porque sus padres nunca la usaron: y así mandó que toda la nación chichimeca la hablase, en especial todos los que tuvicsen oficio y cargos de república, por cuanto en si observaba todos los nombres de los lugares, y el buen régimen de la república, como era el uso de la pintura y otras cosas de policía: lo cual les fue fácil porque en esta sazón estaban ya muy interpolados con los de la nación tolteca... Era tan grande el amor que Techotlalatzin tenía a la nación tolteca, que no solamente les consintió vivir, y poblar entre chichimecas, sino que también les dió facultad para hacer sacrificios públicos a sus ídolos y dedicar los templos... Y así desde su tiempo comenzaron a prevalecer los toltecas en sus ritos y ceremonias.42

Esto ocurría aproximadamente en la época en que los aztecas comenzaban a fundar su capital (1325) Cerca de cien años más tarde, en los tiempos de Nezahualcoyotl, Texcoco y Tenochtitlan constituían ya "...señoríos e imperios sobre todas las demás, por el derecho que pretendían sobre toda la tierra que había sido de los toltecas, cuyos sucesores y herederos eran ellos",...⁴³ Estos cien años de formación están colmados por las luchas feroces que las diversas tribus chichimecas sostienen entre sí por la hegemonía en el valle de México.

Adolescente, Nezahualcoyotl asiste al asesinato de su padre, y a fin de escapar a los enemigos que se han apoderado de la ciudad de sus antepasados, lleva una miserable vida de fugitivo hasta cumplir, aproximadamente, los treinta años. Una vez reconquistada su capital procede de inmediato a embellecerla. Ixtlilxochitl afirma que las grandes obras de construcción que emprendió estuvieron basadas sobre planos de la antigua Tollan, y que, gracias a la maestría artística de los toltecas que vivían en su seno, Texcoco se convirtió en soberana de las artes y las ciencias del mundo nahuatl.

Como surge de su biografía, Nezahualcoyotl, al mismo tiempo que parece haber sido iniciado en la doctrina de Quetzalcoatl, era un individuo plenamente identificado con una época poseída de una desenfrenada voluntad de poder temporal. Es así que mientras construye templos, forma su incomparable biblioteca y mantiene una corte brillante, lo vemos sostener despiadadas guerras de conquista, suministrar a Tenochtitlan millares de hombres para el sacrificio o intervenir para imponer un tributo de sangre a una ciudad vencida.

Pero dada su singular fuerza interior, este rey poeta sufre con la sospechosa armonía de dos concepciones irreconciliables —de un lado el poder terrestre como fin de la existencia, del otro la nostalgia de sobrepasar la condición humana—, e intentará en algún momento adaptar sus actos a la religión que profesa. Esta tentativa, de corta duración y que no parece haber modificado en nada las costumbres oficiales, descubre, sin embargo, la maravillosa potencia de un principio espiritual que los bárbaros habían creído poder impunemente tracionar. Es evidente que Nezahualcoyotl no hace más que expresar una actitud ampliamente difundida, actitud que determinará la historia del Imperio durante los cincuenta años que le restan de vida. Se cuenta por ejemplo, que en los tiempos del hijo de Nezahualcoyotl,

Apareció en muchas noches un gran resplandor que nacía de la parte de Oriente, subía en alto y parecía de forma piramidal y con algunas llamas de fucgo... De muy atrás tenían noticia y hallaban en sus historias que ya se acercaban los tiempos en que se habían de cumplir las cosas que dijo y pronosticó Quetzalcoatl... Y como el rey de Tezcoco era tan consumado en todas las ciencias que ellos alcanzaban y sabían, en especial en la astrología confirmada con las profecías de sus pasados... menospreció su reino y señorío y mandó a los capitanes y caudillos de sus cjércitos que cesasen las continuas guerras que tenían con Tlaxcala... para que el poco tiempo que le restaba de señorío y mando, le gozasen con toda paz y tranquilidad...44

En la persona de Moctezuma II, el emperador que recibe a Cortés y muere indignamente de una pedrada, podemos seguir mejor el extraño proceso de desintegración del Imperio azteca.

Encarnación del Sol y del Estado, Moctezuma es el dueño indiscutido de un mundo tan perfectamente organizado que el individuo no es en él más que un puro mecanismo. El sistema parece establecido para la eternidad, y nadie osaría escapar a la filosofía dirigente sin colocarse al mismo tiempo al margen de la sociedad. Los textos de la ley que condenan a la pena capital a los que rehusan asistir a un sacrificio humano, son sin duda va letra muerta, y una rebelión individual son sin duda ya letra muerta, y una rebelión individual debía ser más bien considerada como caso de demencia.

Llegado al poder en plena apoteosis de la tribu azteca, Moctezuma se halla poseído de delirio de grandeza: su persona es sagrada y su despotismo, sin límites. A pesar de ello, por lo que sabemos de su vida, una profunda angustia dominaba a este soberano de un régimen que parecía tener la solidez de la roca.

En efecto; el reino de Moctezuma estuvo marcado en erecto; el reino de Moctezuma estuvo marcado por la aparición de innumerables signos que predecían el fin del Imperio. Estos presagios inquietantes, que todos los cronistas relatan y que ningún historiador ha puesto en duda, se suceden durante diecisiete años y son manifestaciones evidentes de una grave crisis interior del mundo azteca. En estos presagios, Moctezuma está siempre señalado como responsable de las catástrofes que deben llegar y, curiosamente, con ser un déspota terrible, en lugar de montar en cólera, hace largas penitencias para salvarse penitencias para salvarse.

¿Por qué este sentimiento de culpabilidad? Ahora que el Estado está bien cimentado, podría permitirse la moderación en la violencia, mientras que para construir el vasto imperio que domina, sus predecesores tuvieron que actuar tan ferozmente con los suyos como con aquellos que debían dominar. La historia de los aztecas está sembrada de hechos sangrientos, de traicio-

nes y de sacrificios escalofriantes, pero jamás se descubre indicio alguno de remordimiento hacia las víctimas.
¿Por qué Moctezuma acepta críticas y se reconoce culpable de los errores que sus magos leen en el paso de un cometa, o en el espejo que en la cabeza lleva una grulla encantada? ¿Por qué esta necesidad desesperada de justificación y este pánico que sufre mientras dura su reino? ¿Cómo explicar la angustia de este soberano todopoderoso sino por una fisura en la filosofía política que hubiera debido sostenerlo?

Es claro que Moctezuma es el representante de un

que hubiera debido sostenerlo?

Es claro que Moctezuma es el representante de un sistema en el que las creencias que hicieron posible su desarrollo comenzaban a ser puestas en duda. Y cuanto más se generalizaban las dudas, más se veía obligado a asumir una actitud autoritaria porque, para todo tirano, la duda es sinónimo de muerte. Durante largos años, se debatirá como una bestia enlazada entre el antiguo espiritualismo que resurge y las concepciones destructoras que sostenían el Imperio. De esta lucha contra una fe en la cual ha sido criado, nacerá su sentimiento de culpabilidad. Tratará de eludirlo fugándose, y no habiéndolo conseguido, intentará morir. Pero se verá siempre inexorablemente obligado a volver a su puesto de verdugo y de víctima. Enloquecido por este papel y desesperado de no poder liberarse jamás de él, adopta actitudes contradictorias y se le ve alternar entre ayunos prolongados y despiadadas represalias contra aquellos que, por sus pensamientos, debilitaban el Imperio. litaban el Imperio.

Los testimonios que ponen de relieve la fuerza de este conflicto son numerosos. Veamos un ejemplo:

En este año Moctezuma dió muerte a Tzompanteuctli de Cuitláhuac y a todos sus hijos. Los matadores fueron solamente los cuitlahuacas, por mandato de Moctezuma, rey de México. La causa porque murió Tzompanteuctli, fue lo que respondió a Moctezuma. Le había pedido consejo sobre lo que convenía hacer; le había dicho: "Me ha parecido necesario que sea de oro macizo la casa de Huitzilopochtli, y que por den

tro sea de chalchihuites y de plumas ricas de quetzalli. Así que será menester el tributo del mundo; porque necesitaría de él nuestro dios. ¿Qué te parece?" Respondió Tzompanteuctli y dijo: "Amo y nuestro rcy, no es así. Enticnde que con eso apresurarás la ruina de tu pueblo y que ofenderás al cielo que estamos viendo sobre nosotros. Comprende que no ha de ser nuestro dios el que ahora está; que viene, que va a llegar el dueño de todo y hacedor de las criaturas." Al oírle, se enfureció Moctezuma y dijo a Tzompanteuctli: "Vete y ten asco de tus palabras." De esta manera murieron Tzompanteuctli y todos sus hijos. 45

No se podría ser más explícito. Las alusiones al fin del reino de los aztecas, a su dios usurpador y al advenimiento de un "dueño de todo" son claros índices de la lucha entre conceptos contrarios que venimos señalando. Por otra parte, es perfectamente conocido que el "hacedor de las criaturas" no era otro que Quetzalcoatl, así como está históricamente relatado que Moctezuma vio en Cortés al mismo dios que volvía para recuperar el poder.

Existe además el testimonio de los augurios que, si bien aparecen como de un orden fantástico, indican, sin embargo, una crisis indiscutible, porque tantos signos anunciadores no podían surgir más que en un mun-

do desprovisto de equilibrio.

Hubo incendios que fue imposible apagar; cometas que se paseaban en el cielo durante horas; el espejo de la grulla encantada en el que se reflejaba un cielo estrellado en pleno día; la historia del pastor transportado por un águila a una gruta resplandeciente donde fue recibido por un personaje "comparado con el cual Moctezuma no era nada"; y muchas otras manifestaciones del fin del Imperio.

Moctezuma, prefiriendo terminar de una buena vez, decide morir y envía emisarios cargados de suntuosos presentes —pieles de hombres desollados— al Señor del País de los Muertos. Pero Huemac rehusa tomar al rey a su servicio (él pedía entrar como barrendero)

y los embajadores que llevan la mala nueva son asesi-

nados a su regreso.

Nucvos mensajeros parten en esa peligrosa expedición, cargados, como sus predecesores, de pieles humanas. Huemae hace decir entonces a Moetezuma que se ha perdido a causa de su mala conducta, "de su gran orgullo y de su crueldad hacia sus prójimos", y le aconseja una profunda purificación. Moetezuma se somete alegremente a un ayuno de veinticuatro días...

No habiéndole dado resultado esta penitencia, hará una última tentativa de evasión yéndose a esconder a una pequeña isla. Uno de sus ministros se apercibe de su fuga y lo hará volver cabizbajo al palacio, dándole consejos morales y prometiéndole no decir nada si se

conduce como debe.

El pánico que se apodera entonces de Moetezuma no tiene límites. Cueste lo que cueste, desea saber "lo

que debe llegar".

Convoca a todos los hechiceros de la corte y exige de ellos la revelación del terrible secreto. Como sus respuestas no son satisfactorias, todos son enviados a la muerte...

Sc acusa a los astrólogos de traición por no haber podido leer nada en los signos del cielo y son muertos.

Sc ordena que toda persona que soñara cualquier cosa concerniente al fin del Imperio debía concurrir a palacio para relatarlo. Día y noche, emisarios recorren la ciudad y Tenochtitlan se convierte así en tributaria de sueños... Pero no viendo nada de bueno en los millares de sueños que se aportan en ofrenda, Moetezuma hace matar a todo el mundo. Esta fue la matanza de los soñadores, triste entre todas...

A partir de ese día, no habrá más presagios, más sueños. El terror pesa sobre el mundo de los espíritus y Moetezuma está solo en su angustia indecible.

No puede resistir este silencio aplastante... Desca

escuchar voces que lo tranquilicen.

Parten soldados a las regiones más lejanas para traer, a la fuerza si es necesario, magos para reemplazar a

los que han sido exterminados. Estos extranjeros deelaran que "muy pronto llegará lo que debe llegar" pero cuando el rey desca saber algo más, un sortilegio

los habrá hecho desaparceer prudentemente.

Al fin, un día llega a palacio un hombre que cuenta haber visto "una montaña que se pasea de un lado a otro del mar sin jamás tocar las costas"... Moetezuma hace poner este hombre en prisión y cnvía emisarios para verificar sus diehos.

Cuando sus enviados retornaron e hicieron una deseripeión exacta de lo que habían visto, el rey quedó "la cabeza baja, sin pronunciar palabra"

Por primera vez después de largos años, Moetezuma debió respirar libremente: terminaba la incertidumbre, terminaba el miedo. Ante la precisión del peligro, se reanima, da órdenes y formula planes. Todo es mejos que la duda, y fácil es creer a Cortés cuando escribe al rey de España que Moetezuma, durante el tiempo que fue su prisionero, tenía "la eara alegre"

Moetezuma recibió al capitán español a su llegada a

Tenochtitlan, dieiéndole:

Muchos días ha que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticias que yo ni todos los que en esta tierra habitamos no somos naturales della, si no extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas; e tenemos asímismo que a estas partes trajo nues-tra generación un señor cuyos vasallos todos eran, el eual se volvió a su naturaleza... E siempre hemos tenido que los que del descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como a sus vasallos. E según de la parte que vos decís que venís, que es a do sale el sol, y las cosas que decís de este gran señor o rey que acá os envió, creemos y tenemos por cierto el ser nuestro señor natural; en especial que nos decís que él ha muchos días que tiene noticia de nosotros. È por tanto, vos sed cierto que os obedeceremos y ternemos por señor en lugar de este gran señor que decís y que en ello no habrá falta ni engaño alguno; e bien podéis en toda la tierra, digo que en la que yo en mi señorio poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho, y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos dello quisiéredes disponer...46

Su comportamiento ulterior no desmentirá en nada estas palabras, y no puede ser comprendido más que en función de ellas. Sería de otro modo inexplicable que este déspota haya no solamente aceptado, sin lamentos y sin rebeldía, su aprisionamiento en medio de sus propias guardias, el pillaje de su palacio, o las malas maneras de los soldados españoles —maneras que chocaban profundamente con sus gustos refinados—, sino que además, haya intervenido en favor de los agresores en el momento que la ciudad entera, a consecuencia de la matanza cometida en el patio del Templo Mayor, se amotina. Muere de una pedrada vengadora cuando intenta, desde lo alto de una terraza, calmar a sus súbditos.

Causas de la caída del Imperio

Para comprender la facilidad con que se cumplió la Conquista, es necesario recordar ante todo que el Imperio estaba profundamente minado por múltiples conflictos, entre los cuales el religioso y el político eran los más inquietantes. El fermento espiritual contenido en el renacimiento de la tradición de Quetzalcoatl debía, al mismo tiempo que servir de apoyo a la voluntad de independencia de las víctimas, ser grandemente tonificado por ella. Tenemos una prueba de esto en la historia del asesinato de Tzompantecutli, jefe de un territorio sometido que, en nombre de principios religiosos, se niega a aceptar el aumento de los tributos —oro y jade— que Moctezuma le propone bajo el pretexto de una necesidad divina.

La Conquista, por otra parte, no fue más que una serie de rebeliones de tributarios que visiblemente esperaban el momento propicio para sacudir el yugo azteca. Aun en el interior de Tenochtitlan sitiada, vemos que los habitantes de un centro vecino —Xochimileo— son acusados de espionaje y muertos hasta el último hombre. Las traiciones de los jefes de las provincias ven-

cidas en favor de los españoles, que les prometían ayudarlos para zafarse de la dominación mexicana, dice claramente que no existía en todo el país más que odio contra los opresores. No hay otra explicación a las victorias de los españoles: admirarse de las hazañas logradas por tan poco número de invasores es olvidar que éstos fueron secundados por decenas de millares de autorrarses indígenas

de guerreros indígenas.

Esta hostilidad hacia los aztecas parcee demostrar que la creencia en la "guerra sagrada", de la que ellos tan generosamente se habían instituído como sus propagadores, ha sido tomada más en serio por los estudiosos modernos que por los mismos pueblos mesoamericanos. De haber existido una fe general en la necesidad cósmica del asesinato ritual, estas traiciones hubieran sido inconcebibles, tanto más cuando la arqueología nos enseña que la religión pabuatl estaba queología nos enseña que la religión nahuatl cstaba muy fuertemente enraizada en todo México.

De esto se deduce igualmente que de ningún modo la Conquista fue facilitada por el carácter sagrado del Estado azteca que, como se sostiene a veces sobre la fe de textos insuficientemente aclarados, hubiera provocado una táctica de defensa inapropiada. ¿Como creer semejante cosa si se tiene aunque sea una vaga idea del comportamiento de los aztecas desde su llegada al Altiplano? En realidad, es lo contrario lo que parece sostenible, es decir, que es justamente su frenético deseo de poder temporal lo que perdió al antiguo México. La falta de solidaridad de las provincias, por ejemplo, no pudo surgir más que del resentimiento provocado por su excesiva rapacidad y las odiosas distorsiones que ellos infligieron a una tradición ampliamente vene ellos infligieron a una tradición ampliamente venerada. Es probable que si Tenochtitlan hubiese representado a los ojos de las poblaciones mesoamericanas —cuya profunda religiosidad no puede ser puesta en duda— una verdadera potencia espiritual, los acontecimientos hubieran tomado un curso bien diferente. La pasividad de Moctezuma debe ser considerada como un caso aislado porque parecería que siguió sim-

plemente la ley del menor esfuerzo. No es imposible que, debilitado por el abuso del poder y las amenazas que sentía surgir alrededor de él desde hacía muchos años, este singular personaje haya aprovechado la ocasión que le era ofrecida para escapar de la aplastante dirección del Imperio. La fe en el retorno de Quetzalcoatl —que no identificó, por mucho tiempo, con la llegada de Cortés— debió servirle, sin embargo, para hacer admitir alrededor de él, y quizás a su conciencia, su deserción sacrílega.

Sea cual fuese el caso de Moctczuma, la resistencia desesperada de Tenochtitlan así como el heroísmo de Cuaulitemoc frente a sus verdugos españoles * demuestran que la sociedad azteca poseía enormes reservas de vigor que hubieran podido ser dirigidas, algún día, hacia un ideal menos destructor que el que le habían legado sus antepasados nómadas y cazadores. De todas maneras, no sería descabellado pensar en la posibilidad de que las contradicciones que minaban en ese momento a México hubieran terminado por resolverse en una fórmula favorable al hombre. La existencia misma de tantos conflictos en el seno de una espantosa tiranía obliga a reconocer una vitalidad rica en promesas.

Cabe ahora preguntarse: ¿cómo habría evolucionado la sociedad azteca si ella hubiera dispuesto todavía de algunos siglos? Todo lo que se puede decir es que un retorno al reino de Quetzalcoatl, con la pureza que conoció en Tollan, hubiera sido imposible después del advenimiento del tiempo histórico —tiempo a la escala humana y no ya celeste— implantado por los chichimecas en el Altiplano. En efecto, a partir del siglo x, el mundo precolombino fue trastornado por nociones hasta entonces desconocidas: el reino sobre la tierra más importante que el del ciclo, el hombre social situado

^{*} Cuanlitemoc —nombre que en nahuatl significa "Aguila que cac"— fue el último emperador de los aztecas. Dirigió la defensa de Tenochtitlan durante el sitio impuesto por Cortés, y más tarde fue ahorcado por éste en el corazón de la selva tropical de Chiapas.

en el centro de todas las aspiraciones, y la divinidad no interviniendo más que para sostener objetivos puramente terrestres. Hasta los dioses serán desplazados durante tres o cuatro siglos en beneficio de entidades y organizaciones guerreras.* No será hasta la mitad del siglo xv cuando su culto volverá a cobrar vigor, puesto al servicio de una despiadada razón de Estado.

No sería absurdo imaginar que una vez superada la desenfrenada voluntad de conquistas materiales de los chichimecas, los pueblos mesoamericanos, gracias al misticismo inspirado de sus antepasados y a su prodigiosa potencia creadora, hubiera llegado a forjar una síntesis de la divinidad y del hombre, de aquel tipo que Grecia

supo ofrecer al mundo occidental.

^{*} Este período de transición cultural es visible en cicrtas ciudades arqueológicas de carácter netamente civil, como es el caso, entre otras, de Tula-Xicotitlan, en el Estado de Hidalgo, la más representativa, quizá, de ese momento de abierta política de dominio. (Desde 968 hasta 1168.)

NOTAS

¹ Sahagún, Fray Bernardino de, Historia general de las cosas de Nueva España, Editorial Nueva España, S. A., México, 1946, t. 11I, p. 47.

² Sahagún, op. cit., t. 111, p. 85.

³ Transcrito por Angel Maria Garibay K., *Historia de la luteratura náhuatl*, Editorial Porrúa, S. A., México, 1953, t. I, pp. 472-3.

⁴ Garibay K., op. cit., t. I, p. 477.

⁵ Díaz del Castillo, Bernal, Historia verdadera de la conquista de Nueva España, Ediciones Mexicanas, S. A., México, 1950, p. 164.

⁶ Díaz del Castillo, op. cit., p. 178.

⁷ Cortés, Hernán, Cartas de relación de la conquista de México, Espasa Calpe Argentina, S. A., 1945, pp. 87, 88, 90 y 91.

⁸ Cortés, op. cit., p. 92.

⁹ Transcrito por Ángel María Garibay K., op. cit., t. 1, pp. 148 y 176.

¹⁰ Sahagún, op. cit., t. I, pp. 526, 530, 639-40.

¹¹ *Ibid.*, t. I, p. 605.

¹². *Ibid.*, t. I, pp. 472, 473-7.

¹³ *Ibid.*, t. 1, pp. 445-6.

14 Ibid., t. Il, pp. 141, 142-3 y 151, 152, 153.

15 Díaz del Castillo, op. cit., p. 179.

¹⁶ Sahagún, op. cit., t. 1, pp. 96, 97-9, 100, 102, 103 y 105.

¹⁷ *Ibid.*, t. l, p. 135.

18 Jiménez Moreno, Wigberto, Fray Bernardino de Sahagún y su obra, Pedro Robredo, México, 1938, pp. 6, 7 y 8.

19 Códice Ramírez, Editorial Leyenda, México, 1944,

p. 26.

²⁰ Alvarado Tezozomoc, Fernando, Crónica mexicana, José M. Vigil (Edit.), Imp. de Ireneo Paz, México, 1878, p. 10.

²¹ Alvarado Tezozomoc, op. cit., p. 13.

²² Sahagún, op. cit., t. Il, p. 275.

²³ *Ibid.*, t. II, pp. 276, 278, 279, 280 y 281.

²⁴ Ibid., t. 11, p. 278.

25 Alva Ixtlilxochitl, Fernando de, Obras históricas. Se cretaría de Fomento, México, 1892, t. 1I, p. 318.

²⁶ Sahagún, op. cit., t. 11, p. 35.

57 NOTAS

27 Spinden, H. J., "New Light on Quetzalcoat!", XXVIII Congrès International des Américanistes, Actes de la Session de Paris, 24-30 Août, 1947, Musée de l'Homan Laris, 1948, pp. 505-12.

²⁸ Caso, Alfonso, El pueblo del Sol, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, pp. 39-40.

²⁹ Sahagún, op. cit., t. I, pp. 330-1.

³⁰ *Ibid.*, t. I, pp. 136-7. ³¹ *Ibid.*, t. I, pp. 192-3. ³² *Ibid.*, t. l, pp. 330-1.

33 Alva Ixtlilxochitl, op. cit., t. II, pp. 206:7.

³⁴ *Ibid.*, t. II, pp. 214-5. 35 Ibid., t. II, pp. 322-3.

36 Ibid., t. II, p. 207.

37 Ibid., t. II, pp. 309-10.

38 Muñoz Camargo, Diego, Historia de Tlaxcala, 2ª ed. Ateneo Nal. de Ciencias y Artes de México, 1947, p. 124.

39 Notas de Alfredo Chavero en Alva Ixtlilxochitl, op.

cit., t. II, p. 255.

40 Alva Ixtlilxochitl, op. cit., t. II, p. 21.

41 *Ibid.*, t. II, pp. 69-70. ⁴² *Ibid.*, t. II, pp. 73-5. ⁴³ *Ibid.*, t. II, p. 190.

44 *Ibid.*, t. II, pp. 313-4.

45 Códice Chimalpopoca, Anales de Cuauhtitlan y Levenda de los Soles (Trad. del nahuatl por Primo Feliciano Velázquez), Inst. de Historia. Univ. Nal. Aut. de México, 1945, p. 61.

46 Cortés, op. cit., p. 70.

LA RELIGIÓN NAHUATL

La Magia

ESQUEMÁTICAMENTE, se pueden reducir a tres las concepciones del mundo que se entremezclan a lo largo de la historia precolombina: la mágica primero, luego la religiosa y por último la histórica.

Si bien estas tres etapas de la cultura humana forman la base de la mayor parte de las civilizaciones, es probable, sin embargo, que en ninguna pucda descubrírselas con tanta nitidez como en el antiguo México.

La arqueología ha reconocido un período arcaico de una duración aproximada de tres mil años —que se extiende hasta los comienzos de nuestra era— durante la cual el hombre vivía en pequeñas comunidades agrícolas, confeccionaba una cerámica a veces muy bella, y enterraba sus muertos con ofrendas. Ningún dios, ningún símbolo, aparecen durante estos siglos dominados por la magia.

A fin de poder distinguir con un mínimo de claridad la magia de la religión que la continúa —y que constituye el tema de este trabajo—, intentaremos definir la primera tratando de descubrir los elementos que

la hacen irreconciliable con la segunda.

Parecería que la magia no ha sido analizada con suficente simpatía comprensiva por los racionalistas que, sin preocuparse demasiado de su pensamiento, se han limitado con frecuencia a no ver más que la finalidad de algunas de sus prácticas. Es así como Frazer, el más ilustre representante de esta tendencia, llega a una definición que parece determinada por el advenimiento de la era científica que conmovió su época. Si no hubiera considerado la voluntad de actuar sobre la naturaleza como un fin en sí, no hubiera quizá sostenido que la elemental veleidad científica del primitivo cons-

tituía la base misma de sus creencias, porque si bien es probable que los comienzos de la observación ri-gurosa se remontan a esas edades lejanas, esto no nos explica nada en cuanto a la actitud interior del hombre arcaico.

En realidad, el error consiste, a nuestro parecer, en considerar la ciencia como una evolución del pensamiento mágico y religioso, cuando ella representa un fenómeno totalmente distinto. Es decir, que se confunde el problema de la dominación del mundo con el problema filosófico de la existencia ajeno a las preocupaciones científicas. Ahora, para que las nociones de magia y religión dentro del mundo precolombino dejen de ser tan desesperadamente vagas, lo que se necesita es tratar de comprender, ante todo, cuál es la concepción de la vida que ellas implican.

Si se estudian atentamente los trabajos que se refieren a poblaciones arcaicas de hoy día, uno se convence de que la falta de realidad de la persona humana es el rasgo que caracteriza la etapa cultural dominada por la magia. Incapaz todavía de síntesis, el hombre parece desamparado en frente de un mundo desprovisto de centro, y ve en cada una de sus manifestaciones una voluntad propia que se impone a la suya y que puede solamente dominar adquiriendo su naturaleza. Representante supremo de esta actitud, el hechicero aparece como aquel que tienc la capacidad de vivir las cosas, de confundirse con ellas. Si invoca la lluvia imitándola, no es que, como el técnico moderno, crea conocer las leyes que la harán inexorablemente producirse. Lo que hace es volverse lluvia él mismo, y una vez la metamorfosis conseguida, la lluvia está ya ahí, en su propia perfosis conseguida, la lluvia esta ya ahi, en su propia persona. Únicamente en el caso de que la metamorfosis fuese incompleta, las operaciones fracasarían. Es así que, con una convicción absoluta, es el oso que se deja tomar en la trampa; la enfermedad que huye del cuerpo donde estaba instalada; la opulenta espiga de maíz que contrae nupcias; el enorme pez que cae en la red, y todo lo que sea necesario a la comunidad. Esto implica, naturalmente, una observación previa de los fenómenos, pero la fe en la eficacia de la imitación reside en algo que no es la noción mecánica del universo.

El material arqueológico del período arcaico precolombino, formado principalmente por representaciones naturalistas de animales y de mujeres, ayudará a aclarar este punto. Las primeras son fácilmente explicables: la costumbre de confeccionar imágenes de animales de los que se desea abundancia no es solamente conocida según los documentos antiguos, sino que ha sido observada por casi todos los etnólogos modernos. Las segundas, por el contrario, han sido el objeto de interpretaciones que han dificultado en cierta medida la comprensión del pensamiento mágico. En efecto si, siguiendo a algunos investigadores, se consideran estas imágenes femeninas desprovistas de todo atributo simbólico como figuraciones de una diosa de la tierra, se adelanta en varios siglos el concepto de divinidad ya que las colecciones arqueológicas demuestran que este concepto tardío, que en realidad cierra el Arcaico, está siempre acompañado de un conjunto de rasgos culturales que faltan totalmente en este período.

Por otra parte, la etnología nos dice que la actitud psicológica fundamental del primitivo es la de asimilarse a las innumerables formas de la naturaleza, actitud que excluye el principio de unicidad inherente a la noción de divinidad. La antropóloga norteamericana Clew Parsons relata que los indios Pueblo hablan familiarmente de las muchachas "maíz blanco", "maíz amarillo" o "maíz rojo", agregando que jóvenes vírgenes actúan en el papel de estos importantes personajes en ocasión de ciertas ceremonias. Estas representaciones constituyen el tema de muchos cuentos zapotecas: "Yo soy el maíz, dijo el muchacho, y ella es el frijol", declara un niño apareciendo en un pueblo; y se afirma que "...en este año hubo cinco cosechas en Mitla". Y todavía: "...El Relámpago sacó dos floreros y de ellos surgieron dos muchachas: una muchacha era descolorida... la otra era roja y muy simpática. Dijo en-

tonces a Pablo: ¿Cuál de estas muchachas vas a tomar? Ellas son el maíz." 1

Relatos de este género resultan valiosos porque, además de demostrar que la costumbre de personificar a los elementos naturales persiste hasta nuestros días, nos permiten comprender mejor el mecanismo de los ritos mágicos: la aparición de la muchacha maíz o frijol produce tan magníficas consecuencias, que se intentará reproducir el prodigio. Es decir, que la actividad mágica consiste en representar pantominas en el curso de las cuales seres humanos asumen el papel de los animales, de las plantas, de las nubes conjuradas, y actúan según las necesidades del grupo. Es entonces lógico pensar que las imágenes femeninas del Arcaico deben representar los bienes de los que se desea abundancia, hipótesis que parece, por otra parte, confirmada por el material más significativo de los centros arcaicos precolombinos: el lugar llamado Tlatilco, en un suburbio de la ciudad de México.

Dada su perfecta integración cultural y la circunstancia de haber sido posible asignarle una fecha bastante exacta (1500 a. c.), Tlatileo está situado como un faro sobre el 'camino que han recorrido los hombres de la prèhistoria. Desde su puesto privilegiado, esclarece a la vez los períodos oscuros que le preceden y aquellos, no menos tenebrosos, que le siguen. Es allí donde ciertas normas de vida —comienzos de estructura social, especialización del trabajo, participación de la colectividad entera en los rituales— se manifiestan por primera vez en Mesoamérica, y son quizás estas nuevas normas las que ayudarán a sus habitantes a alcanzar expresiones artísticas infinitamente superiores a los de sus antecesores y de sus continuadores inmediatos.

Las obras de Tlatilco están impregnadas de una rara espontaneidad. Además de la cerámica —a veces de una deslumbrante libertad de invención— existe una cantidad extraordinaria de figurillas. Las representaciones de hombres —casi sicmpre extrañas: enanos, jorobados, magos— no constituyen más que un débil

porcentaje del total. En cuanto a las imágenes femeporcentaje del total. En cuanto a las imagenes femeninas, sorprenden tanto por su número como por la seducción que ejercen. Las hay de todas edades y en las actitudes más inesperadas, pero las más numerosas son las del tipo llamado por los arqueólogos "la mujer bonita", seres extremadamente graciosos, de gran belleza y elegancia. Generalmente desnudas, están siempre adornadas de alhajas y peinados cuya variedad y rebuscamiento hacen pensar en mujeres preparadas para fiestas solemnes. A pesar de la diversidad de expresión y de ataujo, tienen sin emburgo, esci todas

para ficstas solemnes. A pesar de la diversidad de expresión y de atavío, tienen, sin embargo, casi todas ciertos rasgos en común: rostro infantil, cuerpo adolescente recubierto de pintura (amarilla la mayor parte de las veces; blanca, negra o violeta oscuro más raramente), extremidades y cabellos pintados de rojo.

Esas diferentes características parecen indicar que estas figurillas eran representaciones de tiernas espigas de maíz. Todo sugiere esta relación: el estado de virginidad —los documentos etnográficos señalan siempre que solamente las vírgenes toman parte en los rituales en honor de este cereal—; los colores del cuerpo, amarillo, rojo, blanco o morado como los granos y los cabellos, largos y rojos, como las barbas del maíz. En la descripción que hace Sahagún de las ceremonias que descripción que hace Sahagún de las ceremonias que los aztecas celebraban en honor del maíz —alrededor de 3 000 años después de Tlatilco— se ven jóvenes bailarinas ataviadas de la misma manera que las figu-

rillas que nos ocupan.

Existen también imágenes dobles de este mismo personaje infantil: basándonos en la significación feliz que se asigna a los gemelos en Mesoamérica, hemos sostenido en otra parte ² que estas atraventes composiciones

deben representar espigas dobles de maíz.

Si se tiene en cuenta la importancia del maíz para los pueblos americanos, se comprenderá fácilmente que la mayoría de las "mujeres bonitas" de Tlatileo hayan sido destinadas a representar este cercal. No hay, por otra parte, trabajos modernos en que no se haga mención de figurillas, confeccionadas tanto en arcilla como en madera, con trapos o con hojas de maíz, que personifican bien sea la última espiga que se encuentra en el campo al finalizar la recolección, la mamá del maíz que se encierra en el granero para cuidar la cosecha, el novio o la novia del maíz...

Sea como sea, parece fuera de duda que las figurillas areaicas no son más que simples imágenes de cosas precisas, desprovistas de significación compleja. Es interesante observar que, a pesar de su innegable fuerza de invención, los artistas de Tlatileo no se acercaron siquiera a las nociones religiosas que tendrán después un lugar tan preponderante. Aleanzan a veces sorprendentes estilizaciones, pero ninguna de sus obras presenta jamás el atributo simbólico que es el que atestigua la capacidad de síntesis fuera de la cual la divinidad no puede existir. Los documentos arqueológicos demuestran, además, que después de Tlatileo se necesitarán todavía largos siglos—hacia el principio de nuestra era— antes de que el primer dios haga su aparición.

Religión

En la evolución del pensamiento, el Arcaico parece representar entonces la etapa prerreligiosa, situada antes de que ningún principio haya llegado a ligar los fenómenos entre sí. De donde se deduce que el universo mágico es esencialmente el de la multiplicidad y de la fragmentación, en el que cada una de las partículas que lo componen constituye una entidad aislada, sin comunión interior con el resto. La religión, concibiendo las diferentes partes como emanaciones de un todo indivisible, pone fin a este angustiante estado de pareclamiento y es ahí donde reside precisamente su trascendencia.

El principio de unicidad inherente a la religión —principio que tiene muy poco que ver con la calidad y el número de los dioses— significa que el hombre ha descubierto un centro en sí mismo y que concibe el universo a partir de ese centro. Es decir, que la esencia

de todo sistema religioso reside en la revelación de un alma individual estrechamente ligada al alma cósmica: se trata, en una palabra, de la divinización del hombre. No siendo sino perecederas producciones del intelecto sometidas a las circunstancias sociales, los dioses son secundarios y, considerados como un fin en sí, no pueden inducir más que a error. Así pues, si no queremos que una religión se nos oculte bajo el amontonamiento de inertes detalles técnicos, es necesario esforzarnos por redescubrir la revelación que, inevitablemente, está en su origen.

Por lo que se refiere a la religión nahuatl, esta revelación primordial está expresada con una densidad y una luminosidad prodigiosas en los diferentes mitos de Quetzalcoatl, mitos que ocupan la mayor parte de los documentos concernientes a la historia mesoamericana.

El primero entre ellos se refiere a Quetzalcoatl como a un rey de una pureza absoluta hasta el día en que, bajo la presión de malos consejeros, se embriaga y comete el acto carnal. Desesperado por lo que él considera el más horrible de los pecados, decide un castigo ejemplar: abandona su reino bien amado y muere voluntariamente en el fuego. Quemado su cuerpo, su corazón se eleva al cielo donde se transforma en el planeta Venus.

En una tentativa desesperada de captar algo concreto de la fugaz realidad precolombina, ciertos investigadores intentaron reducir este mito original a hechos vividos por un guerrero del siglo x poseedor de una biografía bien determinada. Sin detenerse en la circunstancia de que esta solución resultó técnicamente insostenible, parece dudoso que la embriaguez de un individuo pueda convertirse en tema central de la historia de un pueblo. Esto no explicaría, por otro lado, más que una ínfima parte de la existencia de Quetzalcoatl en la que episodios como el de la transformación en el planeta Venus y su descenso al País de los Muertos están íntimamente ligados a los precedentes. Todo indica, por el contrario, que nos hallamos en presencia de un verdadoro

mito. Querer convertirlo en un trozo de historia sería destruirlo y privarnos de su contenido vital, porque el mito, la más profunda expresión del espíritu, sobrepasa el cuadro de las particularidades efímeras, para alcanzar una verdad fundamental eterna.

El contenido espiritual del mito de Quetzalcoatl salta a la vista: su angustia del pecado, su ardiente necesidad de purificación, así como la hoguera que lo convierte en luz, constituyen los rasgos de una doctrina religiosa singularmente emparentada con aquellas que la Humanidad, bajo lenguajes simbólicos diversos, ha conocido en todas partes.

Parece tratarse, en realidad, del principio de un alma individual que, a través de la dolorosa experiencia humana en la que el pecado —el lado oscuro y corporal de la vida— es tan necesario como el lado luminoso,

de la vida— es tan necesario como el lado luminoso, puede alcanzar una conciencia superior liberadora.

Los pueblos mesoamericanos han señalado la trascendencia de este mensaje. En la mayor parte de los mitos de la Creación, por ejemplo, se dice que durante las cuatro Eras precedentemente destruidas, el mundo no estaba poblado más que por animales y únicamente con el advenimiento de la Era de Quetzalcoatl la humanidad fue creada. Esto parece indicar que no es sino después del descubrimiento del principio espiritual que en él vive, cuando el hombre pudo ser. Es sin duda por lo que Quetzalcoatl cra considerado como el creador del ser humano y de todas sus obras.

Para apreciar plenamente la importancia de esta re-

Para apreciar plenamente la importancia de esta revelación es necesario recordar que, en las épocas arcaicas de donde surge este gran civilizador, el individuo no existía. Inmerso en la nebulosa del universo mágico, el hombre no representa más que un mecanismo registrador de voluntades fuera de su control hasta que Quetzalcoatl—el mago por excelencia— "el que conoce el secreto de todos los encantamientos"— lo inicia, al fin, en los misterios de la vida interior que lo libera de la soledad desamparada de la existencia preindividual.

La creencia en el principio espiritual aparece como la

base misma de la religión nahuatl. De los testimonios aztecas, se deduce que el hombre es la encarnación de una partícula celeste. Veamos, por ejemplo, las palabras por las cuales un padre de Tenochtitlan anunciaba el embarazo de su hija:

Sabed pues todos que nuestro señor ha hecho misericordia, porque a la señora N. moza y recién casada, ha puesto dentro de ella una piedra preciosa, y pluma rica, puesto que ya está preñada la mozuela...3

O las que la partera dirigía al recién nacido:

Ilijo mío, muy amado y muy ticrno... sábete y entiende que no es aquí tu casa... Esta casa donde has nacido no es sino un nido, es una posada donde has llegado, es tu salida para este mundo; aquí brotas y floreces... tu propia ticrra otra es;...4

Y todavía:

¡Qh piedra preciosa! ¡Oh pluma rica!... Fuiste formada en el lugar donde están el gran Dios y la gran Diosa, que son sobre los ciclo · formóos y crióos vuestra madre y vuestro padre... mujer celestial y hombre celestial;... * has llegado a este mundo,... de lejos pobrecita y fatigada... nuestro señor Quetzalcóalt, que es criador, ha puesto una piedra preciosa y pluma rica en este polvo,...⁵

Existen numerosos indicios que permiten deducir que el alma humana estaba simbólicamente representada por la picdra preciosa o la pluma. Entre los ejemplos más expresivos figuran los de la concepción de Quetzalcoatl y de Huitzilopochtli. En los Anales de Cuauhtitlan leemos: "se dice que la madre de Quetzalcóatl que concibió porque se tragó un chalchihuitl (piedra preciosa)".6 La madre del dios azteca, por su parte, se encuentra encinta después de haber escondido en su seno una pluma blanca encontrada mientras barría

^{*} El término nahuatl que designa el lugar donde vive la pareja celeste, Tlacapillachiualoya, significa lugar "donde se fabrican los niños de los hombres".

el templo. Parecería entonces que, como en el misterio cristiano de la Encarnación, es el espíritu que penetra

de este modo al cuerpo de la mujer.

El mito de Quetzalcoatl indica igualmente el origen celeste del hombre. Es significativo observar que los demonios que deciden perderle, a causa de su irritante pureza, inventan precisamente el subterfugio de "darle su cuerpo". Véase cómo los Anales de Cuauhtitlan han transmitido esa vigorosa parábola del destino humano:

Los que se nombraban Tezcatlipoca, İhuimécatl y Toltécatl, dijeron: "Es preciso que deje su pueblo, don-de nosotros hemos de vivir." Y añadieron: "Hagamos pulque; se lo daremos a beber, para hacerle perder el tino y que ya no haga penitencia." Luego habló Tezca-tlipoca: "Yo digo que vayamos a darle su cuerpo." ¡Cómo decir lo que mutuamente se consultaron para hacerlo así! Primero fué Tezcatlipoca; cogió un doble espejo de un jeme y lo envolvió; y cuando llegó adonde estaba Quetzalcoatl, dijo a sus pajes que le custodiaban: "Id a decir al sacerdote: ha venido un mozo a mostrarte, señor, y a darte tu cuerpo." Entraron los pajes a avisar a Quetzalcoatl, quien les dijo: "Qué es eso, abuelo y paje? ¿qué cosa es mi cuerpo? Mirad lo que trajo y entonces entrará." "El no quiso dejarlo ver y les dijo: "Id a decirle al sacerdote que yo en persona he de mostrárselo." Fueron a decirle: "No accede; insiste él en mostrártelo, señor." Quetzalcoatl dijo: "Que venga, abuelo." Fueron a llamar a Tezcatlipoca, entró, le saludó y dijo: "Hijo mío, sacerdote Ce Acatl Quetzalcoatl, yo te saludo y vengo, señor, a hacerte ver tu cuerpo." Dijo Quetzalcoatl: "Sé bien venido, abuelo, tu cuerpo. Dijo Quetzalcoati: "Se bien venido, abuelo, ¿De donde has arribado? ¿Qué es eso de mi cuerpo? A ver." Aquel respondió: "Hijo mío, sacerdote, yo soy tu vasallo... mira, señor tu cuerpo." Luego le dió el espejo y le dijo: "Mírate y conócete, hijo mío; que has de aparecer en el espejo." En seguida se vio Quetzalcoatl, se asustó mucho y dijo: "Si me vieran mis vasallos, quizá corrieran."

Siempre bajo la instigación de los demonios, se embriaga y duerme después con la bella Quetzalpetatl. Pero.

Cuando amaneció, mucho se entristecieron, se ablandó su corazón. Luego dijo Quetzalcoatl, "¡Desdichado de mí!" Y cantó la canción lastimera que para irse de allí compuso: "Mala cuenta de un día fuera de mi casa. Que los ausentes de aquí se enternezcan, lo tuve por dificultoso y peligroso. Esté y cante solamente el que tiene el cuerpo de tierra; yo no había crecido con la aflicción del trabajo servil." Cuando cantó Quetzalcoatl todos sus pajes se entristecieron y lloraron. En seguida también cantaron: "En casa ajena aun no se habían enriquecido mis señores. Quetzalcoatl no tiene cabellera de piedras preciosas. El madero quizá en algunas partes está limpio. Hele aquí. Lloremos."

Despues que cantaron sus pajes, Quetzalcoatl les dijo: "Abuelo y paje, basta. Voy a dejar el pueblo, me voy. Mandad que hagan una caja de piedra." Prontamente labraron una caja de piedra. Y cuando se acabó de labrarla, acostaron ahí a Quetzalcotl. Sólo cuatro días estuvo en la caja de piedra. Cuando no se sintió bien de salud, dijo a sus pajes: "Basta, abuelo y paje; vámonos. Cerrad por todas partes y esconded las riquezas y cosas placenteras que hemos descubierto y todos

nuestros bienes..."

Inmediatamente se fué Quetzalcoatl; se puso en pie; llamó a todos sus pajes y lloró con ellos. Luego se

fueron a Tlillan Tlapallan, el quemadero...

Se dice que... habiendo llegado a la orilla celeste del agua divina (a la costa del mar), se paró, lloró, cogió sus arreos, aderezó su insigna de plumas y su máscara verde... Luego que se atavió, él mismo se prendió fuego y se quemó. . . Se dice que cuando ardió, al punto se encumbraron sus cenizas, y que aparecieron a verlas todas las aves preciosas, que se remontan y visitan el cielo... Al acabarse sus cenizas, al momento vieron encumbrarse el corazón de Quetzalcoatl. Según sabían, fué al cielo y entró en cl ciclo. Decían los viejos que se convirtió en la estrella que al alba sale; así como dicen que apareció, cuando murió Quetzalcoatl, a quien por eso nombraban el Señor del alba. Decían que cuando él murió, sólo cuatro días no apareció, porque entonces fué a morar entre los muertos y que también en cuatro días se proveyó de flechas; por lo cual a los ocho días apareció la gran estrella que llaman Quetzalcóatl. Y añadían que entonces se entronizó como Señor.7

Imposible no sentir el hermetismo de este relato que, por su profunda inspiración poética, puede figurar entre los más bellos textos de las grandes tradiciones universales.

Sin duda a causa de la visibilidad de sus fases Quetzalcoatl elige a Venus para representar el alma en su parábola, y sitúa a ese planeta en el centro del drama cósmico en el cual el hombre se ve de pronto represen-

tar un papel de primer plano.

Después de su presencia en el cielo occidental,* Venus desaparece "bajo tierra" y queda oculta varios días para reaparecer, más deslumbrante que nunca, en el cielo oriental donde se reúne con el Sol. Es este mismo itinerario el que sigue el alma: desciende de su morada celeste, entra en la oscuridad de la materia para clevarse de nuevo, gloriosa, en el momento de la disolución del cuerpo. El mito de Quetzalcoatl no significa otra cosa. La pureza absoluta del rey se refiere a su estado de planeta, cuando no es todavía más que luz. Sus pecados y sus remordimientos corresponden al fenómeno de la encarnación de esta luz y a la dolorosa pero necesaria toma de conciencia de la condición humana; su abandone de las corresponden y la horación de esta luz y a la dolorosa pero necesaria de condición humana; su abandone de las corresponden y la horación de la corresponden y la horación de la corresponden y la horación del corresponden y la la dolorosa pero necesaria de la corresponden y la horación de la corresponden y la la del la dono de las cosas de este mundo y la hoguera fatal que construye con sus propias manos señalan los preceptos a seguir para que la existencia no sea perdida: alcanzar la unidad eterna por el desprendimiento y el sacrificio del vo transitorio.

En una página del Códice Magliabecchi existe un documento iconográfico de esta misma relación entre Venus y el alma: la imagen de un guerrero muerto, rodeado de objetos rituales; entre ellos su máscara es muy significativa por ser la misma que la que carac-teriza la representación humana de la Estrella de la Mañana. Este rasgo indica que el alma de ese guerrero era el planeta que iba a reunirse con el Sol.

^{* &}quot;El oeste es la patria originaria del género humano, la región del parto" (Seler).

El mismo pensamiento está expresado en la plegaria siguiente:

Le ruego a V. M. que sois nuestro señor humanísimo... que tengáis por bien que los que murieron en esta guerra sean recibidos con entrañas de piedad y de amor de nuestro padre el Sol.8

La muerte en el combate era para los aztecas la purificación suprema, y este sacerdote ruega a fin de que el Sol quiera considerar el espíritu de los difuntos dignos de reintegrarse al cielo. En este sentido, la divinidad necesita de la ayuda humana. Desprendiéndose de ella misma un poco en cada criatura, terminaría por morir si el individuo, por una vida oscura e inconsciente, destruyese la partícula recibida en lugar de devolverla más luminosa.

Es decir, que la creación no era considerada posible más que a través del sacrificio: sacrificio del Sol desmembrado en la humanidad (la estrella de la tarde es un fragmento de luz arrancada antes de su declinación); sacrificio del hombre para restaurar la unidad

original del astro.

En otro pasaje del mito ya transcrito —y que Sahagún, por suerte, ha conservado— es fácil discernir la relación que existe entre el alma humana, representada por Venus, y el Sol. Se dice que una vez que Quetzalcoatl hubo iniciado su peregrinación hacia el oriente —peregrinación que representa claramente la que el planeta cumple "bajo tierra" para reunirse al Sol—algunos

nigrománticos vinieron a encontrarse con él para impedirle que no se fuese más adelante diciendo al Quetzalcóatl: "¿Adónde os vais? ¿Por qué dejasteis vuestro pueblo? ¿A quién lo encomendasteis? ¿Quién hará la penitencia?" Y Quetzalcóatl respondiendo a los dichos nigrománticos, díjoles: "En ninguna manera podéis impedir mi ida, por fuerza tengo que irme", y los dichos nigrománticos tomaron a preguntar a Quetzalcóatl "¿Adónde os vais?" Y el respondió diciendo: "Yo me voy hasta Tlapallan." "¿A qué os vais allá", dijeron

los nigrománticos. Y respondió: "Vinieron a llamarine, llámame el Sol." A lo que respondieron entonces: "Ídos en hora buena." 9

Pero el documento que aclara mejor este punto es el que se refiere a la comunión que era costumbre hacer cada año con Huitzilopochtli, el dios solar por excelencia. A fin de que no se crea que se trata de un simple rito entre infinidad de otros, citarcmos pasajes donde Sahagún habla de las condiciones que los sacerdotes de Tenochtitlan juzgaban necesarias para participar en estas ceremonias:

Los mancebos que recibían el cuerpo de Huitzilopochtli obligábanse a servir un año... y juntamente (con los mancebos) los ministros de los demás dioses... hacían gran servicio y penitencia de que recibían gran-dísimo agravio y fatiga que no se podía sufrir; ...con-cluído el dicho año, celebraban la fiesta a honra de Huitzilipochtli... Tomaban semillas de bledos y las limpiaban muy bien... molíanlas delicadamente, después estando la harina muy sutil, amansábanla, y con la misma hacían el cuerpo de Huitzilopochtli. Al día siguiente un hombre que se llamaba Quetzalcóatl, tiraba el cuerpo de dicho Huitzilopochtli con un dardo que tenía un casquillo de piedra, y se le metía por el corazón... y después de haberlo muerto, luego lo desbarataban... y el corazón de Huitzilopochtli tomábanlo para el señor o el Rey, y todo el cuerpo y pedazos que eran como bezos de dicho Huitzilopochtli lo repartían en iguales partes entre los naturales de México y Tlatelolco... de esta manera repartían entre ellos los cuatro pedazos del cuerpo de Huitzilopochtli... En los barrios cada uno comía un pedazo del cuerpo de este dios, y los que comían eran mancebos, y decían que era el cuerpo de dios.¹⁰

Así como ocurre con el bautismo y la redención de los pecados, los investigadores no han prestado más que una atención distraída a la circunstancia de que los pueblos mesoamericanos practicaban el sacramento de la comunión. Parece, sin embargo, que la ceremonia del sacrificio de la *Unidad en la Multiplicidad* no pueda

surgir más que del principio de la redención de la materia, y deba tener sus raíces en una doctrina altamente espiritual.

He aquí ahora un poema azteca, el cual confirma la existencia de la liga que unía al individuo con el

Sol:

Ofrezco, ofrezco florido cacao: ¡sea yo enviado a la Casa del Sol!

Es hermoso y muy rico el cerco de las plumas de quetzal:

iconozca yo la Casa del Sol; vaya yo allá!

Oh, nadie capta en su alma la flor que bella embriaga:

esparzo flores de cacao, están dando fragancia en el

agua de Huexotzinco.

Cada vez que el sol sube a esta montaña, llora mi corazón y se entristece:

¡Ojalá fuera flor mi corazón, pintada estuviera de bellos colores!

¡Sobre las flores canta el Rey de los que vuelven!

Haya embriaguez florida; celébrase la fiesta, oh príncipes; haya precioso baile: esta es la Casa de nuestro Padre

el Sol.

Sobre el muro de turquesas estamos en pie: rodeado ha sido el Monte de los quetzales; junto al agua está el que mora en Cavernas.

Llegue al fin acá, la Llanura de la serpiente: traigo a mi espalda un escudo de turquesas, tremolo al viento la roja flor invernal.¹¹

El Sol es denominado el Rey de los que vuelven: difícilmente podría encontrarse una comprobación más rigurosa a la hipótesis de la creencia nahuatl en el origen celeste del individuo.

Se ve además que la Casa del Sol, que no es otra que el firmamento, está rodeada de turquesas y de plumas de quetzal, materias preciosas que simbolizan el alma. Se trata, entonces, de una visión del mundo de la Unidad en el cual el alma goza al fin de la presencia divina. Es verosímilmente esta misma Unidad que está expresada en las imágenes de los discos solares en los que un círculo de piedras preciosas y otro de plumas rodean generalmente el símbolo del astro.

El hecho de que el cielo esté designado en el poema como la Casa de turquesas y de plumas de quetzal viene a corroborar nuestra interpretación del mito de Quetzalcoatl porque son precisamente casas de este tipo las que lamenta tener que dejar nuestro héroe:

De nuevo dijeron los demonios a Quetzalcoatl: "Hijo mio, canta. Hé aquí la canción que has de cantar." Y cantó Ihuimecatl (uno de los demonios): "Mi casa de plumas de quetzalli, mi casa de jades, la dejaré." 12

Y cuando hubo tomado conciencia de su condición nueva, es la nostalgia de la Unidad perdida la que expresa con dolor:

Malo de cuenta de un día fuera de mi casa. Que los ausentes de aquí se enternezcan, lo tuve por dificultoso y peligroso. Esté y cante el que tiene cuerpo de tierra; yo no había crecido con la aflicción del trabajo servil." 13

Los ausentes de los cuales invoca comprensión no pueden ser más que los habitantes del mundo celeste de donde él ha descendido; su alusión a aquellos que tiencn el "cuerpo de tierra" se dirige, sin duda, a los que no tienen recuerdo de su origen divino.

La nostalgia de la Unidad perdida constituye el tema

La nostalgia de la Unidad perdida constituye el tema de la mayor parte de las composiciones poéticas nahuatl. Veamos algunos ejemplos de documentos aztecas, tra-

ducidos y publicados recientemente:

Por más que llore yo, por más que me aflija, por mucho que no lo quiera mi corazón, ¿no habré de ir acaso a la Región del Misterio? Aquí en la tierra dicen nuestros corazones: "Oh, amigos míos, ojalá fueramos inmortales, oh, amigos, ¿dónde está la tierra en que no se muere?"

¿Iré yo acaso? Vive allá mi madre? ¿vive allá mi padre? En la Región del Misterio... ¡Mi corazón se estre-[mece:

¡Con que sólo yo no muriera, que no pereciera...! Sufro y siento pena.

Tú ya dejaste cimentada tu fama,
Oh príncipe Tlacahuepantzin.
¡Es que aquí solamente somos esclavos,
solamente están en pié los hombres
delante de aquel por quien todo vive.
Se viene a nacer, se viene a vivir en la tierra.
Por un breve tiempo se tiene prestada
la gloria de aquel por quien todo vive.
Se viene a nacer, se viene a vivir en la tierra.
14

Sólo venimos a dormir. sólo venimos a soñar: No es verdad, no es verdad que venimos a vivir en la [tiera:

Hierba primaveral somos tornados: ¡Viene, está rozagante, echa brotes nuestro corazón, abre algunas corolas la flor de nuestro cuerpo, entonces se marchita! ¹⁵

Tu creación, tu protección extiendes, oh Dador de la [vida

¡Nadie dice que a tu lado es requerido de infortunio! Están germinando piedras finas, se están abriendo plumas de quetzal:

acaso son tu corazón, oh Dador de la vida.

¡Nadie dice que a tu lado es requerido de infortunio! Acaso sólo allí vivimos: ¡Gozad! !

Solo en breve tiempo hay posibilidad de reunirnos, en todo tiempo puede lograrse gloria:

¡Nadie de los hombres es tu amigo: por breve tiempo se dan en préstamo tus bellas flores: ¡al fin flores secas!

Todo lo que florece en tu solio y en tu trono: la nobleza, el reino, el imperio, en medio de la llanura está entretejido con tus flores: ¡al fin flores secas! 16

Como lo hemos visto, el mensaje de Quetzalcoatl consiste en resolver el problema de la dualidad de la naturaleza humana. Con la parábola del rey de Tollan, enuncia los principios del desprendimiento y del renunciamiento por los cuales el hombre puede reencontrar su propia unidad, y echa las bases del sacerdocio. Para los aztecas, Quetzalcoatl era el Señor de la oración y de la penitencia:

Quetzalcóatl hacía penitencia punzando sus piernas y sacando la sangre con que manchaba y ensangrentaba las puntas de maguey... y esta costumbre y orden tomaron los sacerdotes y ministros de los ídolos mexicanos como el dicho Quetzalcóatl usaba...¹⁷

Sabemos que en Tenochtitlan los sacerdotes de alto rango llevaban el título de Quetzalcoatl, y como es lógico, este nombre, perpetuado con tanta constancia a través de los siglos no era el elemento único que se relacionaba con el fundador de la religión nahuatl. Hasta el fin del Imperio, los príncipes-sacerdotes mesoamericanos, considerados como reencarnaciones de Quetzalcoatl, cumplían rituales en los que estaban evocados instantes memorables de su vida mítica. El sabio alemán Eduard Seler ha señalado un ejemplo de estas prácticas entre los zapotecas:

De la descripción que nos hace el Padre Burgoa de cómo se hacía la transmisión del poder, aparece claramente que estos sacerdotes cstaban considerados como imágenes vivas del dios de los toltecas... Mientras que a estos sacerdotes se les imponía la castidad... en ciertas fiestas... se les obligaba a emborracharse y se les hacía tener relación con muchachas. Si alguna de ellas resultaba embarazada y diera a luz a un niño, éste estaba destinado a ser el sucesor del sacerdote principal. Esto concuerda con la historia de Quetzalcoatl, el sacerdote dios de los toltecas... que olvidó su castidad en la borrachera... y por este pecado se vio obligado... no solamente a dejar su ciudad, sino también el país y dirigirse hacia el Este donde levantó una pira funeraria para su propia destrucción y, del fuego, su corazón se elevó hasta los cielos bajo la forma del planeta Venus. 18

Después del pecado, los sacerdotes debían seguir los trazos de Quetzalcoatl hacia la liberación y es probable que, una vez que ellos hubieran cedido su lugar a un sucesor, se confinarían en un retiro piadoso que terminaría con la muerte ritual simbolizada por la hoguera redentora.

Las ceremonias mortuorias vigentes entre los aztecas parecen igualmente determinadas por la doctrina de Quetzalcoatl. Se suponía que el muerto tenía que franquear siete obstáculos antes de llegar al fin ansiado de su viaje: el lugar donde "...se acababan y fenecían los difuntos". El ritual que los supervivientes cumplían nos enseña que en este momento, estimando que el desaparecido no necesita ya de socorro, se dejaba de hacer toda ofrenda. Las siete pruebas —la última de las cuales consistía en afrontar al terrible dios de los muertos duraban cuatro años, y el lugar donde "fenecían los difuntos" era alcanzado únicamente si se conseguía evadirse de su dominio. Este momento anhelado no puede scr más que aquel en que el espíritu, escapando a las tinicblas de la materia, reencuentra al fin su origen luminoso: la muerte que amenaza retenerlo representa el aniquilamiento del individuo desprovisto de la suficiente preparación interior. Varios rasgos relacionan estas pruebas con diferentes etapas de la vida de Quetzalcoatl, después de que éste hubo abandonado su capital. Entre otras, el inmenso río que corta el camino que lleva a la liberación, con la diferencia que, en lugar de atravesarlo solo, Quetzalcoatl echa sobre él un puente para que sus "pajes" o discípulos puedan seguirlo. Esta acción de crear un puente, nos dice, una vez más, que su misión tiene por objeto establecer una comunicación entre la tierra y el cielo, unir el hombre a Dios.

Que sean cumplidos durante la vida o después de la muerte, estos ritos que reproducen la parábola del hombre convertido en planeta constituyen sin duda pruebas del paso a niveles espirituales superiores que deben progresivamente llevar a la unión con lo trascendente.

Se trata verosímilmente de ritos de iniciación secreta en el curso de los cuales el iniciado se preparaba a recibir el alma y aprendía a morir, es decir a sacrificar su yo perecedero para renacer a una vida regeneradora. Así como los Misterios de todas las tradiciones, los de los nahuas no tenían otro fin que el de asimilar el hombre a la divinidad. Por eso Quetzalcoatl fue considerado por los pueblos mesoamericanos como el hombre convertido en dios.

La práctica de los Misterios de Iniciación explica un fenómeno de la religión nahuatl, que de otro modo resultaría incomprensible. En efecto, según el conte-nido de los textos aztecas, parecería a primera vista que el destino en el otro mundo no estaba determinado más que por la manera accidental en que la muerte se producía. Sahagún relata que, además del camino de las pruebas ya citado, existía:

otra parte donde decían que iban las ánimas de los difuntos, es el paraíso terrenal, que se nombra Tlalodituntos, es el paraiso terrenal, que se nombra Halo-can, en el cual dizque que hay muchos regocijos y refrigerios sin pena ninguna... Los que van allá son los que matan los rayos, o se ahogan en el agua, y los leprosos, bubosos, sarnosos, gotosos y hidrópicos, y el día que se morían de las enfermedades contagiosas e incurables no los quemaban, sino enterraban los cuerpos de los dichos enfermos...

La otra parte adonde se iban las almas de los difuntos es el cielo, donde vive el sol. Los que iban al cielo son los que mataban en las guerras, y los cautivos que habían muerto en poder de sus enemigos...¹⁹

Se dedujo de estas creencias que el comportamiento durante la vida no tenía consecuencias para el alma, lo que estaría en completa contradicción con lo que sabemos de las leyes morales que regían en Tenochtitlan. Por ejemplo, la necesidad imperiosa de penitencia y purificación que dominaba la vida azteca no aparecería de esta manera más que como un elemento sin raíces en el pensamiento nahuatl, mientras que ella constituye su esencia misma.

En realidad, la existencia era concebida como una preparación para la muerte, y ésta representaba el nacimiento verdadero que se alcanzaba liberándose del yo limitado y mortal. Probablemente en este sentido debe comprenderse la singular expresión "la hora del parto... se llama ahora de muerte"...,²⁰ porque el recién nacido debía representar la tumba del espíritu que no se abriría hasta en el momento de la disolución del cuerpo. Por otra parte, los sabios aztecas

decían que no se morían sino que despertaban de un sueño que habían vivido... y se volvían en espíritus o dioses... También decían que unos se convertían en Sol, otros en Luna, y otros en varios planetas...²¹

Pareciera que todos los hombres no alcanzaban tal nacimiento glorioso. Pasajes de Sahagún afirman que solamente príncipes y altos dignatarios se convertían en espíritus o en astros, lo que indica que la Iniciación que determinaba el destino del alma no era accesible a todos. Quizá fuesen quienes se mantenían fuera de los Misterios los que iban al Paraíso Terrenal. Como vimos, los difuntos que partían para este lugar de delicias eran simplemente enterrados, lo mismo que los esclavos sacrificados a la muerte de un gran señor, mientras que éste cra incinerado; es decir, que tenían acceso al más elevado de los grados de Iniciación.

Como cs de suponer, estas Iniciaciones debían ser rigurosamente controladas por una Orden religiosa. La Orden más importante del antiguo México era la de los Caballeros Águilas y Tigres, la que, si bien había asumido en Tenochtitlan un carácter principalmente guerrero, es verosímil que, originariamente, no haya tenido por fin más que el de iniciar en los Misterios sagrados. Daremos pruebas arqueológicas que fundamentan esta presunción al hablar del primer centro nahuatl donde el mismo simbolismo del águila y del tigre está ya definido, pero los datos que a propósito de esta Orden recogió en el siglo xvi el historiador Muñoz Camargo son, por sí mismos, reveladores de este origen místico:

Esta ceremonia de armarse caballero los naturales de México y de Tlaxcala y otras provincias de la lengua mexicana, es cosa muy notoria... Se armaban caballe-ros con muchas ceremonias, porque ante todas cosas estaban encerrados cuarenta o sesenta días en un templo de sus ídolos; y ayunaban este tiempo y no trata-ban con gentes más que con aquellos que les servían, y al cabo de los cuáles eran llevados al Templo Mayor y allí se les daban grandes doctrinas de la vida que habían de tener y guardar; y antes de todas estas cosas, les daban vejámenes, con muchas palabras afrentosas y satíricas, y les daban de puñadas con grandes reprensiones y aún en su propio rostro... En todo el tiempo del ayuno, no se lavaban, antes estaban todos tiznados y embijados de negro y con muestras de grande humildad para concebir y alcanzar tan gran merced y premio, velando las armas todo el tiempo del ayuno según sus ordenanzas, usos y costumbres entre ellos tan celebradas. También usaban tener las puertas donde estaban ayunando, cerradas con ramos de laurel, cuyo árbol entre los naturales era muy estimado.22

Como se ve, el punto central de estas pruebas de Iniciación es el desprendimiento predicado por Quetzalcoatl como medio de liberarse de la dualidad.

Sirviéndose de esta aspiración mística por sus fines de poder, los aztecas reemplazaron la exaltación de la vida espiritual por la de la muerte física; y se tiene la tendencia de considerar sus macabras estilizaciones como expresión misma del pensamiento nahuatl. Los vestigios arqueológicos demuestran, sin embargo, que, lejos de ser características de todos los pueblos mesoamericanos, estas estilizaciones están limitadas al período de conquistas sangrientas que se inician al fin del siglo x con la llegada de los cazadores nómadas. En los centros anteriores, las representaciones de la muerte y de divinidades destructoras están sustituidos por símbolos de la resurrección, lo que no debe sorprender ya que la trascendencia de Quetzalcoatl proviene de su papel de redentor. Este papel, confirmado por todos

los documentos, está expresado en imágenes de una sorprendente fuerza sugestiva en la narración de su visita al País de los Muertos.

Después de quemarse, Quetzalcoatl queda ocho días "bajo tierra". Un fragmento del mito, recogido en un manuscrito redactado en nahuatl poco después de la Conquista y publicado en español con el título de "Leyenda de los Soles", nos da más amplios detalles sobre este descenso a los Infiernos.

Luego deliberan los dioses, dijeron: —¿Quién habrá [de morar?

Consolidóse el cielo, se consolidó la Señora Tierra, quien habrá de morar en ella, oh dioses?

Todos ellos se preocuparon.

Pcro ya va Quetzalcoatl, llega al Reino de la Muerte, al lado del Señor y de la Señora del Reino de la Muerte. Al momento les dijo: —He aquí por lo que he venido. Huesos preciosos tú guardas: yo he venido a tomarlos. Pero le dice el rey de los muertos: —¿Qué vas a hacer, [Ouetzalcoatl?

Y éste de nuevo responde: —Preocupados están los [dioses

de quién ha de habitar la tierra.

El Señor del Reino de la Muerte dice: —Bien está, tañe mi trompeta de caracol y cuatro veces llevalos en Itorno

de mi redondo asiento de esmeraldas.

Pero como el caracol no tiene asa, llama luego a los

Ellos le hicieron muchos agujeros por donde al ins-[tante

entraron los avispones y las abejas nocturnas.

Una vez más dice el Scñor del Reino de la Muerte:

—¡Bien está, toma los huesos! Pero dice a sus
[vasallos

los muertos. —¡Decidle aún, oh dioses, que ha de [venir a dejarlos]

Pero Quetzalcoatl responde: —1No, para siempre los

Pero su doble le dijo: —Diles: ¡Los vendré a dejar! Y Quetazalcoat! va a decirles, y a gritos les dice:



9. Tambor azteca (Museo Nacional de México)



10. Templo circular de los Caballeros Águilas y Tigres, en Malinalco (México)



11. Interior del templo de Malinalco





13. Danzantes teotihuacanos (Museo Nacional de México)

12. Piedra-esculpida maya, descubierta en Palenque en 1953



14. Muñecas teotihuacanas (Museo Nacional de México)



15. Máscara teotihuacana (Museo Nacional de México).



16. Chalchiutlicue, la Diosa del Agua. Escultura teotihuaca na (Museo Nacional de México)

—¡He de venir a dejarlos!— Ya con esto subir puede, ya toma huesos preciosos. En un sitio hay huesos de [varón.

en otro sitio, huesos de mujer: los coge, los hace fardo,

y luego los lleva consigo.

Pero otra vez dice el Señor de los Muertos

a sus vasallos: —¡Dioses, de veras se los lleva, los [huesos preciosos!

Venid y ponedle un hoyo. —Ellos vienen a ponerlo:

él en el hoyo cayó, azotó en tierra consigo,

lo espantaron las codornices, cayó como un muerto, y con ello desparramó por tierra los huesos preciosos, los mordisquearon, los picotearon las codornices.

Mas pronto se recuperó Quetzalcoatl, llora por lo sucedido y dice a su doble:

—Doble mío, ¿cómo será esto? Y él dice: —¿Cómo [será?

¡Pucs cierto, se echó a perder, pero que sea como fuere! Y luego ya los recogió, una a uno los levantó,

y con ellos hizo un fardo, y los llevó a Tamoachan.
Y cuando a Tamoanchan llegó, ya los remuele Qui[laztli,

en un lebrillo precioso echa los huesos molidos, y sobre ellos su sangre sacada del miembro viril echa Quetzalcoatl, y luego todos los dioscs hacen pe-[nitencia

y por esto dijeron luego: "Nacieron los merecidos de [los dioses,

pues por nosotros hicieron penitencia meritoria." 23

La sangre con que Quetzalcoatl rocía los huesos sustraídos a la muerte representa el fuego divino que salva la materia —veremos después que la sangre y el fuego tienen la misma significación simbólica—, y es claro que este mito relata el nacimiento del hombre a la espiritualidad.

Pero lo más notable de estas narraciones es el papel positivo que atribuyen a la materia. Se ha visto que si Venus debe atravesar la Tierra para reunirse con el Sol, el rey de Tollan inicia su viaje liberador solamente después de haber cometido el acto carnal. Por otra parte, Quetzalcoatl no alcanza el fin de su temeraria empresa

en el País de los Muertos, sino asumiendo la forma de perro y gracias a los gusanos y a las abejas: con la ayuda de animales desprovistos de conciencia. Esto indica que, lejos de constituir un elemento inútil que no hace más que molestar al espíritu, la materia le es necesaria porque únicamente por la acción recíproca del uno sobre la otra, la liberación es conseguida.

Parecería que si la materia es salvada por el espíritu, éste a su vez tiene necesidad de ella para transformarse en algo como una energía consciente sin la cual la creación dejaría de existir. A no ser por esta permanente síntesis de los contrarios que el hombre efectúa en sí mismo, el mundo desaparecería porque, al igual que los humanos, el peligro que amenaza al Sol no es otro que el de caer en la inercia de la materia. Prueba es que durante su viaje nocturno —precisamente el momento en que él necesita de la ayuda humana— el astro se vuelve tigre y bajo esta forma es llamado Sol de Tierra, en nahuatl Tlachitonatiuh. Esto implica que el espíritu cae fatalmente en la materia y sólo puede ser salvado por la reconciliación de los polos opuestos entre los cua-les oscila. Esta hipótesis está sostenida además por la creencia azteca concerniente al destino de las almas de los guerreros. Decían que después de haber recibido el Sol a su salida, éstas formaban sú cortejo a través del cielo, pero que no lo seguían en la región occidental, parte del mundo designado como el "país del nacimiento". Dado que ellas eran ya el resultado del esfuerzo de unificación que es la prueba terrestre misma, estas almas estaban para siempre libres del peligro

La personalidad de Quetzalcoatl resume esta síntesis vital. Como Venus, cs el espíritu puro condenado a la encarnación; como perro (Xolotl), es materia, y sin duda por esta razón, los aztecas veían en él la divinidad de los gemelos y de los fenómenos dobles. Bajo su tercera forma, es el dios dispensador del soplo que, poniendo el movimiento la materia

de la dualidad.

impregnada de espíritu, permite la creación de la energía luminosa, o sea, del alma.

Esta energía indispensable a la marcha del universo no puede surgir más que del hombre, porque sólo él posee un centro susceptible de transformar el espíritu. A no ser por este dinámico punto de encuentro, el espíritu estaría destinado a perderse en la materia. Salvándose ál mismo el hombre —del que Quetria. Salvándose él mismo, el hombre —del que Quetzalcoatl es el arquetipo— salva entonces la Creación. Por eso es el Redentor por excelencia.

Como lo enseña la parábola del rey de Tollan, esta

salvación no se hace fácilmente. Para reconciliar el espíritu y la materia de que está formado, el indi-viduo debe sostener durante toda su vida una lucha dolorosamente consciente que lo convierte en un campo de batalla en el que se enfrentan sin piedad los dos enemigos. La victoria del uno o del otro decidirá de su vida o de su muerte: si la materia vence, su espíritu se aniquila con él; si ocurre lo contrario, el cuerpo "florece" y una nueva luz va a dar fuerza al Sol. (La imagen de estas flores es de las más frecuentes en la literatura nahuatl; y está expresamente dicho que la finalidad del colegio en el que los señores eran iniciados en los Misterios de la religión, era de hacer "brotar y florecer el cuerpo".)

Veremos en otro capítulo que esta guerra "florida" renovada en cada criatura consciente, está simbolizada por dos corrientes divergentes —una de agua y otra de fuego— que se unen. Veremos igualmente que la creación de todo lo que existe sobre la tierra es el resultado de la compenetración activa de estos dos

elementos opuestos.

El mito de los diferentes Soles o Eras, que se sucedieron en el mundo, no hace más que confirmar estas

interpretaciones.

Antes del actual, cuatro Soles fueron destruidos. 'El primero, Sol de Noche o Sol de Tierra, simbolizado por un tigre, constituye el reino de la materia oscura, sin esperanza de redención. Caso único entre los

cuatro Soles, ninguno de sus habitantes pudo salvarse, lo que lo señala definitivamente como estéril. El segundo, representado por Quetzalcoatl como dios del viento, es el Sol de Aire, o sea, del espíritu puro destinado a la encarnación. Los habitantes de esta Era son convertidos en monos.

Viene después el Sol de Lluvia de Fuego del que sólo los pájaros escapan. Y por último el Sol de Agua,

de donde surgen los peces.

Así, mientras ellos quedan aislados, estos cuatro principios de vida perecen porque, para crear —único medio de sobrevivir— hubiera sido necesario un punto de encuentro donde podrían actuar dinámicamente los unos sobre los otros.

Es ésta la razón que hace que el Quinto Sol (el cinco es el número del centro) es el Sol de Movimiento, del encuentro en el hombre. "El nombre de este Sol es Naollin (cuatro movimiento); éste ya es de nosotros, de los que hoy vivimos... Fue el mismo Sol de Quetzalcóatl..." ²⁴

Este Sol, cuyo emblema es un rostro humano, representa, además de la región central, lo alto y lo bajo, es decir, el cielo y la tierra. El símbolo del mundo en esta totalidad es una cruz.

Es interesante observar que los principios creadores fundamentales de la religión nahuatl son los mismos que aquellos que constituyen los cuatro Soles apagados. Esto comprueba que, a pesar de haber sido tenidos por esenciales, no fueron considerados aptos para vivir más que con la creación de un centro en el que se elaborara su síntesis.

La parábola de Venus enseña que este centro está en el corazón del hombre, y por ello la tarea suprema de la existencia humana es la de arrancar el corazón a la multiplicidad destructora. Siguiendo esta creencia, los aztecas tenían la costumbre de colocar una piedra preciosa en la boca de los difuntos para representar el corazón saliendo, brillante y puro, de la hoguera que consumía el cuerpo: "Dicen que a tiempo que se morían

los señores y nobles, les metían en la boca una piedra verde... la que decían que ponían por el corazón del difunto." ²⁵ Por esta misma crecncia, el más frecuente de los signos que simbolizan el Sol en la jeroglífica mesoamericana es precisamente el de la piedra preciosa. Esto nos hace comprender que las luchas, los terrores y el sacrificio de Quetzalcoatl en el curso de su peligrosa misión a los Infiernos, así como la dolorosa peregrinación del rey de Tollan antes de ser convertido en luz, son imágenes de la misma revelación. En los dos casos, se señala que únicamente sumergiéndose hasta el centro de la materia —la tierra por el primer caso, y el cuerpo para el segundo— se llega hasta la realidad última. Sólo el conocimiento permite el movimiento hacia las profundidades interiores. Señor del conocimiento, Quetzalcoatl inicia la aventura que lo lleva al borde del mundo, "al horizonte donde el cielo y la tierra se unen", por una toma de conciencia de la dualidad de su condición y del camino a seguir para salvarse de ella.

Dada la analogía esencial que existe entre la naturaleza y el hombre, éste, liberando su corazón, se hace el obrero del perfeccionamiento del Universo, es decir, de la Unidad cósmica. Las culturas mesoamericanas repiten hasta el infinito la fórmula mística que ex-

repiten hasta el infinito la fórmula mística que expresa la unión del hombre con el Todo. Las especulaciones matemáticas que ocupan el lugar considerable que se sabe, no tienen otro fin que el de calcular los sucesivos momentos de unión del alma individual y del alma cósmica —Venus y el Sol—, momentos que deben llevar gradualmente a la unión definitiva.

La creencia azteca según la cual la Era humana terminaría por ser reemplazada por la de los planetas indica probablemente la idea de que la síntesis de los contrarios operada en el hombre debería un día llegar a su completa plenitud, y que el reino de la separación sería así superado para siempre. Sin duda a causa de esta tarea de envergadura cósmica los súbditos de Quetales de la contrarior de zalcoatl se llamaban a sí mismos los Grandes Artífices (Toltecas).

Todo lo expuesto se hace patente en el mito de la creación del Quinto Sol que, resumiendo los otros, contiene las bases espirituales de la religión nahuatl. He aquí el texto de esta narración fundamental, en la forma en que fue recogida por Sahagún.

Decían que antes que hubiese día en el mundo, que se juntaron los dioses... y dijeron los unos a los otros: ¿Quién tendrá cargo de alumbrar al mundo? luego a estas palabras respondió un dios que se llamaba Tecuciztécatl y dijo: "Yo tomo cargo de alumbrat al mundo"; luego otra vez hablaron los dioses y dijeron: "¿Quién será otro más?" Al instante se miraron los unos a los otros, y conferían quién sería el otro, y ninguno de ellos osaba ofrecerse a aquel oficio, todos temían, y se excusaban. Uno de los dioscs de que no se hacía cuenta y era buboso, no hablaba, sino que oía lo que los otros dioses decían: los otros habláronle y dijéronle; "Sé tú el que alumbres, bubosito", y él de buena voluntad obedeció a lo que le mandaron y respondió: "En merced recibo lo que me habéis mandado, sea así", y luego los dos comenzaron a hacer penitencia cuatro días. Después encendicron fucgo en el liogar el cual era liecho en una peña... El dios llamado Tecuciztécatl todo lo que ofrecía era precioso, pues en lugar de ramos ofrecía plumas ricas... en lugar de pelota de heno, ofrecía pelotas de oro, en lugar de espinas de maguey, ofrecía espinas hechas de piedras preciosas, en lugar de espinas ensangrentadas, ofrecía espinas hechas de coral colorado, y el copal que ofrecía era muy bueno. El buboso que se llamaba Nanauatzin, en lugar de ramos ofrecía cañas verdes atadas de tres en tres, todas ellas llegaban a nueve; ofrecía bolas de lieno y espinas de maguey, y ensangrentábanlas con su misma sangre, y en lugar de copal, ofrecía las postillas de las bubas. A cada uno de éstos se les edificó una torre como monte; en los mismos montes hicieron penitencia cuatro noches... lucgo ceharon por allí los jarros y todo lo demás conque hicieron penitencia. Esto se hizo al fin... de su penitencia, cuando la noche siguiente, a la media noche, habían de comenzar a hacer sus oficios: ... Llegada la media noche, todos

los dioses se pusieron en derredor del hogar... donde ardió el fuego cuatro días... Ordenáronse los dichos dioses en dos rencles, unos de la una parte del fuego, y otros de la otra, y luego los dos sobre dichos, se pusieron delante del fuego, y las caras hacia él, en medio de las dos rencles de los dioses, los cuales todos estaban levantados, y luego hablaron y dijeron a Tecuciztécatl: "¡Ea pues Tecuciztécatl, entra tú en el fuego!" Y él luego acometió para echarse en él; y como el fuego era grande y estaba muy encendido, sintió gran calor, hubo micdo, y no osó echarse en él, volvióse atrás. Otra vez tornó para echarse en la hoguera haciéndose fuerza, y llegándose detúvose; cuatro veces probó, pero nunca se osó echar. Estaba puesto mandamiento que ninguno probase más de cuatro veces. De que hubo probado cuatro veces, los dioses luego hablaron a Nanauatzin, y dijéronle: "¡Ea pues Nanauatzin, prueba tú; y como le hubieran hablado los dioses, esforzóse y cerrando los ojos, arremetió, y echóse en el fuego, y luego comenzó a re-chinar y respendar en el fuego como quién se asa. Como vió Tecuciztécatl, que se había hechado en el fuego y ardía, arremetió y echóse en la hoguera...²⁶

Es apenas necesario subrayar que en este mito se pone en acción toda la doctrina de Quetzalcoatl. Como en la parábola del rey de Tollan, la luz emerge de la hoguera sacrificante; y la misma importancia es atribuida a la purificación, a la humildad y al renunciamiento. Se ha visto que el elegido de los dioses es el buboso, aquel cuyo cuerpo se desintegra, es decir, del hombre que habiendo cumplido la tarea de la reconciliación de los contrarios ha empezado a desprenderse de su yo fragmentado.

Este relato parece constituir, con sus detalles rituales y sus fórmulas secretas, el modelo de la última prueba de Iniciación, la que, por la muerte, conduce a la vida eterna.

Pero lo prodigioso es el papel cósmico que se asigna a las virtudes morales: el Sol que da vida al universo nace del sacrificio del hombre, y no puede subsistir sino por su fuerza interior. En efecto, la salvación universal que el individuo opera en este mito dice con claridad que el movimiento que anima al Quinto Sol es el de la espiritualidad. Así, por un camino diferente, nos volvemos a encontrar con la hipótesis según la cual la Era de Quetzalcoatl es la del advenimiento del alma, del centro unificador que, a nuestro entender, es la esencia misma de todo pensamiento religioso.

El esclarecimiento que aporta la segunda parte del

mito nos lleva por el mismo camino:

Cuando vino a salir el sol, pareció muy colorado, y que se contoncaba de una parte a otra, y nadie lo podía mirar, porque quitaba la vista de los ojos, resplandecía, y echaba rayos de sí en gran manera, y sus rayos se derramaron por todas partes; y después salió la luna en la misma parte del oriente a par del sol; primero el sol, y trás él la luna; por la orden que entraron en el fuego por la misma salieron hechos sol y luna. Y dicen los que cuentan fábulas que tenían igual luz con que alumbraban, y de que vieron los dioses que igualmente resplandecían, habláronse otra vez y dijeron. "Oh dioses ¿Cómo será esto? ¿Será bien que vayan a la par? ¿Será bien que igualmente alumbren? Y los dioses dieron sentencia y dijeron: Sea de esta manera. Y luego uno de ellos fué corriendo, y dió con un conejo en la cara a Tecuciztecatl, y escurecióle la cara, ofuscóle el resplandor, y quedó como ahora está su cara. Después que hubieron salido ambos sobre la tierra estuvieron quedos sin moverse de un lugar el sol, y la luna; y los dioses otra vez se hablaron y dijeron: "Cómo podemos vivir? ¿No se menea el sol? ¿Hemos de vivir entre los villanos? Muramos todos y hagámosle que resucite por nuestra mucrte, y luego el aire se encargó de matar a todos los dioses y matólos; y dícese que uno llamado Xolotl, rehusaba la muerte, y dijo a los dioses: "¡Oh Dioses! ¡No muera yo!" y lloraba en gran manera, de suerte que se le hincharon los ojos de llorar, y cuando llegó a él el que mataba hechó a huir, escondióse entre los maizales, y convirtióse en pie de maíz que tiene dos cañas... y fué visto y hallado, y otra vez echó a huir y se escondió entre los magueyes, y convirtióse en magucy que tiene dos cuerpos;

otra vez fue visto y echó a huir y metióse en el agua hízose pez que se llama axolotl y de allí lo tomaron y lo mataron; y dicen que aunque fueron muertos los dioses, no por eso se movió el sol; y luego el viento comenzó a soplar, y ventear reciamente y él le hizo moverse para que anduviese su camino...²⁷

Este Sol inmóvil y tan resplandeciente que hace perder la vista parece señalar la masa de espíritu cósmico al estado puro, antes que toda comunión —toda caída en la materia— haya ocurrido. El hecho de que únicamente el sacrificio de los dioscs —que son los hombres capaces de sacrificarse— y el soplo de Quetzalcoatl consiguen animarlo, llevaría a pensar que, si no fuera por estas intervenciones, el Quinto Sol no hubiera sido más viable que los precedentemente aniquilados.

Como hemos indicado antes, el peligro que acecha al Sol es la inercia. Sólo el movimiento que se efectúa

en el corazón del hombre entre contrarios que deben armonizarse salvará la Creación de este peligro mortal. En cuanto a los episodios de Xolotl —hermano gemelo de Quetzalcoatl y divinidad de los fenómenos dobles—, que se niega a morir, deben quizás indicar las múltiples relaciones que pueden establecerse entre la materia y el espíritu.

Hemos llegado así al término de los textos que nos proponíamos examinar y que no hemos hecho más que rozar ligeramente. Es indudable que cllos contienen todavía secretos innumerables: sc necesitará una enorme paciencia y mucho amor para llegar a captarlos.

En la esperanza de dejar establecidos algunos puntos firmes sobre los cuales pudieran basarse futuras investigaciones, vamos a intentar verificar la exactitud de las interpretaciones propuestas en este capítulo. Para hacerlo, será necesario analizar atentamente los signos del lenguaje simbólico de la religión nahuatl, tal como se encuentran expresados desde el primero hasta el último de sus centros. Si el sentido de los símbolos concuerda con el de las narraciones míticas, la prueba podrá juzgarse positiva.

NOTAS

1 Parsons, Elsie Clew, Mitla, Town of the Souls, The

University of Chicago Press, 1936, pp. 324 y 329.

² Séjourné Laurette, "Una interpretación de las figurillas del Arcaico". Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, México, 1952, t. XIII, nº 1, pp. 49-63.

3 Sahagún, op. cit., t. I, pp. 570-1.

4 Ibid., t. I, pp. 601-2.

⁵ Ibid., t. I, pp. 606, 608 y 609. 6 Anales de Cuauhtitlan, p. 7.

7 Ibid., pp. 8, 9, 10 y 11.

8 Sahagún, op. cit., t. I, p. 457. ⁹ *Ibid.*, t. I, pp. 309-10.

10 Ibid., t. Í, pp. 290, 291 y 292.
11 Garibay K., Ángel María, "Romances de la muerte", Las Letras Patrias, México, 1954, nº 2, p. 18.

12 Ibid., no 2, p. 49. 13 Ibid., nº 2, p. 49.

14 Ibid., no 2, p. 12.

15 Garibay K., Historia..., t. I, p. 91.

16 Ibid., t. I, p. 148.

17 Sahagún, op. cit., t. I, p. 296.

18 Seler, Eduard, "Wall Paintings of Mitla; a Mexican Picture Writing in Fresco", Bulletin 28, Smithsonian Institution, Bureau of Amer. Ethnology, Washington, D. C., 1904, p. 276.

19 Sahagún, op. cit., t. I, pp. 317-8.

²⁰ *Ibid.*, t. I, p. 599. 21 Ibid., t. II, p. 309.

²² Muñoz Camargo, op. cit., pp. 56, 57 y 58.

23 "Leyenda de los Soles", Trad. por Angel María Gari bay K. en su Historia..., t. I, pp. 295-6.

²⁴ Anales de Cuauhtitlan, p. 121.

²⁵ Sahagún, op. cit., t. I, p. 317. ²⁶ Ibid., t. II, pp. 12, 13 y 14.

27 Ibid., t. II, pp. 15-6.

EL LENGUAJE SIMBÓLICO NAHUATL

Tollan, la Antigua

AL TÉRMINO del Arcaico, durante el período llamado formàtivo por estar situado en la víspera de la eclosión de las altas culturas, aparece el dios más antiguo de la religión nahuatl, el Dios del Fuego tal como será venerado todavía por los aztecas: un hombre viejo, de rostro muy arrugado, llevando un brasero en la cabeza.

Las imágenes de esta divinidad han sido encontradas en el primer templo conocido de Mesoamérica —un edificio circular, a las puertas mismas de la ciudad de México— asociado a figurillas y a una cerámica típica-

mente arcaicas.

Estas primeras expresiones del espíritu religioso quedarán bastante tiempo aisladas, porque el templo y Huehueteotl (huehue: viejo, y teotl, dios) constituyen en Cuicuilco los únicos elementos del culto divino. El material arqueológico de este lugar formado por representaciones mágicas de mujeres y de animales desprovistos de simbolismo, no se diferencia en nada del de las épocas anteriores, excepción hecha de los dos o tres

ejemplares del Dios Viejo.

Se ignora la duración de este centro ceremonial, destruido por la erupción de un volcán. Con la ayuda de estudios comparativos ha sido posible establecer que su fin debe remontarse aproximadamente a los últimos siglos anteriores a nuestra era: ¹ como todos sus rasgos culturales —cerámica y figurillas arcaicas, Dios del Fuego y sistema de construcción— no se encontraron más que en Teotihuacán (a 50 kms. de la ciudad de México), se dedujo que esta última debió seguir directamente a la que fue sepultada bajo ocho metros de lava.

En sus principios, Teotihuacán descansa entonces so-

bre bases principalmente arcaicas. Muy pronto, sin embargo, la magra semilla religiosa venida de Cuicuílco produce sobre el suelo nuevo una floración prodigiosa: la religión nahuatl en toda su riqueza. Y al mismo tiempo que artistas pintan y esculpen en la inmensa metrópoli sagrada los signos de su lenguaje simbólico, todos los conocimientos que caracterizan las civilizaciones mesoamericanas alcanzan allí, en más o menos tres

siglos, su forma definitiva. Los orígenes de esta alta cultura constituyen el más hermético de los misterios. Basándose sobre la existencia de ciertos motivos tomados de los paíscs tropicales -serpiente, quetzal, caracoles marinos o tortuga-, se ha hablado de un aporte cultural del Sur; pero, si bien procedentes de otras zonas, estos motivos están tan fuertemente integrados al conjunto espiritual teotihuacano, que es imposible suponer que hayan podido ser trasplantados ya convertidos en símbolos. Esto indica, naturalmente, el conocimiento de estas especies, lo que es muy natural puesto que la arqueología ha demostrado la facilidad con que viajaron sicmpre las poblaciones de estas comarcas, pero de ningún modo el trasplante de rasgos culturales elaborados. Además está comprobado que el simbolismo, tal como lo revivieron los aztecas siglos más tarde, no se encuentra, por esta época, en ninguna otra parte.

La más antigua metrópoli de Mesoamérica, Teotihuacán, es además, la única que posee una sccuencia continua que, desde el Arcaico, llega progresivamente al más puro clasicismo. En las otras metrópolis, las excavaciones han determinado dos fases tan distintas—compuesta cada una de varios niveles—, que han sido atribuidas a pueblos sin relación entre sí. Únicamente en la segunda de esas fases es cuando surgen los elementos específicos de culturas diferenciadas; y de ahí se desprende que cuando las ciudades mayas ² o zapotecas ³ comienzan a descubrir sus caracteres propios, Teotihuacán, poderosamente enraizada en su suelo de origen, ha desarrollado ya la religión, las artes y las

ciencias que prevalecerán por más de quince siglos. A pesar de que no alcance a explicar el ascendiente de Teotilhuacán sobre el México antiguo —ascendiente que proviene más que nada de su genio incomparable—, este simple dato cronológico ayudará, empero, a conducirnos en el dédalo de las sociedades mesoamericanas.

Es útil recordar que el término Tollan significa en nahuatl gran ciudad o metrópoli y que todas las capitales del Altiplano lo llevaron junto a su nombre propio. Por ser su arquetipo, Teotihuacán es, por lo general, designada simplemente Tollan, como se comprueba en ciertas cartas geográficas antiguas. En el estudio que el americanista francés Aubin consagra a la más importante de ellas, se dice que el lugar en que se encuentra Teotihuacán

lleva el nombre de Tollan... y no aquel de Teotihuacán... Esta anomalía aparente, reproducida hasta cierto punto en el Códice Xólotl, puede venir de esto que, según un traductor de una historia de Teotihuacán que publicaré, esta ciudad habría sido nombrada tolteca por los fundadores los toltecas de quienes ella era la metrópoli, "como Roma, dice el traductor, es la de los Cristianos.4

Los sabios aztecas que trasmitieron su saber escribiendo o informando a los cronistas españoles, concuerdan con la arqueología a propósito de esta Tollan que consideran la fuente de sus conocimientos y de su historia. Es así como Sahagún, para calcular la antigüedad de los nahuas, en las primeras páginas de su obra, fija cn el tiempo esta ciudad primordial:

En lo que toca a la antigüedad de esta gente, tiénese por averiguado que ha mas de dos mil años que habitan en esta tierra que ahora se llama la Nueva España, porque por sus pinturas antiguas hay noticia que aquella famosa ciudad que se llamó Tollan ha ya mil años o muy cerca de ellos que fue destruída... y en lo que tardaron en edificarla y en lo que duró en su prosperidad antes que fuese destruída es cónsono a verdad que pasaron más de mil años, de lo

cual resulta que por lo menos quinientos años antes de la Encarnación de nuestro Redentor esta tierra está poblada. Esta célebre y esta gran ciudad de Tollan, muy rica y decente, muy sabia y muy esforzada, tuvo la adversa fortuna de Troya.⁵

La cronología establecida por las excavaciones confirma estos cálculos.

Las informaciones coinciden, además, en lo que los cronistas especifican siempre: que el rey de Tollan no era otro que Quetzalcoatl, el creador de todo el saber humano. Ahora bien, la arqueología descubre que Teotihuacán es no solamente el lugar donde fueron creados los elementos culturales nahuatl, sino también la primera —y la única durante mucho tiempo— donde se encuentra expresado el culto de Quetzalcoatl (quetzal: pájaro, coatl: serpiente). En efecto, en el siglo ry, Teotihuacán posee ya edificios grandiosos ornados con profusión de serpientes emplumadas, imagen hasta entonces totalmente desconocida.

La prueba arqueológica de que la serpiente emplumada no existe antes de Teotihuacán y que aquellas que aparecen en otras zonas son posteriores no debe ser considerada como un simple detalle técnico: constituye el argumento que permite identificar, sobre una base científica, a Teotihuacán con la primera ciudad nahuatl.

Insistimos sobre este punto porque en 1941, los antropólogos mexicanos en Mesa Redonda votaron, después de sesiones tumultuosas, una resolución según la cual la capital de Quetzalcoatl en lugar de ser Teotihuacán como lo habían creído investigadores de la categoría de Eduard Seler, sería una cierta Tollan-Xicotitlan (a 100 kilómetros de la actual ciudad de México) situada al fin del siglo x; es decir, en el momento en que Mesoamérica, bajo el choque brutal de la llegada en masa de cazadores nómadas, se había apartado ya del misticismo de las épocas precedentes.

No entraremos aquí en minuciosas especulaciones a este propósito. Hemos sostenido en otra parte nuestra

certidumbre de que, revisada a la luz del material arqueológico de que se dispone hoy día, esta resolución sería insostenible.⁶ Además de que los elementos técnicos sobre los cuales se apoyaba han resultado inoperantes, diez temporadas de exploraciones * han exhumado en Tula-Xicotitlan un centro civil de segundo orden que, exceptuando algunas notables esculturas, se limitó a copiar burdamente motivos importados y no puede, en manera alguna, representar la cuna de una cultura gloriosa.**

Es desconcertante que la mayor parte de los estudiosos que quisieron ver en Tula-Xicotitlan la patria de Quetzalcoatl no se hayan preocupado por el hecho de que las imágenes de este dios existían ya en una ciudad cerca de mil años más antigua. Es como si se situara la vida de Cristo y el comienzo de nuestra Era en el siglo x sin tener en cuenta las referencias históricas y las representaciones de crucificados anteriores a esta fecha. A fin de salvar este obstáculo, se intentó sostener que la serpiente emplumada no es en Teotihuacán más que uno de los muchos signos para representar el agua. Pero esta tesis, que equivaldría a recordar la existencia de la cruz antes del Cristianismo, es inaceptable porque todo lleva a hacer pensar que se trata de un emblema cuyo contenido sobrepasa la figuración de un elemento natural.

Como Quetzalcoatl enseña que la grandeza humana reside en la conciencia de un orden superior, su efigie no puede ser otra que el símbolo de esta verdad y las

^{*} Los informes de estas excavaciones rendidos por el arqueólogo Jorge Acosta, casi enteramente inéditos, se encuentran en la biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

^{**} Es suficiente observar que, por la indigencia de lo exhumado en Tula —caso verdaderamente singular en Mesoamérica—, no existe un salón de la cultura tolteca en el Museo Nacional de México, en el que las culturas más periféricas poscen una sección especial. Esta misma indigencia hizo que en la Exposición de Arte Mexicano que maravilló a los europeos en 1952-53 tampoco figurara ningún material proveniente de esa supuesta capital de los toltecas.

plumas de la serpiente que lo representan deben hablarnos del espíritu que permite al hombre —al hombre
cuyo cuerpo, como el del reptil, se arrastra en el polvo— conocer la alegría sobrehumana de la creación,
constituyendo así un canto a la soberana libertad interior. Esta hipótesis se ve confirmada, además, por el
simbolismo nahuatl, en el cual la serpiente figura la
materia —su asociación con las divinidades terrestres
es constante— y el pájaro, el cielo. El quetzalcoatl es
entonces el signo que contiene la revelación del origen
celeste del ser humano.

Teotihuacán, la Ciudad de los Dioses

Por su súbita emergencia y su vigor creador, Teotihuacán parece concebida en el deslumbramiento de esta revelación exaltante y, como en un vasto poema, cada uno de los elementos que la componen forma rigurosa-

mente parte de un todo altamente inspirado.

Sorprende no encontrar antecedentes de los principales factores de una civilización cuyas normas en su esencia, quedarán intactas hasta la Conquista española. Pero si es difícil admitir que rasgos culturales —como algunas características arquitectónicas, la orientación de sus edificios o las particularidades de su escultura y su pintura— havan podido desde su nacimiento asumir un carácter definitivo, más difícil aún es imaginar la aparición, en un estado de desarrollo perfecto, del sistema de pensamiento que está en su base. No se conoce ningún vestigio material de esta claboración prodigiosa. ¿Se trata de una obra colectiva o fue la obra de un solo ser? La importancia inigualada que se atribuye a Quetzaleoatl haría inclinar hacia la segunda hipótesis. Sea lo que fuere, y a pesar de que Teotihuacán hunde sus raíces en el universo fragmentado de los tiempos arcaicos, únicamente la visión de la inmensidad del espíritu —de la chispa divina que liga y armoniza— pudo engendrar la potencia activa que presidió

la fundación de la ciudad construida a la gloria de esa

serpiente emplumada que es el hombre consciente. Es significativo que el nombre de esta primera metrópoli sea precisamente Ciudad de los Dioses (significado de la palabra nahuatl Teotiliuacan), a causa de que, nos explica Sahagún:

los señores que allí se enterraban, después de muer-tos los canonizaban por dioses y decían que no se morían, sino que despertaban de un sueño que habían vivido; causa porque decían los antiguos que, cuando morían los hombres, no parecían sino que de nuevo comenzaban a vivir casi despertando de un sueño y se volvían en espíritus o dioses... y así les decían: "Señor o Señora, despierta que ya comienza a amanccer, ya es el alba, pues ya empiezan a cantar las avos de plumas anarillas, ya andan volando las mariposas de diversos colores; y cuando alguno se moría, de él solían decir que ya era teotl, que quiere decir que ya era muerto para ser espíritu o dios.⁷

Así, lejos de implicar groseras creencias politeístas. el término Teotihuacan evoca el concepto de la divinidad humana y señala que la ciudad de los dioses no era otra que el sitio donde la serpiente aprendía milagrosamente a volar; es decir, donde el individuo alcanzaba la categoría de ser celeste por la elevación interior.

La metrópoli fue funcionalmente construida en vista de esta finalidad. Su centro ceremonial está dividido en dos secciones: el cielo y la tierra, ligados por una vasta avenida ascendente que marca su eje. Sobre el lado más alto -treinta metros más que el otro-se encuentra la pirámide del Sol, la de la Luna e innumerables edificios inexplorados. En la parte baja, un cuadrilátero de cuatrocientos metros de lado encierra el templo de Quetzalcoatl.* La sección celeste está for-

^{*} Todos los datos concernientes a la arquitectura, la disposición de los edificios o la orientación de Teotilinacán están tomados del admirable estudio que el arquitecto Ignacio Marquina realizó en esta zona arqueológica durante los años 1917 a 1920, datos que aparecen en su obra citada (Véase nota 1 en este cap.)

mada por masas erigidas hacia lo alto; la terrestre no presenta más que una armoniosa serie de líneas horizontales. La pirámide del Sol (Lám. 1) horada el cielo, mientras que el dominio de la serpiente emplumada

(Lám. 2) aparece recostado sobre la tierra.

Siempre de acuerdo con la cosmología nahuatl, es el monumento solar el que dicta la orientación de todos los otros. Esta orientación ofrece una particularidad interesante porque el eje occidente-oriente que, por representar la trayectoria del drama de la encamación y de la liberación, fue adoptado por toda Mesoamérica, está modificado en 17 grados hacia el norte. Después de minuciosas investigaciones, el arquitecto Ignacio Marquina llegó a descubrir que la causa de esta distorsión proviene de que la pirámide está dirigida hacia el punto donde el sol se oculta el día de su pasaje por el cenit del lugar.

Existen sin duda varias explicaciones esotéricas de esta preferencia, pero la que resulta evidente es que, siendo el cenit el centro del firmamento, el astro adquiría en ese punto la calidad de corazón del universo, característica del Sol de Quetzalcoatl. Es decir, que la pirámide estaba dedicada al Quinto Sol —creado expresamente en Teotihuacán—, y por estar cargada de un sentido tan fundamental, esta orientación se encuentra

todavía entre los aztecas.

El cuadrilátero de Quetzalcoatl está constituido por plataformas de seis metros de altura que sostienen los basamentos de santuarios que escinden rítmicamente la

amplia superficie (Lám. 3).

El templo, en la parte posterior del atrio, es un edificio piramidal enteramente recubierto de serpientes emplurnadas (Lám. 4). Las rampas de la escalera que lleva al santuario que lo coronaba están puntuadas por grandes cabezas de la misma efigie. Los tableros sostenidos por los taludes ofrecen, superpuestos a los relieves del reptil simbólico, cabezas alternadas de Quetzalcoatl y de Tlaloc (Lám. 6), ambas expresiones del mismo principio básico de la religión nahuatl; el del im-

pulso vital obtenido por la unificación de elementos opuestos. Vercmos en efecto más adelante que, como Quetzalcoatl, Tlaloc es portador del germen luminoso que convierte la materia —en su caso la de la tierra—

en energía creadora.

Esto sugiere que este lugar podría haber sido el Calmecae, "la casa donde el cuerpo brota y florece", como los aztecas llamaban el colegio religioso en donde se educaban los señores: suposición reforzada por el hecho de que el Calmecae de Tenochtitlan se encontraba bajo la égida de Quetzalcoatl y que la enseñanza que ahí se profesaba derivaba enteramente de su doctrina. Las numerosas habitaciones que rodcan la pirámide debían albergar los retiros piadosos de los discípulos y de su de pulos y de sus guías espirituales.

La ascensión a la zona divina constituía sin duda el último grado de la Iniciación y debía revestir una so-

lemnidad difícil de concebir.

El camino a recorrer, de dos kilómetros de largo y cuarenta metros de ancho, está jalonado por plataformas flanqueadas por edificios donde el aspirante a dios debía probablemente detenerse para cumplir ceremonias evocadoras de la peregrinación de Quetzalcoatl hacia el Oriente. Es significativo que el templo solar esté situado al oriente de este camino cuyo nombre de Calle de los Muertos (Miccaotli) provenía seguramente del hecho que su función era conducir al iniciado hacia el Sol después de una nuerte ritual.*

Si se recuerda que Quetzalcoatl no abandona su reino sino después de una experiencia que tiene todo el aspecto de constituir una muerte de iniciación —cuatro días encerrado en un cofre de piedra-, nos convenceremos de que el Miccaotli era transitado sólo después del abandono simbólico de la envoltura terrenal. Venía,

^{*} En razón de su nombre, se supuso durante largo tiempo que los montículos que bordean esta avenida debían de encerrar sepulcros de grandes señores. Las excavaciones demostraron que no era así, lo que es lógico, ya que la incineración constituye el núcleo de la doctrina de Quetzalcoatl.

al fin, la subida a la pirámide del Sol: sesenta y cinco metros por altas gradas muy estrechas. Y probablemente en la cima de este monte artificial, por la hoguera redentora, el iniciado penetraba en la conciencia lumi-

nosa de los cuerpos celestes.

La Ciudad de los Dioses no denuncia casi nada del fervor místico que encendió los seres que la habitaron. Contrariamente a lo que ocurre en tierra maya donde los monumentos, estrechamente ligados a la vida de la selva virgen, perpetúan su carácter con una voluntad extraña, la fisonomía originaria de Teotihuacán está enteramente perdida a causa de la naturaleza del paisaje que la rodea: desde los tiempos prehispánicos fue escondida por la tierra y yace todavía, en su mayor parte, bajo campos de labor.

La capa gris que la recubre, así como la circunstancia de que la mayoría de las piedras esculpidas sirvieron a la construcción de las iglesias del valle y de que las pinturas de su centro ceremonial han desaparecido, hacen que una severidad inaccesible haya reemplazado

hoy día su antiguo esplendor.

Reducidos a la pureza de esquemas, estos edificios tan sobrios e incoloros como cuerpos de ascetas de los que todo rasgo de pasión hubiera desaparecido, exaltan ahora la fórmula que los engendró con un rigor inhumano. Despojada de la poesía de los símbolos que, con la ayuda de formas y colores, cantaba su verdad oculta, esta fórmula puesta al desnudo aparece como el resultado de cálculos matemáticos elaborados a partir de la rígida ley de los números, dictada a los hombres por los astros.

La zona arqueológica de Teotihuacán está tan poco explorada, que los datos indispensables para un estudio de esta ley faltan y sólo algunos escasos aspectos de ella resultan comprensibles.*

Hemos visto que la ciudad está enteramente cons-

^{*} Según las estimaciones de los técnicos del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, se ha descubierto menos de la décima parte de la totalidad de Teotihuacán.

truida según la orientación de la pirámide del Sol, lo que indica con claridad la importancia del ciclo anual. Esta importancia está corroborada, además, por las trescientas sesenta y cinco cabezas en alto relieve que adornaban el templo de Quetzalcoatl, y por la existencia, entre los símbolos, del signo representativo del año. Por otra parte, el culto de Venus implica el establecimiento y la aplicación de un calendario de sus revoluciones.

El orden que presentan los espacios y los monumentos sugiere que la misma ley de los números determinó un estricto sistema de planos. Por ejemplo, observando los diferentes lugares del centro ceremonial, se percibe que se trata siempre de cuadriláteros y de triángulos: amplias plazas cuadradas que encierran la pirámide, y ésta, a su vez, no es más que un cuerpo cuadrangular terminado en triángulo. Como la misma combinación constituye los rasgos esenciales del símbolo del año (Lám. 7), es fácil persuadirse de que esta geometría contiene un significado que sería importante descubrir. Intentaremos aproximarnos a ese significado con la ayuda del lenguaje simbólico nahuatl, único instrumento para interpretar esas especulaciones lejanas.

La Ley del Centro

El jeroglífico nahuatl más familiar es una figura que, bajo infinitas variantes, está formada siempre por cuatro puntos unificados por un centro, disposición llamada en quincunce. Como lo demostró Eduard Seler, el cinco es la cifra del centro y éste a su vez, constituye el punto de contacto del cielo y de la tierra. Para mayor exactitud, el quincunce designa además la piedra preciosa que simboliza el corazón, lugar de encuentro de los principios opuestos. He aquí entonces reunidos en un signo todas las características del Quinto Sol —el Corazón del Cielo—, expresadas por la mitología.

Parecería que el quincunce no es más que una esti-



Fig. 1. El rostro que simboliza el Quinto Sol y el signo de Venus alternados, forman el marco de una puerta en uno de los palacios teotihuacanos.

lización del cuadrilátero y del triángulo, figurando su centro el vértice de la pirámide reducido a una figura plana. (Si se levantan líneas a partir de cada uno de los vértices de un cuadrilátero hacia un punto central situado encima del mismo, se obtendrá un cuerpo piramidal.) Así como los mitos, la simbólica teotihuacana expresa entonces el concepto de los cuatro elementos primordiales salvados por un centro unificador, concepto que constituye el núcleo mismo del pensamiento nahuatl y que determinó sus más importantes expresiones. Como lo subraya Alfonso Caso, "esta idea fundamental de los cuatro puntos cardinales y de la región central (abajo y arriba) que da la quinta región, o sea la región central, se encuentra en todas las manifestaciones religiosas del pueblo azteca".8

Modelo perfecto de concisión, el quincunce es de una complejidad más rica todavía. Se ha demostrado ampliamente que la revolución sinódica de Venus, de 584 días, tenía en Mesoamérica un papel primordial. Los cálculos que recubren las estelas y los códices mayas, por ejemplo, tienen por fin principal registrar las conjunciones, pasadas y futuras, del planeta y del sol sobre lapsos considerables (Fig. 1). A consecuencia de que el cómputo de los años venusianos se efectuaba por grupos de cinco (correspondientes a ocho años solares), el

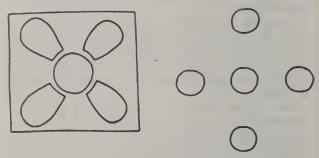
cinco es igualmente la cifra de Venus y, por tanto, de Quetzalcoatl.

Todo está admirablemente estructurado. ¿No es, en efecto, el Quinto Sol el del hombre-dios cuyo corazón se convirtió en el planeta Venus? ¿Y no es justamente Quetzalcoatl quien inauguró la Era del Centro revelando la existencia de una fuerza capaz de salvar de la inercia?

Pero hay más. El quincunce acompaña también al dios del fuego —igualmente dios del centro y llamado por este hecho "ombligo de la tierra"—, que, bajo el nombre de Xiuhtecutli, representa el Señor del Año o el Señor de la Piedra Preciosa. Esto viene a confirmar que el principio de la ley del centro, simbolizado por el Quinto Sol, está concebido como el elemento calorluz en unión dinámica con la materia.

A pesar de la triste insuficiencia de las exploraciones, la arqueología hace posible entrever que Teotihuacán refleja al infinito imágenes de ciclos en el interior de los cuales la Ley del Centro ha abolido la fragmentación de los contrarios. Basados sobre las revoluciones de los astros y sobre arduos cálculos, estos ciclos van, partiendo del más simple —el de la muerte y resurrección annal de la Naturaleza—, hasta englobar unidades inmensas que tienen por fin la búsqueda mística de los momentos de liberación suprema, es decir, las concordancias entre el alma individual y el alma cósmica, el tiempo y la eternidad, lo limitado y lo infinito.

Es probable que ni un detalle de la Ciudad de los Dioses haya sido dejado al azar y que los cómputos astronómicos que los mayas se complacieron en inscribir sobre sus monumentos y en sus libros estan implícitos en cada una de sus medidas, de sus líneas, de sus ornamentos. La rigurosa precisión con la cual la mitología y el simbolismo expresan el pensamiento nahuatl sería imposible sin la existencia previa de una ciencia exacta: piénsese en las especulaciones que habrán sido necesarias para llegar a formular todo un tratado de metafísica en una sola figura. Intentemos, para



Fics. 2 y 2-A. Los cinco puntos en cruz o quincunce. Es el signo más freeuentemente empleado en el lenguaje simbólico mesoamericano.



Frg. 3. El quincunce sobre el tocado del Dios del Fuego teotihuacano.

darnos una idea de ello, seguir algunas de las variantes

del quincunce.

En su más simple expresión, está constituido por cinco puntos encerrados o no en un cuadrilátero (Figs. 2 y 2-A), que simbolizan la piedra preciosa, emblema del Sol, del corazón humano y del calor. La figura 2-A se encuentra sobre una imagen teotihuacana del Dios del Fuego (Fig. 3); la 2 está representada alrededor de



Fic 4. Imagen azteca de un ciclo cósmico. Al centro, el Quinto Sol representado como en Teotihuacán, rodeado de símbolos de las Edades que lo han precedido. Dos serpientes de fuego forman el círculo exterior. Su carácter ígneo está sugerido por las volutas estrelladas que están sobre las cabezas humanas situadas en la parte inferior de la figura, y por el motivo de la mariposa que recubre los cuerpos de los reptiles. (Museo Nacional de México.)

cincuenta veces sobre un famoso monumento solar az-

teca (Fig. 4).

En otros casos, los cuatro puntos se representan como superficies llenas que dan relieve al centro del cuadrilátero, de tal modo que éste aparece como una cruz (Fig. 5). Esta cruz, llamada de Quetzalcoatl, tiene el valor de punto central y, como él, simboliza el reencuentro del cielo y de la tierra. Bajo este aspecto, el quincunce está más abundantemente representado. Helo aquí so-

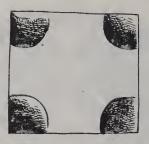


Fig. 5. En la jeroglífica nahuatl, esta forma de quincunce es llamada cruz de Quetzalcoatl. En la maya, cruz de kan. (Kan significa amarillo.)

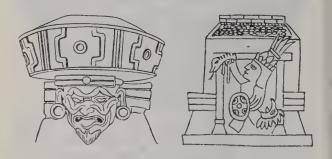


Fig. 6. La cruz de Quetzalcoatl llevada por un Dios del Fuego, proveniente del Cerro de las Mesas, Veracruz. (Museo Nacional de México.)

Fic. 7. La Cruz sobre el escudo de Quetzalcoatl (Códice Florentino).

bre un dios del fuego (Fig. 6), una figuración azteca

de Quetzalcoatl (Fig. 7), un águila solar (Fig. 8).
Libertada de la línea que la rodea, esta cruz (Fig. 9)
es característica del fuego —es constante en los braseros y los incensarios aztecas— y de Quetzalcoatl.

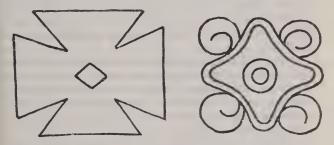
seros y los incensarios aztecas— y de Quetzalcoatl.

La misma cruz estilizada —los puntos del quincunce bien señalados— constituye la figura clásica de Venus como Estrella de la Mañana (Fig. 10).



Fic. 8. La Cruz de Quetzalcoatl constituye el ojo de esta águila solar. Objeto en obsidiana exhumado en la Venta, Tabasco.

(Museo Nacional de México.)



Frc. 9. La Cruz de Quetzalcoatl, tal como aparece en la representación de la ceremonia del Fuego Nuevo en el Códice Borbónico. Frc. 10. El símbolo de Venus en Teotihuacán y en la jeroglífica mava.

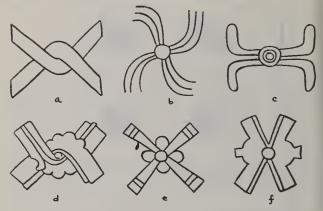


Fig. 11. El jeroglífico movimiento. (a, b, c, Teotihuacán; d. Códice Borbónico; e, Códice Florentino; f, Códices Borbónico y Borgia.)

En fin, en su acepción precisa de Movimiento, el Quinto Sol está representado por dos líneas divergentes—que constituyen cuatro polos contrarios— unidas en

su centro (Fig. 11).

Peto no sólo por el laconismo del quincunce fue expresada la todopoderosa Ley del Centro. Eje mismo de la religión de Quetzalcoatl, determina el simbolismo nahuatl, el cual no hace más que iluminar las etapas del constante proceso de transfiguración al que está sometida, en su punto central, la alianza creadora materia-espíritu.

Como la Realidad suprema reside en el Centro de la materia, las múltiples formas que asume la Naturaleza en los mundos animal y vegetal son consideradas envolturas —signos visibles— de esta Realidad y no difieren entre sí más que por el nivel de conciencia que son

susceptibles de alcanzar.

Lo mismo que la chispa divina engendra en la Tierra la vida en toda su riqueza, así el quincunce, semilla de una cosmogonía revelada, florece en un deslumbrante sistema de imágenes que, por pertenecer al universo

de las formas, parece frecuentemente de una lógica elemental engañadora. Esperamos poder demostrar que dista mucho de ser así.

Las Pinturas de Teotihuacán

La que hoy día es la más severa de las ciudades arqueológicas, durante su vida fue de una magnificencia cuyo recuerdo conmovido se perpetuó hasta el fin de los tiempos prehispánicos. Este cambio radical es debido, sobre todo, a la circunstancia de que eligió la pintura como principal modo de expresión, y la fragilidad de obras de este género una vez expuestas a la intemperie hizo que la gran Tollan, fulgurante de colores y de imágenes como ninguna otra, se apagara y fuera reducida, en el curso de los siglos, a sus líneas esenciales.

Pero, si las pinturas de las pirámides no son ya más que débiles trazos pálidos, hay, sin embargo, vestigios que permiten admirarlas en su brillo originario: el de los palacios situados alrededor del centro ceremonial—corazón de la ciudad— sobre una área de varios kilómetros de superficie. En estos casos la conservación es debida a la costumbre, de orden religioso sin duda, de echar abajo un edificio para levantar uno nuevo sobre los cimientos del anterior. A este efecto, las paredes eran demolidas a una altura aproximada de un metro y los escombros llenaban las superficies condenadas, de tal modo que el piso de la última construcción sellaba el material de la precedente. Habiéndose cubierto todos los muros con frescos, este material así preservado está constituido por innumerables fragmentos y porciones intactas de pinturas que resucitan, vibrantes todavía de su vida antigua, los misterios de la religión nahuatl.

intactas de pinturas que resucitan, vibrantes todavía de su vida antigua, los misterios de la religión nahuatl.

A juzgar por las capas de estuco de los pisos que afloran por todas partes, y por la cantidad de cerámica, de figurillas y objetos de piedra preciosa que los habitantes de esta zona venden a escondidas, el número de esas residencias debe ser incalculable. Es frecuente ente-

rarse de que alguien tiene pedazos de pintura para vender, y fue este mismo comercio el que, en 1942, puso sobre la pista de estos tesoros cuya importancia para la historia precolombina sobrepasa todo lo que la arqueología ha descubierto en México desde hace largo tiempo. Solamente tres de estos palacios han sido hasta ahora

Solamente tres de estos palacios han sido hasta ahora parcialmente explorados y el material obtenido, a pesar que no representa más que una parte infima de lo que cada uno de ellos podría suministrar, ha revelado documentos sensacionales. Antes de iniciar su desciframiento, estos frescos confirman ya una referencia histórica acerca de la antigua Tollan. Como nos dice Sahagún:

Hermosas son sus casas, taraceadas con turquesas [(mosaicos)

alisadas, revestidas de estuco (frescos). Bien maravilloso. Lo que se llama una casa tolteca es adornado artísticamente con dibujos, labrado del todo con arte perfecto.¹⁰

Por su parte, Ixtlilxochitl afirma que los toltecas

...hacían la mejor cosa de la que hay en el mundo, en su tanto, eran hechiceros, nigrománticos, brujos, astrólogos, poetas, filósofos, y oradores... y pintores los mejores de la Tierra.¹¹

La profusión de frescos —sin paralelo en Mesoamérica y acaso en el mundo entero— en la Ciudad de los Dioses identifica a ésta, una vez más, con la capital de los toltecas. (Es bueno recordar que, a pesar de que ha sido infinitamente más explorada que Teotihuacán, la Tula del Estado de Hidalgo no ha suministrado un centímetro de pintura mural.)

Es innecesario insistir sobre la urgencia que habría en explorar estos sitios donde cada muro constituye una página de un códice único y espléndido que está en peligro de desaparecer antes de que se haya podido estudiar su contenido. Más de una vez he debido escuchar impasible el relato de las dificultades con que

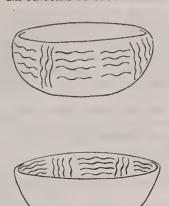


Fig. 12. Cerámica conocida bajo el nombre mazapan.

se tropieza para desprender los frescos de los viejos muros que se descubren trabajando la tierra: "Son tan frágiles —se lamentan—, que se destruyen mucho antes de obtener un buen pedazo para venderlo..."

Estos muros que se deshacen entre las manos de los campesinos encierran la clave de la estructura espiri-

tual mesoamericana.

Por fortuna, la cerámica, que alcanza en Teotihuacán la perfección de un gran arte, ha conservado también muchos símbolos. Las técnicas decorativas empleadas son inumerables, pero fueron principalmente dos de entre ellas las que sirvieron para ilustrar las escenas religiosas: la del fresco y la de bajorrelieve, llamada de champ-levé. Sin duda a la primera, que por su belleza debió impresionar más que las otras, se refiere el autor de los Anales de Cuauhtitlan cuando, hablando del gran Quetzalcoatl rey de Tollan, dice: "... Era muy gran artífice en sus obras de loza en que conía y bebía,... eran pintadas de azul, verde, blanco, amarillo y colorado..." 12 Estos son exactamente los colores de la cerámica teotihuacana pintada al fresco. Conviene insis-

tir en que ni un solo objeto que testimoniara el empleo de esta técnica ha sido descubierto en Tula-Xicotitlan; la cerámica de este lugar, la llamada Mazapan, que algunos arqueólogos consideran como el prototipo de la cerámica tolteca, está formada por vasijas, con o sin pies, uniformemente ornadas por líneas rojas indulantes (Fig. 12).

El estudio del simbolismo nahuatl en sus fuentes es posible, entonces, gracias a la decoración de la cerámica y a la riqueza de contenido de las pocas pinturas mura-

les descubiertas.

La Unión de los Contrarios en la Religión Nahuatl

La dinámica de la unión de los contrarios está en la base de toda creación, tanto espiritual como material.

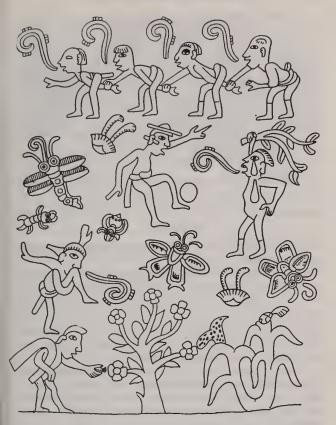
Si el cuerpo "brota y florece" su alma, solamente si es traspasado por el fuego del sacrificio, la Tierra, a su vez, no da sus frutos más que penetrada por el calor solar transmitido por las lluvias. Es decir, que el elemento generador no es ni el calor ni el agua simples, sino una combinación equilibrada de los dos. Y, en efecto, bajo este doble aspecto aparece frecuentemente la divinidad del líquido celeste.

A pesar de ser considerado como el representante por excelencia del elemento agua, Tlaloc implica a veces una neta relación con el fuego, así como se deriva, por ejemplo, del hecho de que la Era que él regía desapareció bajo una lluvia de fuego, mientras que la que fue destruida por el Diluvio, dominada por la divinidad del

agua terrestre, le es extraña.

La liga de *Tlaloc* con el fuego aparece en su papel de "Dios que habita el paraíso terrenal y que da a los hombres los mantenimientos necesarios para la vida corporal..." ¹⁸ Un fresco teotihuacano permite aclarar este punto cuyo alcance no será apreciado en su justo valor hasta que hayamos avanzado en el análisis de los símbolos.

Se trata de escenas pintadas, en la pared de uno de



Fro. 13. Personajes que figuran en el Paraíso Terrenal pintado al fresco en Teotihuacán

los tres palacios exhumados, que por su correspondencia absoluta con el Paraíso Terrenal, como lo describe el informante azteca de Sahagún, han podido ser identificadas hasta en sus menores detalles.¹⁴ Además de recalcar un rasgo típico de las culturas mesoamericanas y particularmente la nahuatl —el respeto sagrado a la

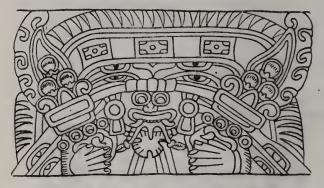


Fig. 14. Un Tlaloc (Dios de la Lluvia) portador de la cruz de Quetzalcoatl y de la flor solar que emerge de su boca. (Fresco teotihuacano.)

tradición primordial—, estos cuadros ofrecen un gran

interés religioso.

En un capítulo anterior, al observar que los difuntos no eran todos incinerados, hemos emitido la hipótesis de que aquellos que se privaban de esta última purifi-cación debían ser de los no iniciados, muertos en estado profano, porque su confinamiento a un sitio terrestre, por paradisíaco que fuese, indica el abismo interior que los separa de los bienaventurados del cielo.

Con estas pinturas se hace evidente que los habitantes de este Edén no han sobrepasado la condición humana (Fig. 13). Están representados como seres pequeños, las caras y los cuerpos al descubierto, sometidos a las pasiones —hay unos que ríen, otros que lloran— y en un desorden agitado de danzas y de juegos deliciosamente expresivo pero inesperado en la Ciudad de los Dioses, donde las máscaras impenetrables, la inmovilidad y el hieratismo constituyen la regla.

Esta tierna imagen de la Creación está encerrada en

un cuadrilátero formado por dos cuerpos de serpientes entrelazados, recubiertos de signos del agua y de cabezas

de Tlaloc.



Fig. 15. El Dios de la Lluvia que preside al Paraíso Terrenal. Su peluca amarilla y los ojos romboidales de su máscara son características del Dios del Fuego. (Fresco teotihuacano.)

El cuadrilátero, la serpiente y el agua terrestre son sinónimos de materia, pero los Tlaloques son portadores de jeroglíficos de valor celeste: el quincunce en cruz cuya conexión con el fuego es indiscutible * y la flor solar de cuatro pétalos. (Fig. 14). La intrusión de estos rasgos ígneos no sería probatoria de la unión de los contrarios —muchos estudiosos, a causa de su presencia en este lugar, los han integrado al simbolismo del agua sin preocuparse de resolver el problema que plantea esta clasificación—, si no tuviéramos una prueba de ello en la escena superior.

La divinidad que ocupa su centro ha sido reconocida como Tlaloc (Fig. 15), y es en efecto este dios el que, según Sahagún, debe reinar sobre el Paraíso Terrenal. Por otra parte, la máscara adornada de colmillos; las estrellas de mar y las ondulaciones que ornan las volutas que salen de su boca; las conchas marinas abiertas que tiene en sus manos y de la que escurren opulentas

gotas lo confirman (Fig. 16).

¿Pero qué hacen en el dominio acuático de Tlaloc la

^{*} Sahagún especifica que este dios "tenía en la mano izquierda una rodela con cinco piedras verdes puestas en manera de cruz". Op. cit., t. I, p. 39. (Véase Nota 1 del cap. I.).

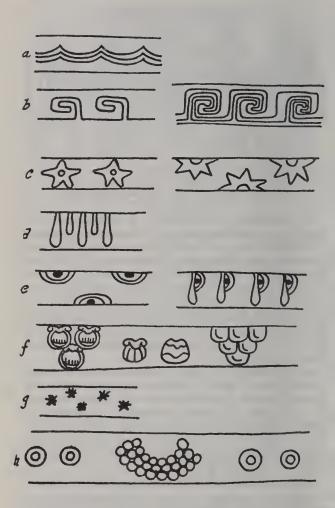


Fig. 16. Los signos acuáticos que aparecen en Teotihuacán.



Fig. 17. Huehueteotl, viejo Dios del Fuego. Es la primera divinidad surgida en Mesoamérica. (Museo Nacional de México.)

gran peluca amarilla que le cae sobre las espaldas y los ojos romboidales de su máscara, que son características de Huehueteotl, viejo dios del fuego? (Fig. 17). Si se los asignamos a Tlaloc, el dios arcaico se vería despojado de sus atributos más esenciales; pero, felizmente para él, existen documentos que impedirán esta injusticia. En efecto, encima de este personaje complejo se elevan dos bandas, de las que una es portadora de signos del agua, y la otra, amarilla, está sembrada de mariposas. Ahora bien, este brillante insecto es el

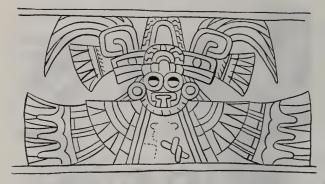


Fig. 18. Dios de la Lluvia pintado al fresco sobre un vaso teotihuacano. Lleva alas de mariposa y el jeroglífico movimiento adorna su pecho. (Museo Nacional de México.)

fuego. Sin detenemos sobre los casos que lo simbolizan, digamos que en los códices representa la llama misma. Resulta entonces que esta visión paradisiaca de la Tierra se basa en el concepto de la armonía dinámica del agua v del fuego.

Nos encontramos de nuevo este concepto en un Tlaloc pintado al fresco sobre un vaso teotihuacano (Fig. 18), el cual, además de los anillos a manera de gruesos anteojos que lo caracterizan, ofrece elementos que pertenecen a la mariposa, como se puede ver comparando sus alas con las de las representaciones de este insecto (Fig. 19). Que se trata claramente de la unión de los contrarios y no de elementos acuáticos está confirmado por las dos cintas entrelazadas que lleva sobre el pecho y que no son otra cosa que el jeroglífico Movimiento (Ollin) propio del Quinto Sol.

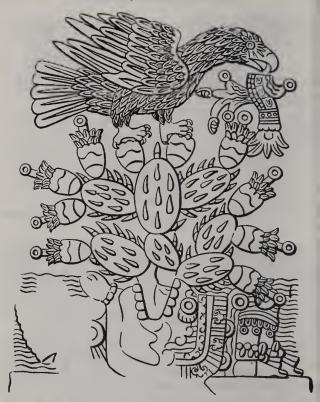
Esta idea se halla constantemente presente en la simbólica nahuatl. ¿Podría descubrirse, por ejemplo, otra significación al hecho insólito que la imagen "del antiguo dios y padre de todo los dioses que es el dios del fuego está en la alberca del agua entre almenas cercado de piedras como, rosas..."? 15



Fig. 19. Estilizaciones teotihuacanas de mariposas en cerámica. (Museo de Teotihuacán.)

¿Y por qué razón los aztecas habrían erigido su capital en el lugar donde descubrieron una piedra de la que nacieron flores y una fuente en la que el agua era "...muy bermeja, casi como sangre, la cual se dividía en dos arroyos y en la división del segundo arroyo salía el agua tan azul y espesa que era cosa de espanto..."? ¹6 ¿A qué pueden referirse estos prodigios si no es a la doctrina que enseña que la materia "brota y florece" por medio del esfuerzo que anula los contrarios? Esto es tanto más patente cuanto que los frutos de la piedra milagrosa —los higos de tuna— asumen en el arte azteca la forma de corazones humanos (Fig. 20); y que son precisamente dos corrientes semejantes a las de la fuente en cuestión las que simbolizan la "guerra florida" que el hombre debe sostener en su seno para alcanzar la liberación.

Desorientados por el materialismo azteca y tal vez por un exceso de racionalismo, los arqueólogos, siguiendo a Seler, consideran generalmente el jeroglífico de la "guerra florida" (Fig. 21), el atl-tlachinolli (atl, agua; tlachinolli, cosa quemada) no como símbolo de lucha interior, sino de la que los hombres sostienen los unos



Fic. 20. Monumento azteca esculpido (Museo Nacional de México). En la parte inferior, la Diosa de los Ríos (Chalchiuhtlicue): De su cuerpo recostado emerge un nopal cargado de tunas las que simbolizan el corazón humano. El águila que domina la escena representa el Sol.

contra los otros. Esta interpretación, se hace insostenible frente a la iconografía, porque este jeroglífico sigue fielmente al Señor de la Aurora, es decir a la Estrella de la Mañana, o sea, Quetzalcoatl. La figura 22 muestra un quetzal-coatl azteca llevando la imagen del agua



Fig. 21. El jeroglífico del agua-quemada: dos corrientes —una de agua y una de fuego— que se unen.

quemada a manera de pectoral; la figura 23, de un fresco teotihuacano, representa al Señor de la Aurora guerreando contra los elementos opuestos: aparece en una barca rodeada de llamas. Está provisto del arma nahuatl por excelencia, un instrumento lanzador de dardos llamado atlatl. Los motivos de las bandas que enmarcan la escena son esencialmente los mismos que aquellos que servirán a los aztecas para expresar el agua y el fuego en el atl-tlachinolli.

¿Pero es necesario demostrar, después de lo que nos han enseñado los mitos, que sólo quemando la materia es liberada la partícula divina? El mensaje de Quetzalcoatl no dice otra cosa. Hemos visto que el alma individual se desprende del cuerpo incinerado del rey de Tollan, y que de las cenizas del anciano ulceroso es



Fig. 22. Monumento azteca representando a Quetzalcoatl que lleva sobre el pecho el jeroglífico del agua-quemada, emblema de la guerra florida.

de donde emerge el alma cósmica. Esas narraciones, por otra parte, han indicado suficientemente que el fuego liberador es el del sacrificio y de la penitencia; y se sabe que la institución del sacerdocio no tenía otro fin que la enseñanza de las prácticas que conducían al des-



Fig. 23. Quetzalcoatl bajo el aspecto de Señor de la Aurora (Tlahuizcalpantecuhtli). (Fresco teotihuacano.)



Fig. 24. El Templo Mayor de Tenochtitlan, según el Códice Florentino. Los dos ídolos representan a Xochipilli llevando en la mano un corazón florecido.

prendimiento de la condición terrestre. Es entonces probable que el trofeo que perseguía el guerrero de la "batalla florida" no era otro que su propia alma.

Este principio espiritual es tan básico que le fue dedicado el Templo Mayor de Tenochtitlan: la circuns-



Fig. 25. El tigre (a la derecha) y el coyote, representaciones respectivas del Sol y de Quetzalcoatl en su peregrinaje subterráneo. (Fresco teotihuacano.)

tancia de que el dios de las lluvias y el del fuego celeste hayan sido colocados uno al lado del otro, en la cima de la misma pirámide, no puede seriamente interpretarse de otra manera. Sabiendo, además, que el templo fue construido sobre el emplazamiento de la fuente de donde brotaban las aguas azules y rojas, se hace patente que las divinidades que lo regían simbolizaban la fórmula mística del agua quemada.

Esta hipótesis está sostenida también por el hecho de que las estatuas que flanquean la escalera (Fig. 24) llevan, a manera de estandarte, un corazón florecido, recordándonos que, por degeneradas que hayan sido en la práctica las ceremonias que tenían lugar en ese santuario, estaban destinadas a proporcionar almas al Sol.

El Templo Mayor no hace entonces más que reproducir la visión que los oráculos aztecas esperaban contemplar antes de echar los cimientos de su metrópoli: el agua quemada y la piedra florecida, que constituyen los dos actos del drama de la unión cósmica.

El Cielo y el Infierno

Como lo hemos visto en la mitología, el Sol está sometido también al proceso de la encarnación: cada noche se transforma en Sol de Tierra y, bajo el aspecto de un tigre —símbolo del Occidente y del Centro de

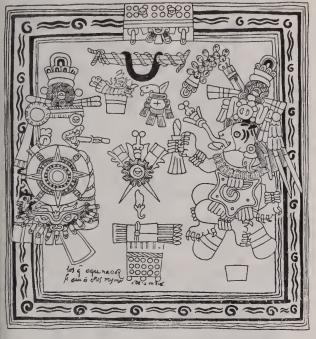


Fig. 26. El Sol de Tierra y Quetzalcoatl bajo su forma animal. (Códice Borbónico.)

la Tierra—, recorre el mundo subterráneo hasta encon trar el lugar de donde se eleva de nuevo hacia el Cielo.

El tigre en marcha es un motivo nahuatl de los más característicos. En Teotihuacán, las pinturas ofrecen de ello hermosos ejemplares, y entre los fragmentos de esculturas que existen en el museo de esta zona arqueológica, hay representaciones de patas en movimiento que, a juzgar por sus proporciones, deben haber adornado un gran edificio. La peregrinación nocturna del Sol es la correspondiente a la que cumple Venus para ir a convertirse en Estrella de la Mañana —o el rey de



Fig. 27. Combate simbólico de un águila y de un tigre. (Códice Nuttall.)





Fig. 29. Cerámica teotihuacana representando un Caballero Aguila. (Museo Nacional de México.)

Tollan para alcanzar el fuego redentor— y los dos simbolizan el movimiento que reúne los contrarios. Esto surge con claridad de un fresco teotihuacano donde el tigre y el coyote (perro lobo), forma animal de Quetzalcoatl, avanzan sobre la misma ruta (Fig. 25). Para mayor verosimilitud, estos personajes están representados en la parte inferior de los muros, lo que parece indicar que se trata de regiones subterráneas.

Volvemos a encontrar reunidos los astros prisioneros



Fig. 30. Caballero Aguila pintado en un fresco teotihuacano.

de la materia en el Códice Borbónico (Fig. 26), en el que el perro-lobo lleva los atributos de su ilustre doble y el Sol, en la boca del monstruo de la tierra, tiene el cuerpo envuelto y atado como el de un cadáver. Recordemos que una de las Edades muertas es precisamente la del Sol de Tierra regida por un tigre.

En el cielo, el Sol es un águila pero no es más viable bajo esta forma que bajo la precedente porque a cada crepúsculo se hunde en las tinieblas. (El Sol en el ocaso es llamado *cuauhtemoc*, Águila que cae, nombre predestinado que llevaba el último emperador del mun-



Fig. 31. Caballero Tigre. (Fresco teotihuacano.)

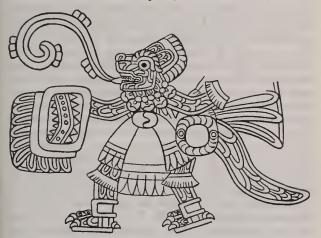


Fig. 31-A. Caballero Tigre pintado en un fresco teotihuacano des cubierto por la autora en febrero de 1956.

do precolombino.) Lo que evoca la Era desaparecid bajo la *lluvia de fueg*o de la que sólo los pájaros esca paron.

El jeroglífico del agua quemada simboliza la luch que sostiene esta masa ígnea contra la materia que amo



Fig. 32. Escena esculpida sobre el tambor que presentamos en la lámina 9. El águila y el tigre evocan la guerra florida que realiza la unión de los contrarios. La figura central representa el Sol en la actitud creadora de movimiento.

naza constantemente anularla, lucha a la cual debe referirse la actitud belicosa de ciertas águilas y tigres de los códices y de las pinturas murales (Figs. 27 y 28). Por otra parte, la todopoderosa orden de los Caballeros Águilas y Tigres no tenía por misión más que la guerra florida (Fig. 29), y todo lleva a hacer creer que el carácter civil que asumía en la sociedad azteca era una degradación de los rituales de iniciación que representaban, en el origen, la batalla sagrada del Ĉielo y de la Tierra —del Ser y de la Nada—. Lo cierto es que en Teotihuacán parecen desprovistos de toda finalidad profana. Es claro, por ejemplo, que los Caballeros allí representados (Figs. 30, 31 y 31-A) no tienen nada del aspecto marcial caro a los conquistadores: es suficiente confrontarlos con la imagen de uno de sus descendientes para convencerse de ello (Lám. 8). Pero, a pesar de su intromisión en los asuntos del Imperio, esta Orden guardó una indudable significación religiosa. Sería difícil, por ejemplo, considerar las águilas y los tigres esculpidos sobre cierto tambor azteca (Lám. 9) de otro modo que como símbolo de la lucha que permite al cuerpo que su alma florezca. En cuanto al Caballero Aguila que domina la escena (Fig. 32), tenso por un poderoso dinamismo interior, iparece más bien como una apoteosis del alma universal que como una bárbara



Fig. 33. Tigre-pájaro-serpiente esculpido sobre un vaso teotihuacano.

divinidad ahita de sangre. Intercsa señalar que, aunque muy expresiva, esta imagen no hace más que reproducir la geometría del signo *movimiento* que se encuentra a su lado.

Por su parte, el hombre, por pertenecer a la vez a lo abismos opacos y a los esplendores celestes, constituye el terreno de reencuentro fuera del cual los principios opuestos morirían en el aislamiento. Y por ser la efigie de la conciencia de esta dualidad creadora, la serpiente emplumada es el símbolo clave de la religión nahuatl.

La unificación de los tres mundos se evoca muchas veces por medio de los animales que los simbolizan. Un ejemplo de esto se observa en Malinalco, zona arqueológica perdida en las montañas, que tiene todo el aspecto de constituir un sitio de iniciación secreta de los Caballeros Águilas y Tigres. Se trata de un conjunto de santuarios entre los cuales uno, tallado enteramente en la roca viva, reúne en un templo circular, imagen de la armonía cósmica, el Cielo, la Tierra, y los Infiernos: la entrada está formada por dos enormes cabezas de reptiles (Lám. 10) y bellas esculturas de águilas y tigres presiden el interior (Lám. 11). Este triple motivo, relacionado con el simbolismo de Quetzalcoatl, está tratado con una sorprendente riqueza de invención



Fig. 34. Tigre-pájaro-serpiente, entidad que simboliza el reencuentro de las tres esferas cósmicas. (Fresco teotihuacano.)

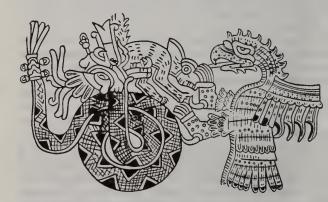


Fig. 35. El reencuentro de los diversos planos cósmicos simbolizado en el Códice Vaticano B.

en la cerámica y los frescos de la Ciudad de los Dioses (Figs. 33 y 34), así como en los códices de las épocas posteriores (Fig. 35).

Es esta misma unificación la que simboliza el Árbol de la Vida cuyo modelo, desgraciadamente incompleto, crece arriba del Paraíso teotihuacano.

He aquí uno de ellos esculpido sobre un monumento He aquí uno de ellos esculpido sobre un monumento azteca (Fig. 20): la materia está representada por la divinidad del agua terrestre; el cielo por el águila solar cantando el himno del agua quemada. Su unión se hace por medio de un nopal cargado de corazones en flor. Alfonso Caso ha demostrado que se trata del emblema de Tenochtitlan,¹⁷ y es fácil descubrir que esta escena que ilustra los prodigios aparecidos sobre el emplazamiento de la futura capital del Imperio, constituye una síntesis de la doctrina de Quetzalcoatl.

una síntesis de la doctrina de Quetzalcoatl.

En lenguaje diferente, el Árbol maya no hace más que reproducir la misma síntesis (Lám. 12). En su base, el monstruo de la Tierra cuyo tocado lleva signos de muerte y resurrección. Después, el hombre —los pies sobre la materia y la cabeza levantándose al oriente como la Estrella de la Mañana— atravesado por el eje cósmico cuya cima está ocupada por el pájaro solar. Estamos evidentemente en presencia de una escena de iniciación a la vida espiritual, única que establece la comunicación entre las tres esferas.

Más explícito el Árbol del Códice Borgia (Fig. 36)

comunicación entre las tres esferas.

Más explícito, el Árbol del Códice Borgia (Fig. 36) confirma el significado de los ya descritos. En la parte inferior, la materia bajo forma de muerte; en lo alto, el Sol. El eje que los une está enteramente ocupado por un gran círculo que encierra líneas concéntricas evocadoras de los remolinos que simbolizan el dinanismo de la reconciliación de los opuestos. Los dos cuchillos antropomorfos de sacrificio que flanquean la base del tronco aclaran el valor religioso de la imagen. En la zona occidental, a la izquierda del árbol, se encuentra Quetzalcoatl; en la oriental, Xochipilli, el Señor de las Flores, que, como veremos, es el Patrón de las almas, representando el espíritu liberado. El remolino que



Fig. 36. Arbol de la Vida del Códice Borgia. Abajo, la Tierra, arriba, el Cielo. Quetzalcoatl (a la izquierda) y Xochipilli (a la derecha) evocan el movimiento unificador: de descenso el primero, de ascensión el segundo.

los separa marca el movimiento giratorio creador del Quinto Sol: el descenso a los Infiernos de Quetzalcoatl, y de ascensión al cielo de Xochipilli. Cada divinidad lleva en la mano una tibia de la que se escapa un chorro rojo que se precipita en la tierra y que recuerda la operación por la que Quetzalcoatl salvó al hombre de la muerte. El conjunto de la imagen reproduce la geometría del signo movimiento.

Confirmando los mitos, estas imágenes subrayan el papel esencial que juega el hombre en el mantenimiento



Frc. 37. Símbolo del Tamoanchan, la patria del género humano. (Códice Vindobonensis.)

de la armonía cósmica asegurada únicamente por la

constante regeneración espiritual.

Otro jeroglífico aporta una preciosa contraprueba de la importancia que tiene para la Creación el comportamiento humano. Es el del Árbol quebrado que simboliza el jardín *Tamoanchan*, "la casa del descenso, sitio del parto, místico oeste donde tuvieron su origen dioses y hombres...". 18 Por la circunstancia de que la patria del género humano estaba figurada por un árbol, algunos pueblos, como por ejemplo los mixtecos —de-

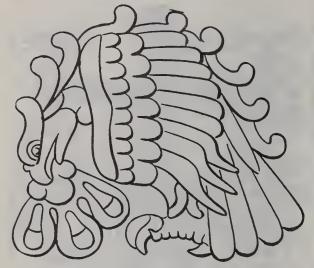


Fig. 38. Aguila solar llevando en su pico un corazón humano. (Escultura de un edificio de Tula, Hidalgo.)

tentadores de la cultura nahuatl que transmitieron a las tribus nómades llegadas tardíamente al Altiplano mexicano—, se decían descendientes de los árboles e ilustraban su origen por un hombre saliendo por un tronco quebrado (Fig. 37). Teniendo el árbol el carácter de pilar cósmico, la fractura de donde el individuo emerge señala con claridad que el nacimiento es una separación, un detenimiento; y que la unidad y el movimiento se restablecen únicamente si la partícula encarnada remonta hacia Dios.

El Corazón y la Penitencia

El corazón es el lugar de reencuentro donde se elabora la conciencia luminosa. Más que por la analogía del puesto central que ocupa en el cuerpo, o por los sentimientos de amor que evoca —sentimientos que

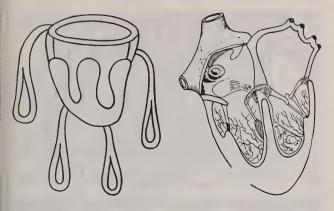


Fig. 39. Representación del corazón humano en Teotihuacán. Fig. 40. Corte longitudinal del corazón extraído. (Reproducido de un tratado de medicina.) Si se practica mentalmente un corte vertical a la altura de la aorta, se obtiene una figura idéntica a la del corazón teotibuacano.

juegan un papel primordial en el mensaje de Quetzalcoatl- por su dinamismo sobre todo este órgano constituye el núcleo del pensamiento religioso. ¿Y qué signo más perfecto del movimiento creador de libertad espiritual que esta carne vibrante cuya actividad salva a cada momento la materia corporal de la inercia y de

la descomposición que la acechan?

La simbólica nahuatl ofrece del corazón una infinita variedad de imágenes, dos de las cuales pertenecen a Teotihuacán. Una, como la que se encuentra cerca de la boca del tigre y del coyote de la figura 25, repre-senta un corte horizontal efectuado en el nacimiento de la aorta. Las tres cavidades estilizadas en espirales expresan con fuerza el movimiento unificador. La conexión de este motivo a la vez con el Sol de Tierra, el doble subterráneo de Quetzalcoatl y el águila solar (Fig. 38) a los cuales parece estar alimentando, no deja ninguna duda en cuanto a su identificación. La otra es un corte longitudinal, igualmente en la base de la

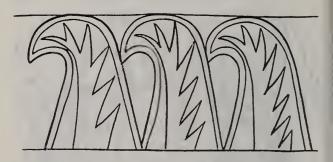


Fig. 41. Imágenes de cuchillos de obsidiana para el sacrificio.
(Fresco teotihuacano.)

aorta, convertida ésta en una especie de ojo central (Fig. 39). Comparándola con el corte tomado de un libro de medicina moderna (Fig. 40), es fácil darse cuenta de que esta imagen que aparece constantemente en la pintura teotihuacana no tiene nada de arbitrario. (Observarlo, por ejemplo, sobre el penacho del tigre-

pájaro-serpiente de la figura 34).

Hemos visto ya en varias oportunidades que la existencia humana debe tender a la trascendencia del mundo de las formas que esconde la realidad última. Esta do de las formas que esconde la realidad última. Esta realidad reside en el corazón, y es necesario obligar a éste a librarlo cueste lo que cueste: he aquí la meta suprema de la guerra florida. Alcanzar, apoderarse de su corazón significa entonces penetrar en la vida espiritual. La operación es de las más dolorosas y por eso el corazón figura siempre herido y las gotas de sangre que de él se escapan son tan significativas que pueden, por sí solas, ser suficientes para simbolizarlo (Fig. 72). La única arma suficientemente poderosa para atravesar la materia es la de la purificación, por lo que el corazón está constantemente asociado a imágenes de penitencia. En Teotihuacán es el cuchillo de sacrificio

penitencia. En Teotihuacán es el cuchillo de sacrificio el que juega principalmente este papel. Evocador de la incesante búsqueda de espiritualidad a la cual está sometido el hombre consciente, la figuración de este ins-

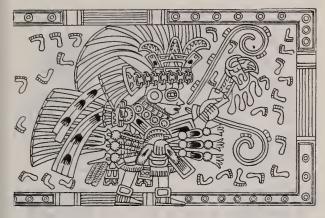


Fig. 42. El Señor de la Aurora alcanzando un corazón. (Fresco teotihuacano.)

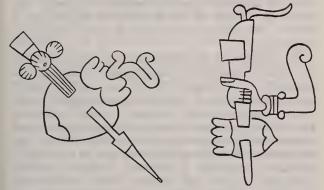


Fig. 43. Corazones atravesados. (Códice Borgia.)

trumento (Fig. 41) adorna un friso que rodea todo un patio de uno de los palacios exhumados, y aparece innumerables veces acompañando el corazón, como por ejemplo en la figura 34.



Fig. 44. El jeroglífico movimiento, que tiene por centro el emblema de la penitencia: dos cuchillos sacrificiales clavados en un cactus y coronados por un halo de luz. (Fresco teotihuacano.)

Con el personaje de la figura 42, asistimos a la abertura de un corazón para que la semilla divina que encierra pueda germinar: se trata entonces del preciso momento de eclosión de una flor mística, motivo que se vuelve a encontrar en los códices de épocas posteriores

(Fig. 43).

El emblema de la penitencia sitúa claramente esta actitud individual en un plano cósmico. Analicemos su contenido. En la figura 44, los dos cuchillos sacrificiales están fijados en un cactus que ocupan el lugar "de la bola de zacate o de heno trenzado que servía para hincar las púas de maguey después que estaban teñidas con la sangre del auto-sacrificio". 19 La flor del cactus y las piedras preciosas que lo coronan recuerdan la sangre de la ofrenda. La banda exterior ondulada, lo mismo que la de la figura 45, simboliza el fuego —la volveremos a encontrar rodeando un águila solar teotihuacana—, es decir, la energía luminosa producida por el sacrificio. Esta energía asegura a su vez la actividad universal representada aquí por los cuadriláteros. En resumen, estamos en presencia del jeroglífico del Sol de Movimiento (Ollin) con la

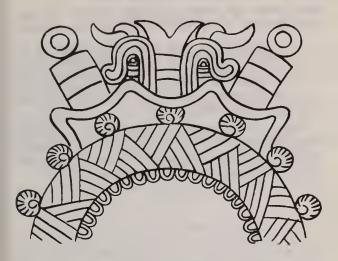


Fig. 45. El emblema de la penitencia sobre un monumento azteca. Las volutas de la parte superior representan el planeta Venus. (Museo Nacional de México.)

penitencia por centro dinámico. En la figura 45, es la Estrella de la Mañana que emerge del fuego sacrificatorio, sugiriendo, por su ascensión inevitable, el mismo concepto. No es inútil recordar que la penitencia está siempre simbolizada por caracteres ígneos. Los más frecuentes son: una voluta simple, tal como se le ve rodeando al Señor de la Aurora (Fig. 23), en la parte superior del bastón de Quetzalcoatl teotihuacano (Fig. 52) y en la mano de esta misma divinidad en el Códice Borbónico (Fig. 46), y una voluta doble, en forma más o menos perfecta de S (Figs. 55 y 61). Esta última constituye un motivo muy grato a los ceramistas aztecas.

Todo esto hace comprender fácilmente que en un período de materialismo, el corazón físicamente puesto al desnudo por la inmolación haya sido revestido de una alta potencia sagrada. Muñoz Camargo relata un de-

talle preciso que, mejor que largas disertaciones, permite penetrar el sentido de estas terribles ofrendas:

Contábame uno que había sido sacerdote del demonio,... que cuando arrancaba el corazón de las entrañas y costado del miserable sacrificado, que era tan grande la fuerza con que pulsaba y palpitaba, que le alzaban del suelo tres o cuatro veces, hasta que se había el corazón enfriado,...²⁰

Como la más ardiente de las plegarias, este corazón locamente palpitante es una expresión de la voluntad mística que tenía el hombre nahuatl para elevarse hacia Dios, disociándose de su ser en tanto que objeto.

NOTAS

1 Marquina, Ignacio, Arquitectura prehispánica. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1951.

² Morley, Sylvanus G., La civilización maya, Fondo de Cul-

tura Económica, México, 1956.

3 Caso, Alfonso, Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán, Cooperativa Talleres Gráficos de la Nación, México, 1947, 102 pp.

4 "Mapa Quinatzin", Anales del Museo Nacional, México,

1886. Época I, t. 3, pp. 345-68.

⁵ Sahagún, op. cit., t. I, p. 12.

6 Séjourné, Laurette, "Tula, la supuesta capital de los toltecas", Cuadernos Americanos, México, 1954 año XII nº 1, p. 153.

⁷ Sahagún, op. cit., t. II, p. 309.

8 Caso, Alfonso, El pueblo del Sol, pp. 21-2.

9 La escultura fue importante durante el período Teotihuacán II, lapso dentro del cual se construyó el centro ceremonial. La pintura, en cambio, domina el Teotihuacán III, al que pertenecen estos palacios.

10 Manuscrito Madrid de Sahagún, Biblioteca del Palacio, copia de Seler, 1891. (Citado en "Una elegía tolteca", ed. por la Sociedad México-Alemana Alejandro Humboldt, Méxi-

co, 1941.)

11 Alva Ixtlilxochitl, op. cit., t. I, p. 40.

12 Anales de Cuauhtitlan, p. 8.

 Sahagún, op. cit., t. I, p. 22.
 Caso, Alfonso, "El paraíso terrenal en Teotihuacán", Cuadernos Americanos, México, 1942, año I, nº 6.

15 Sahagún, op. cit., t. I, p. 485.

16 Códice Ramírez, p. 37.

17 Caso, Alfonso, El Teocalli de la guerra sagrada, Talleres

Gráficos de la Nación, México, 1927, p. 54.

18 Seler, Eduard, Obras completas. (Trad. inédita), Archivo del Museo Nacional de Antropología e Historia de México, t. III, p. 229.

19 Caso, op. cit., p. 52.

20 Muñoz Camargo, op. cit., pp. 173.

EL PANTEÓN NAHUATL

Los Espíritus Liberados

No es tanto el hermetismo de los símbolos lo que nos separa del mundo precolombino, como nuestra profanidad respecto de ellos. Pertenecientes a una civilización donde la actividad se traduce en hechos históricos, en acontecimientos que no tienen alcance más que sobre el universo temporal, nos es difícil captar un pensamiento determinado por la voluntad de elevarse, desde esta existencia misma, por encima de la condición terrestre.

Representantes de este ideal, los dioses son espíritus libres para siempre del tiempo y de la separación; por tanto, todo lo que para nosotros es indicio de vida—expresión, personalidad, movimiento— está rigurosamente proscrito de sus figuraciones, y sus formas, lejos de constituir un fin en sí, son jeroglíficos de conceptos altamente especulativos. Más que a un cuadro o a una escultura, es a un complejo simbólico, como una catedral, a lo que se debería comparar la más pequeña de las estructuras divinas nahuatl, y es por consiguiente natural que estas obras maestras nos dejen indiferentes hasta que el sentido de su lenguaje no haya sido descubierto. Veamos la figura 34, es evidente que no puede, a primera vista, aparecer más que como de una singular extravagancia; pero si se sabe que este personaje habla con precisión de la unidad cósmica, es posible que el sentimiento que provoca el primer contacto se transforme en admiración por el perfecto ordenamiento, el equilibrio y la sobriedad de la composición.

Esta aspiración a lo divino aclara un rasgo específico

de las culturas mesoamericanas: el papel capital que tuvieron las máscaras y los ornamentos de plumas. En efecto, es comprensible que, una vez alcanzados cier-



Fig. 46. Quetzalcoatl llevando en la mano izquierda uno de los símbolos de la penitencia. (Códice Borbónico.)

tos grados espirituales superiores, se haya deseado revestir la figura humana de una dignidad sagrada. Hasta llegamos a preguntarnos si los penachos que servían para exteriorizar la dramática metamorfosis de la serpiente de tierra en serpiente emplumada no pretendían convertir el cuerpo en un jeroglífico de la fórmula mística: únicamente elevado así, el corazón viene a ocupar su centro.

Un pasaje de los Anales de Cuauhtitlan es revelador del simbolismo de estos adornos. Se dice que cuando los demonios hubieron dado un cuerpo a Quetzalcoatl, éste se contempló con espanto declarando que no consentiría jamás en ser visto de tal suerte. A fin de remediar este lamentable estado de cosas, Coyotlinahuatl (el doble coyote) le propuso: "Hijo mío, yo digo que salgas a que te vean los vasallos, voy a aliñarte, para que te vean..." y poniéndose prontamente a la obra,

le hizo primero un atavío de plumas de quetzal que del hombro a la cintura le cruzaba.

Luego le hizo su máscara de turquesas, y tomó color rojo, con el cual le enrojeció los labios, tomó color amarillo, con el cual le hizo sus cuadretes [en la frente, luego le dibujó los dientes, cual si fueran de serpiente, y la hizo su peluca y su barba de plumas agules.

y le hizo su peluca y su barba de plumas azules y de plumas de roja guacamaya, y se las ajustó muy [bien

echándolas hacia atrás; y cuando estuvo hecho todo aqueste ederezo, luego dió a Quetzalcoatl el

Cuando se vió, se miró muy hermoso, y fue entonces cuando inmediatamente salió Quetzalcoatl de su fretrete

en donde estaba en recato y guarda.2

Estos ornamentos que tienen el poder de liberarlo del horror que le inspira su cuerpo simbolizan una condición sobrehumana. Con este mismo fin están presentes en las imágenes teotihuacanas y es digno de notarse con qué exactitud éstas siguen —comenzando por

las grandes pelucas— la descripción mítica. Por otra parte, Sahagún especifica ⁸ que, entre los súbditos del rey de Tollan, los inventores del arte plumario fueron rey de Tollan, los inventores del arte plumario fueron los llamados amantecas cuya divinidad era la misma que la que, en la parábola, viste a Quetzalcoatl de dios. Sabemos que el doble coyote (Coyotlinahuatl) no es otro que la representación de Quetzalcoatl en su peregrinaje subterráneo (Fig. 25), lo que indica que las plumas con que se cubre marcan su salida a la luz del mundo espiritual. Para mayor precisión, Sahagún sitúa estos amantecas 4 en un barrio de nombre Amantla (hoy día San Miguel Amantla, en un suburbio de México) cuyos restos arqueológicos, como creemos haberlo verificado en el curso de exploraciones personales, 5 pertenecen al más puro estilo teotihuacano.

Es necesario añadir que, a pesar de su preocupación

necen al más puro estilo teotihuacano.

Es necesario añadir que, a pesar de su preocupación casi exclusiva por lo divino, el artista de la Ciudad de los Dioses es incomparable en la figuración de las cosas de este mundo que él considera simple reflejo del otro. Lo cierto es que las figurillas (Lám. 13), las muñecas (Lám. 14) y los animales (Fig. 47) de este sitio cuentan entre los más expresivos de Mesoamérica. La animación de los personajes así como la gracia traviesa de las pequeñas bestias denuncian un don de observación y una simpatía humana que no excluyen la ironía. E igualmente de Teotihuacán es de donde irradiaron esas hermosas máscaras impregnadas como pinguna de inhermosas máscaras impregnadas, como ninguna, de individualidad (Lám. 15).

Engendrada por la revelación de que el espíritu redime de la nada, la religión nahuatl no hace, en sus comienzos, más que exaltar este milagro. Por ello la tierra, concebida únicamente como una fuerza destructora, está casi ausente de Teotihuacán: las raras representaciones de serpientes sin plumas, asociadas siempre a elementos contrarios, evocan la idea de germinación; las de esqueletos no sobrepasan, en las centenas de motivos estudiados, de diez a doce, y a pesar de que indudablemente fueron creadas, como todo lo demás, en este lugar, las terroríficas diosas caras a los aztecas no de-

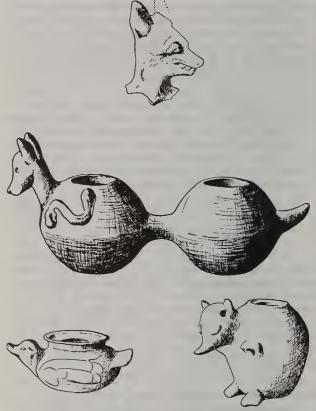
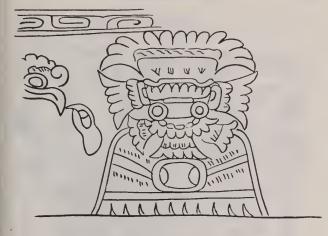


Fig. 47. Estas representaciones de animales son pruebas de la sensibilidad con la cual el artista teotihuacano sabía observar y expresar la vida.

bieron ocupar allí más que un modesto lugar. Es que la materia está considerada en su papel creador, es decir en movimiento, como encarnación de una partícula divina en marcha hacia la conquista de la plena conciencia. Es verdad que existe un Señor de la Tierra (Tlalte-



Fic. 48. El Señor de la Tierra en Teotihuacán. (Vaso esculpido, Museo Nacional de México.)

cuhtli) imaginado como "una rana fantástica con la boca armada de grandes colmillos..." 6 (Fig. 48), pero

el carácter de esta entidad no es muy preciso.

Ya con la diosa de las aguas (Chalchiuhtlicue, Lám.
16), pariente próxima de Tlaloc, la materia se muestra dotada de poder de salvación? los vapores que se desprenden de su masa se elevan al cielo para descender luego fecundados por el sol y crear la vida sobre la tierra. A causa sin duda de su permanente comunicación con las esferas celestes, está investida de la alta facultad de purificación: ella es la que, en la ceremonia del bautismo, libera al recién nacido de toda impureza.

Si se intenta agrupar las divinidades según un orden interior, se advierte de inmediato que, así como las parábolas del rey de Tollan forman el núcleo de la mitología y el quincunce el del lenguaje simbólico, es de Quetzalcoatl de quien reciben su luz todas las figuras de este sistema religioso. Ese benévolo personaje será entonces el que nos guíe a través del panteón nahuatl.



Fig. 49. Esta imagen de Quetzalcoatl insuflando la vida a un esqueleto nos habla de su función creadora como Dios del Viento.

(Códice Borgia.)

Ouetzalcoatl

Tratando largamente de él como rey de Tollan, Sahagún, en su libro sobre los dioses, se limita a decir de Quetzalcoatl que "este que fué hombre teníanle por dios, y decían que barría el camino a los dioses del agua, y esto adivinaban, porque antes que comiencen



Fig. 50. Quetzalcoatl bajo el aspecto del Dios del Viento. La tibia florecida de su peinado simboliza el nacimiento de la materia a un orden espiritual. (Códice Magliabecchi.)

las aguas, hay grandes vientos y polvos y por esto decían que Quetzalcóatl dios de los vientos, barría los caminos a los dioses de las lluvias, para que viniesen a llover." 7

A primera vista, esta tarea parece inadecuada para el creador del universo humano, pero si se recuerda que es el viento que lanza en el cielo el Quinto Sol recién nacido, es fácil ver que se trata en realidad del soplo espiritual que permite los nacimientos interiores. Es el símbolo del viento que arrastra las leyes que someten la materia: él aproxima y reconcilia los opuestos; convierte la muerte en verdadera vida y hace brotar una



Fig. 51. Este caracol marino teotihuacano está ornado al fresco con dos jeroglíficos de ciclo acompañados de los numerales 12 y 9.

(Museo Nacional de México.)

realidad prodigiosa del opaco dominio cotidiano. Precisamente por gozar de estos poderes Quetzalcoatl estaba considerado como el mago por excelencia —el que tiene el secreto de todos los encantamientos— y que el día de la semana regido por este dios estaba dedicado

a los nigrománticos y hechiceros.8

El Códice Borgia (Fig. 49) recuerda su papel de hacedor de milagros representándolo incorporado a un esqueleto al cual insufla vida. El resultado de esta operación mágica es el corazón que emerge de los costados descarnados. Por otra parte, uno de los atributos más constantes de Quetzalcoatl es una tibia florecida (Fig. 50), y en el Códice Magliabecchi (p. 61) está declarado "hijo de otro dios que llaman Mictlantecuhtli, que es el señor del lugar de los muertos", alusiones patentes a la doctrina que enseña que la materia no puede ser salvada más que por su propia muerte.

Las otras imágenes de Quetzalcoatl ilustran las diferentes etapas de este principio. En el drama creado sobre la tierra por el viento, él representa el personaje del hombre convertido en dios: en el primer acto, es el mortal penetrado por la conciencia de su origen celeste y la angustia de su dualidad; en el segundo, el peregrino intrépido que va hasta los infiernos para apoderarse del secreto de su naturaleza; y en el tercero, dueño al fin de su unidad interior, es transfigurado en planeta.

Por un feliz azar, tenemos la suerte de poder seguir el desarrollo de este Misterio sobre las pinturas de uno

de los tres palacios exhumados en Teotihuacán.

Alrededor de un armonioso patio pequeño, de un blanco tan pulido que brilla al sol, se elevan tres construcciones formadas por pórticos que llevan a unos cuartos. El interior de éstos, en estuco blanco como el patio, está elegantemente decorado, en la parte baja de los muros, con un motivo rojo continuo que representa el corte de un caracol marino. Este objeto, posiblemente a causa de su analogía con el cuerpo humano que, tocado por el soplo del espíritu alcanza una potencia nueva,* es la insignia por excelencia de Quetzalcoatl.

Las paredes de los tres pórticos están recubiertas de

frescos ejecutados en dos tonos de rojo y representan todos una composición única: sobre una escena inferior (como la de la Fig. 25), un mismo motivo, repetido tantas veces como es necesario para rellenar la superficie entera, integrado por un personaje de pie en el centro de un rombo formado de serpientes emplumadas entrelazadas.

Uno de estos personajes es el verdadero quetzal-coatl:

^{*} Se podría ver una confirmación de esta hipótesis en el hecho de que los ejemplares de este instrumento están todos ornados del símbolo del ciclo (Fig. 51). A juzgar por el número y la calidad de las representaciones su papel debió de ser capital en la Ciudad de los Dioses. Es interesante observar que, en nuestros días, el sonido desgarrador de los caracoles domina aún los rituales de pueblos lejanos. (Véase mi libro Supervivencias de un mundo mágico, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, p. 55.)

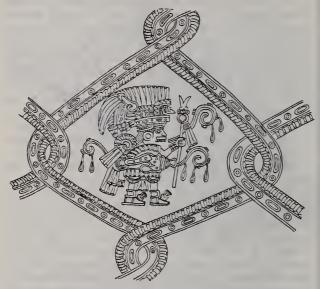


Fig. 52. Quetzalcoatl sobre un fresco teotihuacano

el individuo únicamente preocupado por alcanzar las regiones interiores donde reside la divinidad (Fig. 52). A guisa de pectoral, lleva el probable símbolo de la revelación —el caracol marino— y su bastón está coronado por el signo de la penitencia, único motor que permite avanzar sobre el camino de la espiritualidad. El conjunto de la composición es un quincunce que tiene al hombre-dios por centro, reproduciendo las cuatro junturas de los reptiles el jeroglífico movimiento.

Un segundo pórtico está dominado por el Señor de la Aurora (Tlahuizcalpantecuhtli, Fig. 53), portador del antifaz negro de las divinidades estelares y de las flechas que se ha procurado en el país de los muertos. Así como el precedente, este personaje es el punto central de un quincunce, pero aquí los entrelazamientos están reemplazados por un águila solar ascendente que

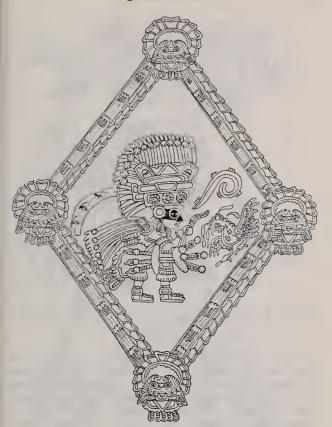


Fig. 53. El Señor de la Aurora en un fresco teotihuacano.

lleva el emblema del ciclo y está rodeada de un halo. Es una visión de plenitud que señala el fin de las etapas de transformación de la serpiente en luz. Las flechas, atributo principal de este guerrero celeste, no pueden evidentemente simbolizar más que los relámpagos interiores que descubren la existencia de una condición di-



Fig. 54. El reptil que está sobre el Dios del Viento simboliza el hombre atravesado por la flecha luminosa de la conciencia. (Códice Borgia.)

vina. En el Códice Borgia (Fig. 54), la acción de esta arma está ilustrada por un reptil herido del cual brota la sangre florecida del sacrificio —el desprendimiento de la sustancia corporal es indispensable para la adquisición del alma—, mientras que de su boca emerge el Lucero de la Mañana: unas volutas de fuego donde vienen a incrustarse los ojos que simbolizan la luz de las estrellas. Como puede verse, esta imagen se encuentra encima del dios del Viento (caracterizado por la máscara en forma de pico de pájaro), y la similitud de las funciones demuestra que el Señor de la Aurora termina por reabsorberse en el iniciador de la aventura espiritual de la que es el punto culminante.

Marcando la etapa que separa la Revelación de la



Fig. 55. Xolotl, forma larval que Quetzalcoatl asume en el País de los Muertos. (Fresco teotihuacano.)

Transfiguración, el visitador de los Infiernos —el humilde doble buboso— no tuvo derecho a figurar sobre un hermoso pórtico: se encuentra sobre los pilares de un estrecho pasaje, en un nivel inferior al de los edificios (Fig. 55). Es que, en esas profundidades terribles, el hombre-dios, solo entre las sombras, no es más que un ser desnudo, invadido por el pánico provocado por el abandono súbito de su fe en el acto creador. Recordemos que se lamenta de haber echado todo a perder en el apresuramiento de su fuga.*

Es evidente que la angustia del rey de Tollan hace alusión a esta prueba, severa entre todas, donde, después de la muerte a las cosas de este mundo, y en el umbral de una realidad todavía oculta, se siente naufragar miserablemente a los bordes mismos de la nada.

Pero apenas ha tocado el fondo de su propia inexistencia, las tinieblas se abren y el montoncillo de huesos quebrados que lleva, a la luz del día, resucita a una vida nueva. De la inmersión en esta conciencia superior que disuelve la suya, Quetzalcoatl sale armado de las flechas que le permiten, convertido en Señor de la Aurora, "disparar sus rayos" que revelan a los humanos la salvación que cada cual debe intentar por sí mismo.

Parecería entonces que Xolotl, al cual incumbe la tarea ingrata de afrontar la realidad última, es la crisálida—surgida de las entrañas del penitente— de la futura Estrella Matutina. La imagen de la crisálida no tiene nada de gratuito porque, además del aspecto informe y larvado bajo el cual se representa siempre a este oscuro personaje (Fig. 56), existe la circunstancia de que la mariposa, signo del fuego, es uno de los emblemas del alma. Los Anales de Cuauhtitlan especifican claramente que "cuando murió Quetzalcoatl... sólo cuatro días no apareció, porque entonces fue a morar entre los muer-

^{*} Por su precipitación y su miedo a la muerte, esta visita a los Infiernos recuerda uno de los peligros contra los euales se pone en guardia al alma del difunto, diciéndole: "Habéis de pasar en medio de dos sierras que están encontrándose una con otra..." (Sahagún, op. cit., t. I, p. 315.) En los dos casos se trata, posiblemente, de un rito de pasaje a un nuevo orden espiritual.



Fig. 56. Imágenes de Xolotl que expresan el dinamismo de la penitencia. El jeroglífico movimiento que acompaña la escena está también implícito en la composición de las dos figuras. (Códice Borgia.)

tos (mictlan); y que también en cuatro días se proveyó de flechas, por lo cual a los ocho días apareció la gran estrella (el lucero), que llaman Quetzalcoatl".9

Es decir que Xolotl, personificación del período durante el cual Venus, desaparecida del cielo occidental, queda invisible antes de reaparecer en el oriental, no es otro que el germen del espíritu encerrado en esa sombría coniarca de la muerte que es la materia. La cifra ocho (una barra y tres puntos) que coronan la figura 55 recuerda el número de esos días infernales. Notemos, una vez más, la sorprendente fidelidad de las obras teotihuacanas a la tradición mítica.

Xochipilli, el Señor de las Almas

Si Quetzalcoatl es responsable del movimiento que, desde el país de la encarnación (el oeste) y pasando por el centro de la materia, lleva hasta el reino del espíritu, es a su vez el representante de las almas que simboliza el movimiento de ascensión a partir del horizonte oriental.

Según los aztecas, las almas de los guerreros, cuatro años después de su muerte, "se tornaban en diversos géneros de aves de pluma rica y de color" 10 y, bajo esta forma, reciben el sol naciente para escoltarlo hasta el cenit.

Además del pájaro, el alma tiene por emblemas a la mariposa y a la flor. Así como surge del discurso que anunciaba al difunto su entrada en el otro mundo, la mariposa figura entre los habitantes del Cielo: "despierta, que ya comienza a amanecer, ya es el alba, pues ya empiezan a cantar las aves de plumas amarillas, ya andan volando las mariposas de diversos colores." ¹¹ En cuanto a la flor, los textos la emplean siempre en una acepción claramente espiritual, y hemos visto que la flor del cuerpo, que los Colegios religiosos tenían por misión hacer brotar, no puede referirse más que al alma. Por otra parte, la asociación de la flor con el sol es indudable. Uno de los jeroglíficos del astro es una flor de cuatro pétalos, y las fiestas del noveno mes, consagradas a Huitzilopochtli, estaban enteramente dedicadas a ofrendas florales. Sahagún refiere a este propósito que

Dos días antes que llegase esta fiesta toda la gente se derramaba por los campos y maizales a buscar flores, de todas maneras, así silvestres como campesinas... otro día muy de mañana era la fiesta de Huitzilopochtli, los sátrapas ofrecían a este ídolo flores, incienso y comida, y adornábanlo con guirnaldas y sartales de flores, habiendo compuesto esta estatua de Huitzilopochtli con flores y presentándole muchas y muy artificiosamente hechas y muy olorosas, hacían lo mismo a todas las estatuas de todos los otros dioses de todos los cues,

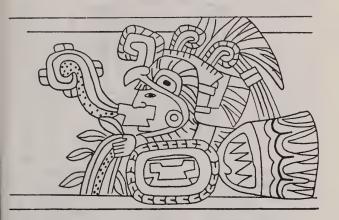


Fig. 57. Xochipilli, el Señor de las Flores. Vaso teotihuacano pintado al fresco. (Colección Diego Rivera.)

y luego en todas las casas de los señores y principales aderezaban con flores a los ídolos que cada uno tenía, y les presentaban otras flores poniéndoselas delante, y toda la gente popular hacía lo mismo en sus casas." 12

No es por azar que la única solemnidad mensual desprovista de sacrificios humanos estuviese dedicada al sanguinario Huitzilopochtli. Es evidente que son almas que se ofrecen generosamente al Sol, y es uno de los raros casos en que el simbolismo originario no ha sufrido degradación materialista.

Ahora bien, como el pájaro, la mariposa y la flor constituyen los atributos esenciales de una determinada divinidad, se deduce que ésta no puede ser más que la personificación del alma. Es Xochipilli el que "tiene cargo para dar flores", flores que, no tratándose de un dios de la vegetación, deben de ser espirituales. Muchos otros indicios vienen a testimoniar lo mismo. Primero el hecho que era "más particular dios de los que moraban



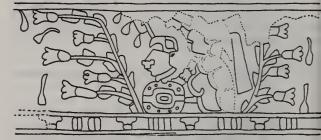


Fig. 58. Xochipilli, el Señor de las Flores. Vaso teotihuacano pintado al fresco. (Museo de Teotihuacán.)

en las casas de los señores o en los palacios de los principales", 13 lo que es lógico, ya que únicamente los Grandes tenían acceso a la Iniciación de los Misterios que permitían la reintegración al cielo. Luego, que en su fiesta se practicaban una severa abstinencia sexual, ayunos rigurosos y sesiones de autosacrificio ("... sangrándose las orejas delante de él; otros traspasaban las lenguas con una punta de maguey y por aquel agujero pasaban muchas mimbres delgadas, derramando sangre"...) 14 que serían por lo menos inesperadas si Xochipilli fuese la divinidad de los juegos y de las diversiones que se supone, pero que resultan comprensibles tratándose del Patrón de las Almas. Es él, en fin, quien,

al pie de la escalera del Templo Mayor de Tenochtitlan, lleva el estandarte de corazón florido (Fig. 24) y el que, en el Códice Borgia, aparece al este del Árbol

cósmico (Fig. 36).

Poscemos una figuración clásica de este dios sobre dos vasos teotihuacanos pintados al fresco (Fig. 57 y 58). A causa de que las formas que la componen no tienen más que un valor de jeroglífico y que toda expresión que nos la volvería sensible representaba para los místicos de la Ciudad de los Dioses los límites mismos de la prisión humana, a primera vista no se experimenta más que la frialdad de su simetría y de su retirules estables. meticulosa ordenación. Pero el ojo atento no tardará

meticulosa ordenación. Pero el ojo atento no tardará en descubrir, bajo la reserva extrema de este conjunto, el signo glorioso de la resurrección que anuncia, porque las vibraciones fulgurantes de alas y de pétalos en la aurora evocan con precisión el milagro de la luz espiritual brotando de lo más profundo de la noche.

Para más exactitud, el rostro del Señor de las l'lores está pintado en rojo debido a que, explica Sahagún, "la imagen de este dios era como un hombre desaudo que está desollado". 15 ¿No es en efecto un desollamiento lo que recuerda la abertura de la materia que encierra el germen de vida? ¿Y podría desearse más vigorosa metáfora del ser de luz que está en nosotros y de su dolorosa ascensión fuera de la soledad terrestre, que esta llameante imagen de desollado?

tre, que esta llameante imagen de desollado?

Más realistas los aztecas dotaron a Xochipilli de expresión, creando así la más conmovedora de sus obras (Lám. 17). El simbolismo es el mismo que el del ante-pasado teotihuacano, pero aquí el éxtasis del alma en comunión con la gran unidad está expresado por un fervor patético que tiene cn suspenso el cuerpo, y el

rostro sin piel.

Xipe Totec, el Señor de la Liberación

Al descubrir, gracias a Xochipilli, que la piel del cuer-po simboliza la materia que el hombre debe sacri-

ficar para realizar su salvación, sabemos que la acción de la penitencia está considerada como un desollamiento

progresivo.

Esta comprobación descubre, de pronto, el sentido de la más hermética de las divinidades nahuatl: el llamado Nuestro Señor el desollado, Xipe Totec, cuyos atributos y funciones, aunque aparentemente contradictorias, concuerdan sin embargo, todos para hacer de él el dios de la Liberación (Lám. 18).

Engañados por la analogía de la piel arrancada con

Engañados por la analogía de la piel arrancada con la renovación cíclica de la naturaleza, se ha catalogado a Xipe como dios de la primavera, a pesar de que, como Xochipilli, pertenece a la región del Sol naciente, opuesta a la de la germinación terrestre. Por otra parte, Sahagún no dice nada que pueda interpretarse de tal modo, limitándose a referir que "atribuían a este dios las enfermedades siguientes: primeramente las viruelas, también las apostemas que se hacen en el cuerpo, y la sarna; también las enfermedades de los ojos". 16

Singulares para un dios de la vegetación, estas actividades son perfectamente explicables por el simbolismo de la penitencia. En efecto, si se tiene en cuenta que el Quinto Sol nació de un cuerpo invadido de pústulas, se comprueba que éstas son en realidad los signos anunciadores de la aniquilación del despojo que retiene al espíritu. La alusión a la enfermedad de los ojos se explica quizás por una misteriosa imagen que aparece constantemente en la iconografía mesoamericana: el acto de reventar un ojo, o un ojo fuera de su órbita. Lo mismo que los tumores, el ojo reventado es uno de los atributos más fieles de Xolotl (Fig. 56) y es probable que se trate del símbolo de la vista exterior sacrificada para alcanzar la suprema clarividencia. Sea como fuere, es extremadamente significativo que las funciones que el informante de Sahagún atribuía a Xipe se vean aplicadas a la figura del penitente por excelencia, al héroe lisiado de la guerra florida. Porque debe hacerse notar que, además de crisálida del alma individual, Xolotl

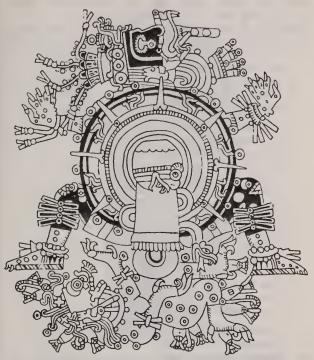


Fig. 59. El penitente Xolotl alumbrando el Sol. (Códice Borgia.)

es también la del alma universal por ser el que personifica el buboso mítico que engendra el Sol (Fig. 59).

Entre los aztecas, el penitente parece imitar la pasión de Quetzalcoatl en los Infiernos. Desnudo como Xolotl, cumple los más severos rituales (como el de zambullirse en el agua helada o penetrar en el espesor de un bosque a medianoche, cuando las tinieblas reinan sobre la tierra como en el mundo subterráneo) y con la sangre de sus miembros torturados, "se untaban los rostros de una raya desde la ceja hasta la quijada", exacta-

mente del mismo modo que están marcadas las caras de Xipe (Fig. 60) y de Xolotl (Fig. 55).

Son, en fin, los atributos de un dios de la liberación

que parecen reunidos en un himno a Xipe:

Tú, bebedor nocturno ¿por qué te haces de rogar? Ponte tu disfraz, ponte tu ropaje de oro.

Oh, mi dios, tu agua de piedras preciosas ha descendido; se ha transformado en quetzal el alto ciprés; la scrpiente de fuego se ha transformado en serpiente de quetzal.

Me ha dejado libre la serpiente de fuego. Quizá desaparezca, quizá desaparezca y me destruya yo, la tierna planta de maíz. Scmejante a una piedra preciosa, verde es mi corazón; pero todavía verć el oro y me regocijaré si ha madurado, si ha nacido el caudillo de guerra.

Oh, dios mío, haz que por lo menos fructifiquen en abundancia algunas plantas de maíz; tu devoto dirige las miradas hacia tu montaña, hacia ti, me regocijaré si algo madura primero, si puedo decir que ha nacido el caudillo de guerra.¹⁷

Es una plegaria al dios que tiene el poder de introducir en la espiritualidad. Se llama el bebedor nocturno precisamente porque el sacrificio que conducía a él se efectuaba: "...a la media noche, cuando solían sacar sangre de las orejas para ofrecer a los dioses, lo cual siempre hacían a la dicha hora." 18

Por otra parte, se sabe que el ropaje de oro que se le ruega vestir no es otro que la piel amarilla del desollado



Fig. 60. Cerámica zapoteca representando a Xipe. (Museo Nacional de México.)

cuya aceptación libera del peso de la materia: hipótesis apoyada, además, por el hecho de que Tlazolteotl, diosa señalada para cargar con los pecados que los penitentes confiesan al dios Tezcatlipoca, aparece, como Xipe, revestida con una piel humana.

La planta que aspira a madurar es una imagen del penitente que desearía verse convertido en héroe de la guerra sagrada. Se encuentra este mismo simbolismo en las ceremonias efectuadas en honor de Cinteotl, hijo de la diosa del maíz y divinidad del maíz tierno, en el



Fig. 61. La cabeza de Nuestro Señor el Desollado (Xipe) en el centro de una cruz de Quetzalcoatl. Vaso teotihuacano pintado el fresco. (Colección Kurt Stavenhagen.)

curso de las cuales los jóvenes tomaban públicamente la resolución de batirse. 19 Cinteotl está, además, tan estrechamente asociado a Xochipilli, que a veces es difícil distinguirlo, y este parentesco con el Patrón de las Almas revela claramente la naturaleza espiritual del simbolismo de la planta. Según Lumholz, los huicholes, tribu actual del Noroeste de México, entre los cuales la religión nahuatl parece sobrevivir en múltiples creencias y ceremonias, relata que los sacerdotes y los hechiceros



Fig. 62. Escultura en cerámica de Xipe, Dios de la Liberación. (Museo de Teotihuacán.)

de los tiempos pretéritos hicieron al Sol arrojando al fuego al joven hijo de la diosa del maíz.²⁰ Es decir, que *Cinteotl* el penitente se transforma en el Corazón del Universo.

Las otras metáforas señalan todas la misma nostalgia de liberación: la serpiente de fuego es el individuo ardiente en deseos de transcender su condición terrestre.

La relación de Xipe con la penitencia se reafirma

por dos representaciones teotihuacanas. En la primera (Fig. 61), su cabeza rodeada por vendas amarillas de piel desollada figura en el centro de la cruz de fuego de Quetzalcoatl; el quincunce y la S constituyen el resto de la decoración. En la segunda (Fig. 62), lleva en la mano un vaso en forma de garra de águila evocando quizás ciertos rituales que le eran particulares: antes de morir, la víctima inmolada en su nombre debía batirse sobre la piedra llamada de los gladiadores contra cuatro Caballeros Águilas y Tigres. De este combate, Sahagún ha dejado un cuadro sorprendentemente vivo:

...hacían subir al cautivo sobre la piedra redonda a manera de muela, y estando sobre la piedra el cautivo venía uno de los sacerdotes... el cual era como padrino de los que allí morían, y tomaba una soga, la cual salía por el ojo de la muela, y atabábanle con la cintura con ella. Luego le daba su espada de palo, la cual en lugar de navajas tenía plumas de aves pegadas por el corte y dábale cuatro garrotes de pino con que se defendiese, y con que tirase su contrario. El dueño del cautivo dejándolo de esta manera ya dicha sobre la piedra, íbase en su lugar y desde allí miraba lo que pasaba con su cautivo, estando bailando. Luego los que estaban aparejados para la lid comenzaban a pelear con el cautivo de uno en uno.

Algunos cautivos que eran valientes cansaban a los cuatro peleando y no le podían rendir; luego venía otro quinto, que era izquierdo, el cual usaba de la mano izquierda por derecha; éste le rendía y quitaba las armas y daba con él en tierra; luego venía el que se llamaba Ioallaoa, y le abría los pechos y le sacaba el corazón Algunos de los cautivos, viéndose sobre la piedra atados luego desmayaban y perdían el ánimo, y como desmayados y desanimados, tomaban las armas, mas luego se dejaban vencer y les sacaban los corazones sobre la piedra. Algunos cautivos había que luego se amortecían como se veían sobre la piedra atados, echábanse en el suelo sin tomar arma ninguna, deseando que luego les matasen y así los tomaban echándolos de espaldas sobre la orilla de la piedra...²¹

Se trata de materializaciones de pruebas iniciáticas protegidas por el dios que, liberando el individuo de los límites temporales, abre las puertas del infinito. El simbolismo no podría ser más elocuente: después de la unión de los contrarios efectuado por el quinto Caballero zurdo, el iniciado se despoja de la envoltura terrestre (desollamiento) y se deshace para siempre de su cuerpo (despedazamiento y distribución del cadáver).

La significación mística de estas ceremonias es igualmente puesta de relieve por el comportamiento del propietario del prisionero inmolado. No solamente mima, danzando, las peripecias del combate y de la muerte, sino que, como hemos visto, se comporta hacia los despojos como si fueran de él mismo. Esta identificación sugiere que, bajo el aspecto del esclavo, es el cuerpo del amo que se ofrece al dios, siendo el primero el símbolo del segundo. Es decir, que el drama se desarrollaba sobre dos planos: el de la realidad invisible y el de la materia finita, simple proyección de aquélla. El acento puesto por Sahagún sobre el comportamiento de la víctima es debido sin duda a que cada uno de sus gestos tenía una equivalencia interior precisa y que, del conjunto de su actitud, se auguraba el destino espiritual del propietario. Es verosímil que únicamente en el caso en que la materia (el esclavo), en lugar de manifestarse dominada todavía por viles pasiones tales como el aferramiento a la vida y el miedo a la muerte, saliera victoriosa de la prueba, el alma (el dueño) alcanzaba su salvación. Las ofrendas debían repetirse hasta que el heroísmo de una de estas imágenes carnales presagiara, en fin, que el espíritu del iniciado había tenido acceso a un orden superior.

Este simbolismo es igualmente visible en los sacrificios al dios del fuego en que el amo, antes de lanzar



Fig. 63. El jeroglifico del oro (una cruz y cuatro puntos) y el cascabel grabados sobre las mejillas de la hermana de Huitzilopochtli.

el cucrpo del esclavo en la hoguera purificadora, "iba apareado con su cautivo; iban ambos danzando a la par..." ²³ Para mayor certidumbre, el primero parece personificar el espíritu —el rostro pintado en rojo como el de Xochipilli y una mariposa hecha de plumas coloradas de papagayo por insignia—, y el segundo, enteramente vestido de blanco (color de las diosas terrestres y de la región del nacimiento), la materia.

De estas costumbres se desprende que no eran los miserables fuera de la ley los que alcanzaban el Sol, sino los señores y los nobles que los ofrecían en holocausto, como lo especifica Sahagún y como es lógico que haya sido en una sociedad tan severamente jerarquizada. Volveremos sobre esta aristocrática repartición del cielo que, aclarando las especulaciones teológicas por las que la espiritualidad nahuatl fue puesta al servicio de un Imperio, permite comprender mejor la economía de los sacrificios humanos entre los aztecas.

Huitzilopoclitli, el Quinto Sol

Con la ayuda de las almas de los bienaventurados que lo escoltan hasta el cenit danzando y cantando, el Sol cumple su heroica ascensión fuera de la atracción terrestre.* En su plenitud de mediodía, el astro está personificado por Huitzilopochtli, el dios zurdo disfrazado de eolibrí, símbolo de la resurrección. (Los aztecas decían que este pájaro mucre durante la sequía para revivir al principio de la estación de las lluvias.)

A causa de su naturaleza esencialmente belicosa y de su presencia entre las tribus nómadas, se piensa que Huitzilopochtli es de origen azteca. Pero, si es posible que algunos de sus rasgos hayan sido forjados por los constructores de Tenochtitlan, no es menos indiscutible que su simbolismo hunde sus raíces en el

corazón mismo de la doctrina de Quetzalcoatl.

Sabemos que el Quinto Sol llega después de la eliminación de cuatro anteriores y que él mismo estaba destinado a ser sustituido por uno nuevo. No pensamos que estos mitos de destrucciones solares hayan sido únicamente inspirados por la eterna renovación cósmica manifiesta en los cielos naturales. Además de que los fenómenos religiosos nahuatl, de un orden altamente espiritual, no pueden jamás explicarse de un modo tan simplista —por manifestaciones sin resonancia interior—, varios indicios señalan al Quinto Sol como el artesano de una obra grandiosa e indestructible: la de liberar la Creación de la dualidad.

Hemos visto que existe la tradición, relatada por todos los cronistas, según la cual los planetas terminarían por tomar sobre la tierra el sitio de los humanos. Como la esencia de la religión nahuatl reside en la revelación del secreto que permite a los mortales escapar a la destrucción, de resolver la contradicción inherente a su naturaleza, convirtiéndose en cuerpos luminosos, se deduce que la Era que seguiría, lejos de ser enemiga, estaba preparada y era ardientemente esperada por los hombres conscientes de la Quinta Era. Lo comprueba el hecho de que ésta, inaugurando ya la

^{*} Sin duda el carácter alegre de esta marcha triunfal proporciona a Xochipilli los atributos que han hecho que se le identifique como la divinidad de las fiestas y de los juegos.

Edad futura, estaba regida por el astro engendrado por un penitente y que Huitzilopochtli, imagen de este astro, no representa otra cosa, con su disfraz de pájaro y su emblema de fuego, que el alma de un combatiente

de la guerra santa.*

Sabemos también que el signo movimiento, propio del Quinto Sol, se refiere a la operación que salva la materia de la inercia. El vocablo ollin implica el sentido de temblor de tierra y Ollin Tonatiuh, nombre del Quinto Sol, significa Sol de temblor de tierra. El impulso interno ilustrado por los sismos evoca aquello que permite al místico liberar el germen espiritual que encierra: el mito del nacimiento del Quinto Sol así como las representaciones del astro surgiendo del cuerpo estallado de Xolotl (Fig. 59) son una demostración suficiente de ello. Por otra parte, el advenimiento de los planetas debía ocurrir justamente después de terribles sismos, y estos trastornos de la materia son, sobre el plano cósmico, paralelos a los que sufre el penitente en su carne. Esto indica que al fin de la Quinta Edad, la tierra, invadida toda por la nostalgia de la unión, alumbraría seres luminosos e inmortales.

Huitzilopochtli es entonces el quinto guerrero zurdo que, a semejanza de aquel que ponía fuera de combate el héroe inmolado a Xipe sobre la piedra de los gladiadores, está destinado a obtener la victoria final.

Para alcanzar esta meta suprema, debe transmitir a la materia el movimiento que la lleva a conocimiento de su dualidad y de los medios que la salvan de ella, es decir, que él debe hacer de la materia una combatiente de la batalla florida. Por ello es el dios de la guerra por excelencia, el que "arroja sobre los hombres la culebra de fuego (símbolo de la penitencia purificadora), la barrera de fuego (instrumento que hace surgir la llama de un cuerpo sólido), es decir, la guerra, torrente

^{*} Es de notar que los atributos de Huitzilopochtli no difieren en nada de los de Xochipilli, el Señor de las Almas. En los dos casos, se trata del simbolismo de la resurrección: fuego y colibrí.

devastador, fuego devorador" 24 (devorador de opacidad

y de gravedad).

Por la misma razón, durante las peregrinaciones de las tribus nómades, Huitzilopochtli intervenía para estimular la marcha y castigar duramente a aquellos que se detenían en el camino. Las antiguas tradiciones relatan que bajo la forma de un colibrí repetía sin cesar a los aztecas las palabras: "¡Marchemos! ¡Marchemos!"

El mito que relata su nacimiento sólo es comprensible a la luz de este mismo principio básico. Es concebido sin pecado por la penitente Coatlicue a la cual "acontecióle un día que andando barriendo descendió sobre ella una pelotilla de pluma, como ovillo de hilado, y tomóla y púsola en el seno junto a la barriga debajo de las enaguas, y después de haber barrido la quiso tomar y no la halló, de que dicen se empreñó..." 25

Esta concepción milagrosa tiene el poder de despertar el furor de los cuatrocientos hijos y de la hija mayor de Coatlicue, que juran matarla para vengar el honor de la familia. Llegado el momento del ataque, Huitzilopochtli, emergiendo con todas sus armas de las entrañas de su madre, persigue a sus hermanos hasta la extenuación y mata un gran número de ellos después

de haber decapitado a su hermana.

Siendo Coatlicue la diosa de la Tierra, resulta claro que las plumas que le permiten engendrar un inmortal simbolizan el principio que sustrae la materia a la ley de la destrucción. Este mito no hace entonces más que repetir el del nacimiento, en Teotihuacán, del Quinto Sol, con la diferencia de que el cuerpo ulceroso de Xolotl está aquí representado por la Tierra Madre, y el astro que se eleva al cielo, o sea el alma del penitente, por Huitzilopochtli. Una serie de indicios permiten creer además que, así como los dioses presentes en el sacrificio realizado en la primera ciudad tolteca, los hermanos que asisten al alumbramiento de Coatlicue no son otros que los nahuas ancestrales. En los dos relatos las persecuciones y las muertes figuran verosímilmente el encuentro creador de la materia con el espíritu.



Fig. 64. Tezcatlipoca, el Señor del Espejo Humeante, bajo el aspecto de tigre. (Códice Borbónico.)

Es decir, que se trata de la imagen arquetípica del reencuentro dinámico de los principios opuestos; y es probable que las carreras rituales de las fiestas aztecas al dios solar (recordando hasta en los menores detalles a las del mito) tenían por fin representar este reencuentro.

Y es también la materia después del advenimiento del espíritu lo que simboliza la hija de Coatlicue. Además del impulso combativo, por sí solo muy revelador que le insufla la llegada al mundo del nuevo Sol, exis-



17. Xochipilli, el Señor de las Flores. Escultura azteca (Museo Nacional de México)



18. Xipe, nuestro Señor el Desollado. Escultura azteca (Colección particular)



19. Coyolxauhquí, hermana de Huitzilopochtli (Museo Nacional de México)



20. Coatlicue, la Diosa Madre (Museo Nacional de México)



21. Imagen de Quetzalcoatl, Cultura huasteca (Museo Nacional de México)





- 23. Brasero de barro-pintado hallado entre las ofrendas de un entierro en el Palacio de Zacuala. Exploraciones de la autora. 1957
- 22. Detalle del Palacio descubierto por la autora durante las temporadas de exploraciones 1955-56-57, en Zacuala (Teotihuacán)
- 24. Representación de Quetzalcoatl bajo la forma del hombre-tigre-pájaro-serpiente. Fresco hallado en el Palacio de Zacuala durante las exploraciones de la autora, 1957



ten documentos iconográficos que sostienen abundan-

temente esta hipótesis.

En el Museo Nacional de México, por ejemplo, se exhibe una cabeza monumental que, por estar ornada de relieves en su parte inferior, se supone que haya sido concebida como tal y no como formando parte de un cuerpo (Lám. 19). Gracias al jeroglífico de su nombre que lleva sobre cada una de las mejillas —el cascabel a que se refiere el vocablo Coyolxauhqui—, Scler no tuvo dificultad en reconocer en ella la cabeza de la hermana de Huitzilopochtli. Como por otra parte esta escultura encierra indudables símbolos ígneos —como el del oro, signo de fuego (Fig 63)—, el erudito alemán, en su estudio sobre el códice azteca llamado el Tonalamatl de Aubin, expresa: "It seems to me probable enough that this head is intended to represent the goddess Chantico..." ²⁶ En efecto —y a pesar de que posteriormente, fascinado por la teoría de la supremacía de los mitos lunares entonces en boga, Seler quiso persuadirse que se trataba de la luna—, el parentesco de la cabeza en cuestión con la diosa del fuego es indiscutible.

Pero ocurre que Chantico es considerada a su vez como divinidad terrestre. Además de que el cronista Durán la identifica con la madre de Huitzilopochtli, su segundo nombre, Quaxolotl, la designa como "la de dos cabezas, la de la cabeza partida". La característica más notable de la diosa Madre es precisamente la de ser decapitada como su hija, con dos cabezas de reptilcs emergiendo de su cuello mutilado (Lám. 20).

En los tres casos, se trata de la misma figuración: la de la materia después del mensaje espiritual de Quetzalcoatl, es decir, de la materia tocada por el fuego divino. (No es ciertamente por azar que Coatlicue recibe las plumas celestes mientras hace penitencia en un templo.) De hecho, todos los documentos demuestran de una manera evidente la espiritualidad de las diosas nahuatl; pero siendo imposible seguir aquí el análisis minucioso de este fenómeno, nos limitaremos a señalar que estas

diosas están constantemente asociadas a los conceptos

de purificación, de penitencia y de "guerra florida" Es significativo a este respecto que el principal atributo de Chantico, divinidad femenina del fuego, sea el del agua quemada; y que es este mismo símbolo místico el que aparece bajo la cabeza cortada de la hija de la Tierra Madre. En efecto, la herida producida por el arma luminosa del dios solar —la serpiente de fuego con la cual Huitzilopochtli ha venido al mundo-ha dejado sobre el cuello de la mujer la marca de la unión de los contrarios. Para mayor precisión, el signo del agua quemada ofrece en esta escultura un tercer elemento: una cuerda de sacrificio que recuerda a la materia el medio de llegar a esta unión redentora. Asimismo, y como lo ha observado el crítico de arte Justino Fernández,27 el simbolismo de la Coatlicue comporta rasgos de un orden claramente extraterrestre, entre otros, las dos serpientes recubiertas de piedras preciosas -signo de divinidad— que están en lugar de la cabeza.

Tezcatlipoca, el Señor del Espejo Humeante

A partir del cenit, el Sol penetra en la región sometida a la gravedad y efectúa su descenso hacia la materia acompañado de las divinidades del oeste. Las etapas de este viaje están señaladas por las sucesivas representaciones del astro: el colibrí, signo de su plenitud, es reemplazado primero por el águila descendente, y por el tigre después.

El simbolismo de Tezcatlipoca recuerda el del Sol en esta cuarta porción del espacio, porque el tigre, imagen de las profundidades subterráneas, es su principal doble (Fig. 64). El otro es el pavo (Fig. 65), y es probable que esta pesada ave doméstica llamada el Gran Xolotl (Hueyxolotl) sea un símbolo del sol exilado sobre la tierra, es decir, una encarnación del águila caída.

Su fiesta, que "era como pascua y caía cerca de la pascua de resurrección",28 era la más importante de todas



Fig. 65. Tezcatlipoca bajo el aspecto de pavo. (Códice Borbónico.)

y tenía lugar a la mitad del quinto mes, durante el primer pasaje solar por el cenit. En esta ocasión, Tezcatlipoca, sacrificado en la persona de un prisionero, re-nacía en seguida en otro hombre joven que lo representaba hasta morir a su vez el año siguiente.

Los rituales de estas ceremonias son particularmente conmovedores, porque la masa anónima de esclavos está reemplazada por un solo individuo cuyo destino queda terriblemente presente a pesar de la amplitud de

la aventura cósmica en la cual está implicado. Considerando la riqueza simbólica que encierran estos rituales, reproduciremos un largo pasaje de la relación que de ellos hace Sahagún.

En esta fiesta mataban a un mancebo muy acabado en disposición, al cual habían mantenido por espacio de un año en deleites: decían que era la imagen de Tezcatlipoca. Muerto el mancebo que estaba de un año regalado, luego ponían otro en su lugar para chiquearlo por espacio de otro año... Escogíanlos entre todos los cautivos, los más gentiles hombres... ponían gran deligencia en que fuesen los más hábiles y más bien dispuestos que se pudiesen haber, y sin tacha

ninguna corporal.

Al mancebo que se criaba para matarle en esta fiesta, enseñábanle con gran diligencia que suprese bien tañer una flauta, y llevar y traer las cañas de humo y las flores, según que se acostumbraba entre los principales y palacianos... Estos mancebos... antes que se publicasen para morir, tenían gran cuidado de enseñarles toda buena crianza en hablar y saludar a los que encontraban por la calle v en todas las otras cosas de buenas costumbres; porque cuando va eran señalados para morir en la fiesta de este dios por aquel año en que va se sabía de su muerte, todos los que le veían le tenian en gran reverencia, y le hacían grande acatamiento, y le adoraban besando la tierra... Luego que este mancebo era destinado para morir en la fiesta de este dios, comenzaba a andar tañendo su flauta por las calles, llevando flores y cañas de humo. Tenía libertad de noche y de día, de andar por todo el pueblo. y andaban con él acompañándolo siempre ocho pajes ataviados a manera de los de palacio. En siendo dado a conocer este mancebo para ser sacrificado en la pascua, luego al señor le ataviaba con atavíos curiosos y preciosos, porque ya le tenían como en lugar de dios... Veinte dias antes de llegar a esta fiesta mudábanle las vestiduras con que hasta allí había hecho penitencia,... y casábanle con cuatro doncellas, con las cuales tenía conversación aquellos veinte dias que restaban de su vida... Las cuatro doncellas que le daban por sus mujeres, también eran criadas en mucho regalo para aquel efecto y las ponían los nombres de cuatro diosas... Cinco días antes de llegar a la fiesta donde se había de sacrificar a este mancebo, honrábanle como a dios. El señor se quedaba solo en su casa, y todos los de la corte lo seguían, y se hacían solemnes banquetes y areytos o bailes, con muy ricos atavíos... Acabada la cuarta fiesta, poníanle en una canoa en que el señor solía andar cubierto en su toldo, y con él a sus mujeres que le iban consolando... y navegaban hacia una parte... donde está un montecillo; en este lugar lo dejaban sus mujeres v toda la otra gente... solamente lo acompañaban aquellos ocho pajes que habían andado todo el año con él. Llevábanlo luego a un Cu pequeño y mal aliñado que estaba a orilla del camino y fuera de poblado... Llegando a las gradas del Cu él mismo se subía por ellas arriba, y en la primera grada hacía pedazos una de las flautas con que tañía en el tiempo de su prosperidad, en la segunda rompía otra, y en la tercera otra, y así las acababa todas subiendo por las gradas. Llegando arriba a lo más alto del Cu estaban aparejados los sátrapas que le habían de matar, y tomábanle y hechábanle las manos, y por la cabeza, hechado de espaldas sobre el tajón, el que tenía el cuchillo de piedra metíaselo por los pechos con un gran golpe, y tornándole a sacar, metía la mano por la cortadura que había hecho el cuchillo, y arrancábale el corazón y ofrecíale luego el sol.²⁹

Sin embarcarnos en un análisis minucioso, es fácil ver que se trata de la dramatización del ciclo anual en el que el muchacho sin tachas desempeña el papel del Sol. No es imposible que los veinte días que preceden a su inmolación simbolizaran el solsticio de invierno durante el cual el astro, por una permanencia cada vez más larga en el mundo subterráneo, hace temer por su libertad. Esto explicaría por qué, a partir de ese momento, el joven cambia sus atributos divinos por los del guerrero: debe batirse a fin de no ser conquistado por la Tierra —representada por las cuatro vírgenes— que intenta retenerlo. Si el solsticio de invierno reprodujera, sobre una más amplia escala, el drama cotidiano de la luz atrapada por las tinieblas,

la muerte del prisionero significaría su liberación. De donde resulta que, así como Quetzalcoatl para el hombre, Tezcatlipoca personifica el Sol en el Misterio de la Pasión, de la Muerte y Resurrección cósmicas, y sin duda a causa de la similitud de los papeles sus dobles llevan el mismo nombre: Xolotl el primero, el Gran Xolotl el segundo. Esto parece demostrado, además, por la circunstancia de que las ceremonias que siguen inmediatamente a la muerte de Tezcatlipoca (Sol de Tierra) están consagradas a Huitzilopochtli (que es el Sol del Centro), quien parece surgir del cuerpo inmolado del Señor del Espejo Humeante como lo hace la Estrella de la Mañana del de Quetzalcoatl.

Liberada de los rituales infinitos que la rodean, la acción del segundo acto de la fiesta de Tezcatlipoca consiste esencialmente en una muy solemne subida de una estatua de Huitzilopochtli a la cima de una pirámide. El ídolo era colocado sobre unas parihuelas sostenidas por guerreros y precedida por una multitud de muchachos que danzaban cantando himnos, escena que corresponde palabra por palabra a la que relata Sahagún de la ascensión cotidiana del Sol en la región oriental, el paraíso de los héroes de la guerra sagrada. Las danzas finales, designadas con un término que significa "abrazan a Huitzilopochtli", debían simbolizar la unión definitiva de las almas y del Sol, ya que es probablemente la reintegración de esas partículas luminosas en su seno lo que le permite alcanzar su plenitud cenital. Sin duda a causa de esta reintegración, se decía que las almas de los guerreros no alcanzaban a ir más allá del cenit: a cada aurora, el astro era entonces recibido por nuevas almas recientemente florecidas.

Parecería, pues, que Tezcatlipoca y Huitzilopochtli son dos aspectos de una misma entidad, lo que hace comprensible el hecho de que el primero —representante del firmamento nocturno cuya insignia es la mitra estrellada que lleva (Fig. 65)— sea tan frecuentemente identificado con el segundo, el cielo radiante

por excelencia.



Fig. 66. El jeroglífico del espejo humeante: las volutas que flanquean el eje de la imagen —un hueso de muerto— simbolizan la Estrella Matutina.

En realidad, los contrastes y el dualismo presiden to-das las funciones de Tezcatlipoca. A la vez hermano y enemigo de Quetzalcoatl; creador y destructor de las primeras edades míticas; dios de la providencia pero también del fracaso y de la ruina; de la pureza y del orden, mientras que protege el pecado y fomenta las querellas; amigo de los ricos y considerando a los esclavos —con el yugo de los cuales es muchas veces representados. sentado— como sus hijos bien amados; siendo en fin el que era "tenido por verdadero dios", se deja sin embargo, en ciertas ocasiones, capturar por los hombres e imponer brutalmente su voluntad. Su invisible omnipresencia es "espíritu, aire, tinieblas", y el atributo que lo distingue es un oscuro espejo que desprende humo. Este carácter brumoso e inestable, así como su liga

estrecha con las actividades más profanas, sugiere que Tezcatlipoca, imagen del Sol de Tierra, no es otro que la humanidad misma, simbolizando a ésta la materia en la cual el astro se encarna: las múltiples facetas

del dios serían entonces los reflejos de esta masa opaca y moviente en busca de salvación. Únicamente por esta explicación su personalidad caótica se hace coherente; nada más natural, en efecto, que la violencia, la discordia y el pecado estén, entre los hunanos de la Era del Centro, aliados a la necesidad de armonía y de purificación.

Rescrvamos las demostraciones técnicas que se nos ofrecen para las revistas especializadas, concretándonos a analizar aquí el jeroglífico del término tezcatlipoca cuya traducción es espejo humeante o humo espe-

jeantc (Fig. 66).

La parte central está formada por líneas concéntricas semejantes a las del escudo de Xipe y decoradas al exterior con pelotas de plumas, objeto asociado al sacrificio. De su centro, emerge una tibia flanqueada de volutas que llevan incrustados ojos de luz, que figuran estrellas, y encima de cada voluta un signo que recuerda el de la llama, empleado como símbolo de la penitencia.

Todo esto parecería indicar que se trata de una composición que expresa la idea de sacrificio; y sabemos, en efecto, que Tezcatlipoca está estrechamente unido a este concepto básico. Además de presidir las confesiones, existe la levenda según la cual, cuando aparece sobre la tierra, el hombre que tiene el coraje de apoderarse de su corazón puede exigir de él lo que considera ser la riqueza suprema: algunas espinas de maguey destinadas al auto-sacrificio. Por otra parte, su parentesco con Quetzalcoatl y Xipc está netamente puesto en claro por una serie de documentos tanto iconográficos como míticos.

En cuanto à las volutas incrustadas de estrellas, éstas constituyen un signo característico de Quetzalcoatl y de su doble Xolotl. Con ligeras variantes, forman comúnmente parte de las vestimentas del primero y se encuentran siempre presentes en una singular figuración de Xolotl cocinando en una marmita (Fig. 56). Sabemos que esta entidad, que Seler clasifica como dios del sacrificio, es el penitente que se transforma en luz, el creador



Fig. 67. Un personaje maya llevando sobre la nuca el jeroglífico del planeta Venus. Dintel en madera proveniente de Tikal. (Museo de Basilea.)

a la vez del Sol y del planeta Venus. No incluyendo ningún signo solar, la escena que nos ocupa debe reproducir el nacimiento del alma individual, y efectivamente a la Estrella de la Mañana simbolizan las volutas que se escapan del cuerpo torturado de Xolotl.

Las culturas mesoamericanas conocen todas este jeroglífico que se perpetúa hasta los aztecas. No poseemos



Fig. 68. Señor de la Aurora maya acompañado del jeroglífico de Venus. (Códice Dresden.)

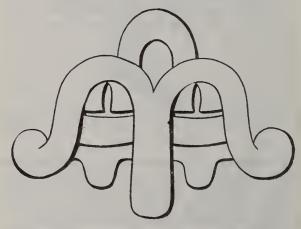


Fig. 69. El jeroglífico de la Estrella Matutina, tal como ha sido representado en el arte zapoteca.



Fig. 70. Venus surgiendo de las fauces de un tigre. Bajorrelieve esculpido sobre el pedestal de la urna que se encuentra a la entrada de la tumba 104 de Monte Albán.

de él desgraciadamente todavía ningún ejemplar teotihuacano, pero aparece en cambio sobre varios bajorrelieves mayas del Viejo Imperio (Fig. 67), así como en sus libros pintados (Fig. 68). Los estudiosos de esta civilización lo han identificado, desde hace mucho tiempo, con Venus. Entre los zapotecas (Fig. 69), donde alcanza una importancia de primer orden, está frecuentemente integrado a un conjunto de fácil comprensión (Fig. 70): las volutas luminosas emergen de una fauce de tigre y expresan que se trata de la luz engendrada por las tinieblas. Perteneciente a una etapa cultural posterior, existe una bella estatua huasteca de Quetzalcoatl (Lám. 21) donde este mismo jeroglífico está repetido un gran número de veces.

Es interesante observar que el núcleo de las volutas del espejo humeante está constituido por un hueso de muerto. Esto sugiere que, lo mismo que la flor que se abre en el extremo de la tibia-emblema de Quetzal-



Fig. 71. Cráneo que lleva los jeroglíficos del agua-quemada y del espejo humeante. Escultura azteca. (Museo Nacional de México.)

coatl (Fig. 50), las volutas estrelladas representantes de Venus simbolizan la vida espiritual engendrada por el sacrificio de la materia perecedera. En un monumento azteca, el atributo de Tezcatlipoca surge de la sien de una calavera que lleva en la boca el símbolo de la guerra florida (Fig. 71). La escena en la que Xolotl se consume en la marmita no expresa otra cosa: el signo del desprendimiento y del olvido de sí mismo, núcleo de la Estrella de la Mañana, es aquí su propio cadáver. El espejo humeante parece entonces contener toda la doctrina de Quetzalcoatl, y el hecho de que este importante jeroglífico resume el mensaje del creador del hombre y de todo su universo señala, una vez



Fig. 72. La mano de Dios en un fresco teotihuacano.

más, a Tezcatlipoca como el representante de la humanidad.

Se observa, por otra parte, que este dios lleva el espejo en lugar del pie que le ha sido arrancado por el monstruo de la tierra. Como Tezcatlipoca personifica al Sol nocturno o terrestre, es de suponer que esta mutilación proviene de que, a cada pasaje sobre la tierra, el astro abandona un poco de sí mismo: el pie faltante sintetizaría la infinidad de partículas divinas sembradas en el seno de los mortales, y el espejo de superficie empañada sería el símbolo de ese reflejo de la realidad escondida que es, según la mística nahuatl, el mundo de las formas. Y qué imagen más perfectamente adecuada a la humanidad del Centro que este espejo humeante como un lago que se evapora, un lago cuya materia, puesta en movimiento por el calor, se eleva al cielo? ¿Y no es precisamente el signo del agua quemada que simboliza la penosa tarea humana de transcender la condición terrestre?

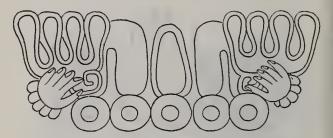


Fig. 73. En Teotihuacán, la mano constituye un motivo central. Las gotas que se escapan de ellas acompañan siempre las imágenes del corazón. (Fresco teotihuacano.)

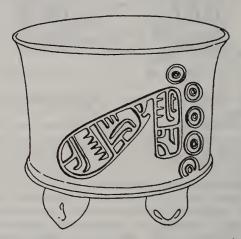


Fig. 74. La impronta divina grabada sobre un vaso teotihuacano. (Col. Kurt Stavenhagen.)

Tal como aparece en la iconografía tardía, Tezcatlipoca es, hasta ahora, desconocido en Teotihuacán. Lógicamente podría muy bien encontrarse oculto en la zona aún sin explorar —recuérdese que ésta constituye las nueve décimas partes de su totalidad—, pero siendo la característica más saliente del Señor del Espejo hu-



Fig. 75. La impronta del Dios Invisible sobre la cara de una diosa. (Códice Borgia.)

meante la invisibilidad, creemos que la ciudad que supo transmitir la tradición primordial con tan grande pureza no lo ha personificado. La insistencia de los textos sobre la invisibilidad de Tezcatlipoca muestra hasta qué punto este aspecto estaba presente en el espíritu de todos. Sabemos, por ejemplo, que el sacerdote recibía al penitente que llegaba a confesarse con estas palabras: "Desnúdate, echa fuera todas tus vergüenzas en presencia de nuestro señor el cual se llama Tezcatlitlipoca. Es cierto que estás delante de él aunque no eres digno de verle ni aunque él te hable porque es invisible y no palpable"..., 31 y lo mismo ocurre cada vez que se invoca esta divinidad de innumerables funciones.

Ahora bien, existen en Teotihuacán figuraciones de manos (Figs. 72 y 73) y de pies (Fig. 74) tratados como motivos centrales que, si se tiene en cuenta la intensa precisión que posee allí el menor signo, podrían razonablemente ser apariciones fragmentarias de Tezcatlipoca

La iconografía y los rituales demuestran, sin lugar a dudas, que la presencia invisible de la divinidad se

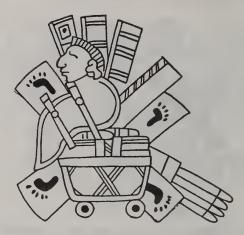


Fig. 76. El jeroglífico movimiento con las improntas divinas. (Códice Borgia.)

traiciona por la impronta de un pie. En los códices donde estas improntas aparecen sobre el cuerpo de ciertas entidades (Fig. 75) y sobre jeroglíficos (Fig. 76), tienen un valor que sobrepasa la interpretación corriente según la cual significarían la marcha en su acepción física; las de tribus nómades, por ejemplo. Por otra parte, las ceremonias que tenían efecto el duodécimo mes para festejar la llegada de los dioses sobre la tierra, ponen en evidencia su simbolismo divino. Sahagún relata que

a la media noche molían un poco de harina de maíz y hacían un montoncillo de ella bien tupido; hacían este montoncillo de harina redondo como un queso, sobre un petate. En este veían cuando habían llegado todos los dioses, porque aparecía una pisada de un pie pequeño sobre la harina, entonces entendían que eran llegados los dioses. Un sátrapa... estaba esperando toda la noche cuando aparecía esta señal de la llegada de los dioses e iba y venía a cada hora muchas veces, a mirar el montoncillo y en viendo la pisada



Fig. 77. Las improntas divinas marcando a la tribu azteca el camino a seguir. (Tira de la Petegrinación.)

sobre la harina, luego aquel sátrapa decía: "Venida ha su majestad." En oyendo los demas sátrapas y ministros de los ídolos esta voz, luego se levantaban y tocaban sus caracoles y cornetas en todos los Cues, en todos los barrios y en todos los pueblos...32

En un arte tan grave hubiera sido inconcebible emplear con fines profanos una de estas improntas que tienen el poder de conmover las muchedumbres. Su simbolismo se transparenta, además, si se observan las composiciones donde ellas figuran. El personaje teotihuacano de la figura 42, por ejemplo, no puede, de ningún modo, ser analizado según normas positivistas. Sus vestiduras sembradas de jeroglíficos, su cuchillo de sacrificio cortando un corazón, el atrio del templo donde se encuentra, lo designan a primera vista como un iniciado, un sacerdote, en comunicación con lo divino. ¿Cómo, ante una expresión tan concentrada de lo sagrado —expresión que implica un impulso interior, una riqueza de invención y una maestría artística prodigiosas—, ante este refinado cuadro místico, considerar las huellas como ingenuas representaciones de los pasos que ejecuta el personaje en su danza ritual? ¿No es más bien la secreta presencia divina lo que ellas traducen?



Fig. 78. La mano constituye un importante jeroglífico maya. (Escultura de Copán.)

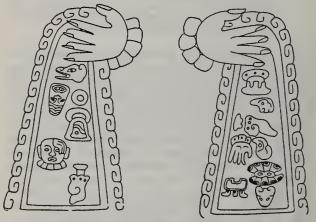


Fig. 79. Objetos que surgen de manos milagrosas. (Fresco teotihuacano.)

Es probable que no sea otra cosa lo que indican estas mismas pisadas en las pobres pinturas tardías que narran las peregrinaciones de los nómades (Fig. 77). Y esto es tanto más admisible cuando todas las cróni-



Fig. 80. Divinidad creando el mundo de las formas. (Fresco teotihuacano.)

cas especifican que Huitzilopochtli guía a los aztecas en sus numerosos desplazamientos.

El carácter sagrado de la mano está también fuera de duda. Entre los mayas, constituye un jeroglífico que aparece constantemente en las esculturas y los libros pintados (Fig. 78). En Teotihuacán, fuera del caso en que figura aislada, está, en algunos personajes, cargada de un simbolismo que le presta una alta potencia creadora. Lo mismo que el aliento que se representa saliendo de la boca (Fig. 31), las corrientes recubiertas de signos que surgen milagrosamente de las manos (Fig. 79) deben indicar la energía vital que dispensan las divinidades a los mortales. A pesar de las interpretaciones materialistas, esos chorros de objetos que escapan de las manos de entidades fabulosas (Fig. 80) evocan irresistiblemente la Creación: en efecto, de siembras debe tratarse, pero

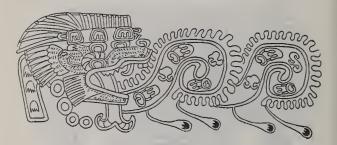


Fig. 81. El aliento de este tigre-pájaro-serpiente (oreja del primero, plumas del segundo y lengua del tercero) está recubierio de corazones. (Fresco teotihuacano.)

de siembras en las que las semillas contienen todo el universo humano. Los dioses están, en estas escenas. captados en el acto de engendrar el mundo de las formas; de transformar su realidad oculta en apariencias visibles, no siendo cada objeto que emana de ellos otra

cosa que la envoltura de una partícula celeste.

El simbolismo del fluido de las manos no parece haber sobrepasado los límites de la Ciudad Sagrada. Pero el del aliento se expandió por toda Mesoamérica y persistió hasta la Conquista española. Si bien, siguiendo a Seler, los investigadores quieren ver en estas volutas el signo de la palabra física, su valor parece, sin embargo, de un orden espiritual, y no es imposible que representen algo como la energía creadora en potencia en los personajes representados. Es significativo a este respecto que los emblemas que recubren las volutas que salen de la boca del tigre-pájaro-serpiente que, si se recuerda, simboliza la reunión de las tres esferas cósmicas, representen precisamente el corazón humano (Fig. 81). Para no multiplicar los ejemplos, limitémonos a las imágenes conocidas: las águilas y los tigres del tambor azteca (Fig. 32) y el águila de la piedra conmemorativa de la fundación de Tenochtitlan (Fig. 20), que exhalan todos el signo del agua-quemada que contiene su mensaje.

Para resumir, y piénsese lo que se quiera de estas interpretaciones, lo cierto cs que el análisis más superficial pone en evidencia el carácter sagrado de absolutamente todos los signos que componen el lenguaje simbólico. Sin ir más lejos, por ejemplo, la reunión de la mano y del pie con la cifra mística cinco * y las piedras preciosas (Fig. 82) deberían ser suficientes para convencernos de que estas imágenes no pueden, de ningún modo, referirse a sujetos profanos y que deben, en consecuencia, revelar en Teotihuacán la presencia del dios invisible, del todopoderoso Tezcatlipoca.

* Si el cinco es la cifra del recncuentro dinámico que anula los contrarios, el siete, asociado a escenas de plenitud (Fig. 32), quizá simbolice la reintegración definitiva en el Gran Todo.



Fig. 82. La mano, y el pie en una composición cuyo carácter divino está expresado por la cifra cinco y por las piedras preciosas.

(Fresco teotihuacano.)

NOTAS

¹ Anales de Cuauhtitlan, p. 9.

² Garibay K., Historia..., t. I, p. 311.

³ Sahagún, op. cit., t. II, pp. 278.

4 Ibid., t. II p. 164.

⁵ Séjourné, Laurette, "Informe sobre el material estratigráfico de Azcapotzalco", Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, México, 1957, t. XIV, 2ª parte (en prensa).

⁶ Caso, Alfonso, El pueblo del Sol, p. 72.

⁷ Sahagún, op. cit., t. I, p. 23.

⁸ Ibid., t. p. 385.

- 9 Anales de Cuauhtitlan, p. 11.
 10 Sahagún, op. cit., t. I, p. 319.
- ¹¹ Ibid., t. II, p. 309.
- ¹² Ibid., t. I, pp. 186-7.
- ¹³ *Ibid.*, t. I, p. 40.
- 14 Ibid., t. I, p. 42.
- ¹⁵ *Ibid.*, t. I, p. 43.
- ¹⁶ *Ibid.*, t. I, p. 51.
- ¹⁷ "Xippe Ycuic, Totec (Yoallavana). Canto de Nuestro Señor el Desollado (el bebedor nocturno)", Los cantares a los Dioses (Recop. por Sahagún y trad. por Seler), Pedro Robredo, México, 1938, pp. 149-51.

¹⁸ Sahagún, op. cit., t. I, p. 136.

¹⁹ *Ibid.*, t. I, p. 147.

²⁰ Lumholtz, Karl, El México desconocido (Trad. por Balbino Dávalos), C. Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1904, vol. I, p. 301.

²¹ Sahagún, op. cit., t. I pp. 139 y 140.

22 *Ibid.*, t. I, p. 140.23 *Ibid.*, t. I, p. 190.

²⁴ Sahagún, cit. por Seler en Obras completas, t. III, p. 254 (Véase Nota 18, Cap. anterior).

²⁵ Sahagún, op. cit., t. I, pp. 286-7.

²⁶ Seler, E. (Intr. y texto explicativo de), *The Tonalamatl* of the Aubin Collection, Publicado a expensas del Duke de Loubat, Berlín y Londres, 1900-01, p. 114.

27 Fernández, Justino, Coatlicue, estética del arte indígena

NOTAS

antiguo, Centro de Estudios Filosóficos, Impr. Universitaria, México, 1954, pp. 218.

²⁸ Sahagún, op. cit., t. I, p. 102.

20 Ibid., t. I, pp. 148 a 152.

³⁰ *Ibid.*, t. I, pp. 418, 427 y 429. ³¹ *Ibid.*, t. I, p. 33.

32 Ibid., t. I, p. 204.

Conclusiones

Podemos detener aquí la lista de los dioses porque, si bien quedan todavía otros de importancia, como por ejemplo, los del pulque —bebida sagrada que jugaba un papel primordial en la Iniciación—, no haríamos más que repetir los preceptos tantas veces enunciados en este trabajo, ya que el complejo mecanismo de esta religión se apoya sobre un pensamiento central elevado a la categoría de ley. Este pensamiento está perfectamente definido por el nombre mismo de la Era nahuatl porque sabemos que el término movimiento (ollin) señala la actividad humana por excelencia, aquella que tiene por objeto vencer la inercia. La liberación del peso que atrae hacia la muerte es solamente posible gracias a una comunicación vigilante con la partícula de fuego que cada uno lleva en sí; de ahí que el hombre cuyos actos conscientes transfiguran la materia sea, en este sistema, convertido en demiurge. Es decir, que a la gravedad y a la pasividad se opone la ley espiritual de la ascensión, del impulso creador.

En el universo sensible que proporciona los símbolos, los astros constituyen los únicos cuerpos que poseen de una manera visible esta energía prodigiosa que permite escapar a la destrucción. Signo fulgurante de la gran verdad oculta, el Sol muestra cada día al hombre el camino de su salvación: sometido, como toda la Creación a la gravedad, deja sin embargo, su prisión nocturna a cada aurora para elevarse en seguida, resueltamente, hacia su plenitud luminosa. En el drama revelado por Quetzalcoatl, las fases del curso solar no representan, en consecuencia, más que las categorías espirituales que coexisten entre los humanos, y a causa de la trascendencia del simbolismo de los fenómenos celestes los ciclos astronómicos tenían el lugar preponderante que sabemos. Hemos visto que la sociedad azteca vivió sus últimos años en la certidumbre de haber alcanzado el fin de un ciclo. Por otra parte, el discurso que Mocrezuma diri-

200

gió a Cortés es una prueba irrefutable de que la creencia tan fuertemente enraizada de la llegada de Quetzalcoatl significaba el advenimiento de una nueva Edad. Como Quetzalcoatl abandonó esta tierra a fin de salvar la existencia humana de la contradicción, su retorno no podía lógicamente, efectuarse más que si, la síntesis realizada, la Era de paz reemplazara, al fin, la de la guerra florida. De donde surge que el cambio de ciclo implicaba netamente el pasaje a un nuevo orden espiritual. Nada sería más precioso para profundizar en el pensamiento precolombino como el conocimiento exacto de las bases astronómicas de estos círculos temporales, en el interior de los cuales el universo entero, habiendo respirado al unísono, avanzaba un grado hacia la libertad definitiva. Es probable que un estudio orientado en este sentido podría, como ningún otro, restituir un poco de su brillo a la espiritualidad antigua.*

Si los astros simbolizan el proceso de transfiguración de la materia, sus revoluciones son, a su vez, ilustradas por los dioses: los ornamentos y los rituales que los distinguen encierran la doctrina que enseña el medio de acceder progresivamente a las categorías superiores y a la liberación. Cada componente del panteón nahuatl es, en consecuencia, un actor cuyo juego está rigurosamente determinado por las necesidades dramáticas del conjunto: estrellas y personajes de segundo orden no existen más que en función de la pieza que ellos interpretan. Ello hace que, a la larga, el análisis de las divinidades resulte monótono porque como pertenecen todas a la misma trama, es siempre ésta la que termina por transparentarse, tanto más cuando la riqueza de matices que embellece cada personaje debió, desgracia-damente, ser relegada a segundo plano.

Nos apena la esquematización que somos conscientes

^{*} Después de escrito este trabajo he conocido las investigaciones que sobre distintos aspectos de los conocimientos astronómicos en el antiguo México está realizando el Lic. Raúl Noriega con rigor y dedicación ejemplares. Es indudable que estas investigaciones abren un campo de insospechado valor al estudio de las culturas precolombinas.



Fig. 83. La figura barbada del Señor Quetzalcoatl, tal como la describen las antiguas tradiciones y la transmiten los Códices. Al lado, la serpiente emplumada que constituye el jeroglífico de su nombre. (Cerámica teotihuacana encontrada por la autora en sus exploraciones de 1957.)

de haber infligido al lenguaje simbólico, ¿pero cómo detenerse en cada una de las imágenes que componen este genial cuadro religioso sin empañar su comprensión? Confesemos, además, con humildad, que nos hemos sentido incapaces de transmitir, en toda su belleza y profundidad, la grandiosa visión del mundo nahuatl vislumbrada en el curso del trabajo. Esperamos ardientemente que otros, más competentes o más inspirados, sabrán hacerlo mejor. Quisiéramos solamente que se sepa que no ha sido con ligereza como nos hemos convencido de que difícilmente existirá poema más deslumbrante de vida interior y más puro de forma que el que inspiró el mensaje de Quetzalcoatl.

ÍNDICE ANALÍTICO

Los números en cursivas se refieren a páginas con ilustraciones relacionadas con el concepto.

Abstinencia sexual, 162
Acahuitzin, 14
Acosta, Jorge, 95 n.
Agua: Diosa del, 15; signos del, 116; unión con el fuego, 112-24; quemada, 120-21, 121, 122, 124, 178, 188; monumento azteca del, 120; diosa del. . pariente de Tlaloc, 149, lám. 16 Águila: representando el Sol,

120, 126, 128, 137, 154; en lucha con el tigre, 126; representando "guerra florida", 130; "caída", 178 (véase también Cuauh-

temoc)

Alma (s): principios de la individual, 65; representadas por piedra preciosa o pluma, 66; viaje del, 69; libres de la dualidad, 82; se desprende del rey de Tollan, 121; y la "guerra florida", 123; al Sol, 124; Xochipilli, Señor de las, 133, 160-3; la mariposa como emblema del, 158; símbolos del, 160

Amantecas (véase Plumas:

ornamentos de)

Amantla, San Miguel de, 147 Andles de Cuduhtitlan: citas de, 48-9, 67, 68-9, 73, 111, 146, 158-9

Antropólogos mexicanos: reunidos en Mesa Redonda (1941), votan sobre cuál es Tula, 94

Apetlac: adonde llevaban los cautivos para el sacrificio, 37

Arbol: de la Vida, 133; del Códice Borgia, 133, 134; quebrado (simboliza Tamoanchan), 135; cósmico, 136, 163

Astrólogos: muerte de, 50 Astronomía: conocimiento de, 29; ciclo de tiempo, 101, 152, lám. 7

Atlatl, 121

Atributos: de Huitzilopochtli y Xochipilli, 174 n.

Axolotl: pez, 89

Azcapotzalco: compra de esclavos en, 18

Bautismo: ceremonia del, 15-17, 71, 149 "Bebedor nocturno", 166

Caballeros Águilas y Tigres: orden de los, 78-9, 127, 128, 129, 131, 170, lám.

Calmecac (véase Colegio)
Calpuco: lugar para dividir
el cuerpo del sacrificado,
37

Caracol marino: emblema de Quetzalcoatl, 152, 153; su sonido en rituales, 153 n. Casa: "de la alegría", 38; del

Sol, 72; de turquezas y plumas, 73

Caso, Alfonso: interpretación según, 133; citas de, 33, 102, 140, 149

Cerámica, 111, 127, 162, 167, 168, 169, 190; colores de la de Teotihuacán (al fresco), 111, Mazapan 112

Centro: Ley del, 101-9 Ciclo: símbolo del, 152,

153 n.

Cielo e infierno: unión del, 124-36

Cinteotl: hijo de la Diosa del Maíz, 167, 168 (véase también Maíz)

Ciudad de los Dioses (véase Teotihuacán)

Coatlicue: madre de Huitzilopochtli, 175-8, lám. 20

Códice Borbónico: Cruz de Quetzalcoatl en, 107; jeroglífico movimiento en, 108; Sol de Tierra y Quetzalcoatl en, 113; Quetzalcoatl en, 145; Tezcatlipoca en, 176, 179

Códice Borgia: jeroglífico movimiento en, 108, 159; Arbol del, 133, 134, 163; Dios del Viento en, 150, 152, 156; Xolotl en, 165; improntas divinas en, 191, 192

Códice de Dresden: Señor de la Aurora maya en, 186 Códice Florentino, 106, 108,

123

Códice Magliabecchi: Venus y el alma en, 69; Quetzalcoatl en, 151

Códice Nuttall, 126

Códice Ramírez: cita del, 26 Códice Vindobonensis: símbolo del Tamoanchan en, 135

Códice Xolotl, 93 (véase también para Códices Tira

y Tonalamatl)

Colibrí: símbolo de la resurrección, 173, 174; en la marcha de los aztecas, 175

Colegio: azteca, 14; de príncipes 33-4, fines del, 83; bajo la égida de Quetzalcoatl, 99 (véase también Discurso)

Comunión: sacramento de la,

Confesión: entre los aztecas, 15-7

Conquista de México, 7-12 Copán; escultura de, 194

Corazón: higos de tuna en forma de, 119; representaciones de, 136, 137, 139, 190; y penitencia, 136-42; posición simbólica del, 146; emerge de costados descarmados, 152; "florecido", 163; en boca del Tigre-pájaro-serpiente, 196, 196; celeste (véase Quinto Sol y Sacrificios humanos)

Cortés, Hernán: conquista México, 7; narraciones de, 23; y Moctezuma, 47-52, 200-1; citas de, 11-2, 51-2

Cosmología: nahuatl, 98; pla-

nos cósmicos, 132

Coyolxauhqui, 177, lám. 19 Coyote, 124, 127, 137, 146 Coyotlinahuatl (doble coyote), 146

Cráneo, 188, 188

Creación: mitos de la, 65; conducta humana y la, 135

Cruz: símbolo del mundo, 84; como quincunce, 101-106, 104, 106, 107, 115, 154, 168, 170

Cu, 36, 37, 193, 181

Cuauhtemoc: rendición de, 9; heroísmo de, 54; significado de, 54 n.; sol en el ocaso llamado, 128

Cuicuilco: centro mesoamericano muy antiguo, 91-2 Cuitlahuae: masacre en, 48-9

Chalchiuhtlicue (véase Agua:

Diosa del)

Chantico: divinidad terrestre, 177; divinidad femenina del fuego, 178

Chavero, Alfredo: cita de, 44 Chichimecas: tribus nómades, 25, 192; fronteras de los 31; hablando nahuatl, 45; se deja vivir con ellos a toltecas 45; lucha entre sí, 45

Chimalpain: cronista nativo, 23

Cholula: matanza en, 8

Díaz del Castillo, Bernal: narraciones de, 23; citas de, 11, 19

Dioses: nahuatl, 144-203 Dios del Centro, 103

Discurso: con que un hombre anunciaba la gestación de un nieto, 66; para el recién nacido, 15, 66; a los adolescentes en el colegio, 14; del confesor al penitente, 15-6, 191; de Moctezuma a Cortés, 51-2, 200-1; a un difunto, 158 n. Desollamiento, 163-72 (véase también Xipe Totec)

Embarazo palabras con que lo anunciaba el padre de la futura madre (véase Discurso)

Esclavos: compra de, 18

Esencia: en qué consiste la de la religión nahuatl, 173

Espejo: humeante, 184, 187, 188, 189; Señor del (véase Tezcatlipoca)

Esqueleto: insuflando vida en el, 150, 152

Estrella Matutina, 156, 158, 182, 183, 185, 186, 187 (véase también Venus)

Fernández, Justino, 178

Flores: en la literatura nahuatl, 83; Señor de las, 133-4; su asociación con el Sol, 160

Formas: el mundo de las, 195 Fuego, Dios del: o Xiuhtecutli, 37; la más antigua deidad nahuatl, 91; "ombligo de la tierra", 103; quincunce sobre su tocado, 104; características del, 115; o Huehueteotl, 117; sacrificios a, 171

Fuego: unión del agua y, 112-124; lluvia de, 129 Frazer, Sir James, 58

Garibay, Ángel María: citas de, 9-10, 13-4, 72, 73-4, 80-1, 146 "Guerra florida", 83, 119, 123, 130, 130, 138, 164, 174, 178, 201

Hechicera: jefa de los aztecas, 25

Hechiceros: muerte de los de la corte, 50

Higos de tuna: corazones en forma de (véase Corazón)

Huasteca: estatua, de Quetzalcoatl, 187, lám. 21

Huehueteotl (véase Fuego: Dios del)

Huemac (véase Señor del País de los Muertos) Hueyxolotl, 178

Huicholes, 168

Huitzilopochtli: hermana de, 25; héroe azteca, 25, 195; única deidad azteca, 36; fiesta en honor de, 36; y ofrendas florales, 160-2; y sacrificio, 38; adornos de la casa de, 48; concepción de Quetzalcoatl y de, 66; ceremonia de recibir su cuerpo 71; Dios solar por excelencia, 71; ser sanguinario, 161; Quinto Sol y, 172-8; y la serpiente de fuego, 178; y Tezcatlipoca, 182; atributos de, 174 n.

Ihuimecatl: demonio contra Quetzalcoatl, 67, 73 Imágenes femeninas, 60, 62, lám. 13

Imperio azteca, 1-55; caída del, 9, 52-5; naturaleza de la sociedad en, 12-7; estado totalitario en, 21, 37; formación de la cultura en, 25-8; fronteras del, 31; falta de creencia religiosa, 36; motivos políticos dentro del, 42; tallas y manuscritos del, 105, 120, 130, lám. 9

Incineración, 99 n.

Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, 95 n., 100 n.

Ioallaoa, 170

Ixtlilxochitl: cronista nativo, 23; relatos de, 45; citas de 31, 39-40, 44

Jiménez Moreno, W: cita de, 24

Lumholtz, Carl, 168 Luna: su papel en la Leyenda, 88

Lluvia: Dios de la (véase Tlaloc)

Magia, 58-63; representaciones de humanos y de animales, 91

Maíz: fiesta al Dios del, 19; Quetzalcoatl descubre el, 33; representación de espigas dobles del, 62; Cinteotl como, 167

Manos: en Teotihuacán, 189, 191, 194, 195, 197; en Copán, 194; derramando objetos, 195

Malinalco, láms. 10, 11

Malinalxochitl: hermana de Huitzilopochtli, 25

Mariposa: como símbolo del fuego, 117-8, 158; estilizaciones de, 118, 119; como emblema del alma, 158

Marquina, Ignacio, 97 n., 98

Máscara (s): importancia de las, 144; de Teotihuacán, 147, lám. 15; Dios del

Viento y su, 156

Maya (s): ciudades, 92, 100; Cruz de Kan en la jeroglífica, 106; Venus, 107, 185, 186, 187; Árbol, 133; manos y la simbología, 194, 195; piedra esculpida, lám. 12

Mazapan: cerámica de, 111,

Michoacán: Reino de, 31 Mictlantecuhtli (véase Señor

del País de los Muertos) Misterios: de Iniciación, 77-8, 87, 162, 171, 193, 200; y el Árbol maya, 133; de la Pasión cósmica, 182

Mixteca: provincias de la, 44; pueblo, 134

Moctezuma: resentimiento de sus tributarios, 8; palacios de, 12; adepto a la traición, 41; y Tlalhuicole, 42-3; y la desintegración de la sociedad azteca, 47-54; discurso a Cortes, 200-1

Monte Albán, 70

Movimiento: signo de, 108, 131, 134, 174; Sol de, 140; jeroglífico, 108, 118, 140, 159, 192

Museo de Basilea: objeto en el, 185

Museo Nacional de México: carece de Sala Tolteca, 95; cita de Anales del, 93; cabeza de la hermana de Huitzilopochtli en, 177; objetos del, 105, 106, 107, 117, 118, 120, 122, 127, 130, 141, 149, 152, 167, 177, 188; láms. 7, 8, 9, 13, 14, 15, 16, 17, 19, 20, 21

Muerto: palabras que se le decían al (*véase* Discurso) Muñecos, 30, 147, *lám*. 14 Muñoz Camargo, Diego, 42, 141; citas de, 79, 142

Nahua (s): manuscritos, 9, 23, 44; fundadores del sistema religioso mexicano, 28; influencia, 31; conocían al Dios creador, 44; lenguaje simbólico, 91-142; antigüedad de, 93-4; cosmología, 98; jeroglífico, 106; dioses, 144-203

Nanauatzin: dios autosacrificado. 86

Nezahualcoyotl: enamorado de la esposa de Quaquauhtzin, 40; duda de la eficacia de los sacrificios humanos, 43; adepto a la religión de Quetzalcoatl, 44, 46; asiste al asesinato de su padre, 45; y sus obras de cultura, 45-6

Noriega, Raúl: investigaciones de, 201 n.

Ojos: romboidales, 115, reventados como símbolo de Xolotl, 164; "de luz", 184

Ollin: significado de, 174, 200

Oración: en las enseñanzas de Quetzalcoatl, 34; Quetzalcoatl, Señor de, 75; para la espiritualidad, 166 "País del nacimiento", el, 82 País de los Muertos: Quetzalcoatl desciende a, 64, 80, 157

Palenque: escultura de, lám. 12

Paraíso Terrenal, 113, 113; (véase Tlalocan)

Parsons, Clew, 60; cita de, 60-1

Pavo: símbolo del sol exilado, 178

Pena capital, 21

Penitencia: discurso del confesor para la, 15-6, 191; y las enseñanzas de Quetzalcoatl, 34-5, 75-6, 77; corazón y, 136-42; símbolo de 141, 141, 154, 184; crisálidas nacidas de, 158; Xolotl y, 159

Pie: espejo en lugar de, 189; huellas del, 190, 191, 192-3, 192, 193, 197

Pirámide del Sol, 98, *lám*. 1 Planetas: como humanos en la Tierra, 173

Plumas: ornamentos de, 29, 144, 146-7

Pueblo, indios, 60 Pulque: Dios del, 200

Quaquauhtzin: Nezalhualcoyotl ordena matar a, 40-1 Quaxolotl: "la de la cabeza partida", 177

Quetzalcoatl: 31-55, 150-9; Dios de la Vida, 33; doctrina de, 36, 43, 76, 99, 133, 173, 188; "hacedor de todas las criaturas", 49; renacimiento de su tradición, 52; religión y mito de, 63-

89; concepción de, 66; le "dan su cuerpo", 67, 146; peregrinaje de, 70, 124; sacerdotes siguiendo sus pasos, 76; hombre convertido en, 77; como redentor, 79; como Venus, 82, posición única de, 96-7; templo de, 98, láms. 2, 3, 4, 5; la incineración y, 99 n.; inaugura la Era del Centro, 103; Cruz de, 106, 107, 114; mensaje de, 121, 137; como Señor de la Aurora, 123, 139, 155; en forma animal, 125, en el Códice Borgia, 125, 134; salva al hombre de la muerte, 134; y el Sol de Tierra, 137; símbolos en 141, 145, 154, insuflando vida en el esqueleto, 150; hombre tenido por Dios, 150; como Dios del Viento, 151, 156; en Teotihuacán, 154, 202, lám. 24; como larva, 157; responsable del movimiento desde la encarnación hasta el espíritu, 160; la pasión de, 165; Tezcatlipoca y, 183; su doble (Xolotl), 184; estatua de, 187, lám. 21; tibia-emblema de, 200; salva a la humanidad de la contradicción, 201

Quetzalpetatl: duerme con Quetzalcoatl, 67 Quincunce (véase Cruz) Quinto Sol, 98- 109, 102, 105, 134, 151, 164, 172-5, 200 Rana: símbolo del Señor de la Tierra, 149

Resurrección: simbolismo de la, 173, 174 n.

Recién nacido: palabras al (véase Discurso)

Rey de Tollan, 34, 75, 88,

85, 87, 94, 125-6, 150, 158 Rito de pasaje: a un nuevo

orden espiritual, 158 n. Rituales a los dioses, 19 Rivera, Diego: de la colec-

ción de, 161

Sacerdocio: institución del, 33; elección del, 34; alto sacerdote como Quetzalcoatl, 37; las bases para el, 75

Saerificios: humanos, 17-23, 35-42, 45; el problema de explicarlos, 20; a Tlaloc, 22; a Xipe Totec y Huitzilopochtli, 36, 38; creación y, 69; de los dioses, 88-9; navajas para, 138, 139, 140; no para Huitzilopochtli, 161; al "bebedor nocturno", 166; en la "piedrá de los gladiadores", 170; al Dios del Fuego, 171-2; a Tezcatlipoca, 180-181; expresa la idea de, 184

Sahagún, Fray Bernardino de: trabajo monumental de, 24-5; oraciones recogidas por, 44; describe ceremonias en honor del maíz, 62; sobre la transformación de los príncipes, 78; sobre el Paraíso Terrenal, 113-5; sobre los amantecas, 147; sobre Quetzalcoatl,

151-2; sobre las funciones de Xipe, 164; sobre ceremonias a Cinteotl, 167; sobre la víctima del sacrificio, 171; sobre la victima del sacrificio, 182; sobre las espinas para el autosacrificio, 184; citas de, 8-9, 22, 28, 29-32, 34, 36-7, 66, 70-1, 75, 77, 78, 84-9, 93-4, 97, 112, 115 n., 118, 150-1, 158 n., 160-4, 166, 170, 171, 172, 174-5, 180-1, 191-3

Sal: fiesta de la Diosa de,

Seler, Eduard: y Teotihuacán, 94; y el número cinco, 101; y la "guerra florida", 119; y Huitzilopochtli, 177; y Xolotl, 184, interpretación de los volutas, 196; citas de, 69 n., 75, 135, 174-5; traducción por, 177

Señor del Año, 103

Señor de la Aurora, 123, 141, 154; 155, Quetzalcoatl se transforma en, 158

Señor de la Liberación (véase Xipe Totec)

Señor de la Piedra Preciosa, 103

Señor de la Tierra, 148-9, 149

Señor de las Flores, 133-4 Señor del País de los Muertos, 49, 152

Serpiente emplumada, 98; imagen de Quetzalcoatl, 32, 122, 124, 156, láms. 2, 4, 5, 9; no precede a Teotihuacán, 94; signo de la revelación, 96; ciudad en honor de, 97; sobre su fresco,

104; símbolo clave de la religión nahuatl, 131, metamorfosis, 146

Serpiente sin plumas: simbo-

logía, 147

Sol: alimentado por sangre humana, 20, 36; Venus y, 69, 85, 185; saerificio al, 70: conecciones entre cl individuo y, 71; llama a Quetzalcoatl, 71; Casa del, 72; "Rey de los que vuelven", 72; leyenda de los, 80-1, 83-4, 86-7; como tigre, 82, 124; escoltado hasta cl zenit, 82, 160, 172-3, de Airc, de Movimiento, de Lluvia o de Fucgo, 84; nace del sacrificio del hombre, 87; el peligro de su inercia, 89; de Noche o de Tierra, 82, 83, 124, 125, 137; la pirámide del, 98, lám. 1; orientación de los templos del, 98; Quinto, 98-109, 102, 105, 134, 151, 164, 172-5, 200; Flor del, 114; águila como, 120, 126, 128, 136; almas al, 124; descenso del. 178; juventud sacrificada como, 181; personificado por Huitzilopochtli, 173; personificado por Tezcatlipoca, 182, 189; señala la salvación del hombre, 200, (véase también Tlalchitonatiuh)

Soñadores: masacre de, 50 Spinden, H. J.: cita de, 32 Stavenhagen, Kurt: de la colección de, 168, 190 Supervivências de un mundo mágico, 153 n.

Tamoanchan, 135, 135 (véase también Códicc Vindobonensis)

Templo Mayor, 7-8, 123, 123, 124, y Moctezuma, 52; matanza en el, 8-9, 79; dedicado a los dioses del Fuego y la Lluvia, 123, 123-4; Xochipilli y el "corazón florido" al pie del, 162-3

Tenochtitlan: llega Cortés a, 7, 51; descripciones de, 10-12; y los sacrificios humanos, 17; autoridad y disciplina en, 21; fundación de, 25, 27; mismos dioses que en la antigua capital nahua, 28; veneración de la serpiente emplumada en, 32; ideal ético en, 35; degeneración de un principio moral en, 35, tributos a, 37; y Tlaxcala, 38-42; da órdenes a Tlaxcala, 40; v Texcoco, 45; Moctezuma recibe a Cortés en, 51; como pseudo poder espiritual, 53; resistencia del, 54; padre de familia de... anuncia su futuro nieto, 66; sacerdotes en, 75; ley moral en, 77; cmblema de, 133; Huitzilopoehtli y, 173

Techotlalatzin; hijo de Quinatzin, 44, y su amor por los toltecas, 45

Tecuzistecatl y el mito del Quinto Sol, 86, 87, 88

Teotihuacán: sobre sus orígenes, 92-101; significado

de, 97; orientación de, 97; y el Quinto Sol, 98-108; geometría y astronomía de, 101-6; pinturas de, 109-17, 125, 131-3, 138, 140-1, 158, 193; corazones en, 146-7; máscaras de. 147; vasos de, 163; Tezcatlipoca en, 190, 197; manos en, 191, 196, láms. 1, 2, 3, 6, 13, 14, 15, 16, 22, 23, 24. Figs. en pp. 102, 104, 107, 108, 113, 114, 115, 116, 118, 119, 123, 124, 126, 127, 128, 131, 132, 137, 138, 139, 140, 148, 149, 154, 155, 157, 161, 162, 168, 169, 189, 190, 194, 195, 196, 197, 202

Teotl: significado de, 97

Texcoco: da órdenes a Tlaxcala, 40; y los toltecas, 44; rey de, 43, 44; capital de las artes y las ciencias, 45

Tezcatlipoca: ante quienes confiesan los penitentes, 167; fiesta de, 178-9; Señor del Espejo Humeante, 176, 178-97, 179, 183; desconocido en Teotihuacán

Tezozomoc: cronista nativo, 22, 23; citas de, 26

Tibia: hueso-emblema, 151, 187

Tigre: y coyote, 124; el Sol como, 124, 124, 178; motivo nahuatl característico, 125; lucha con el águila, 126; representa la "guerra florida", 130; imagen de las profundidades subterráneas, 178; Venus emer-

giendo de las fauces del, 187

Tigre-pájaro-serpiente, 132, 196

Tira de la Peregrinación: improntas divinas en, 193 Tlacahuepantzin, 74

Tlacapillachinaloya: significado de, 66 n.

Tlahuizcalpantecuhtli (véase Señor de la Aurora)

Tlaloc: fiesta al Dios, 19; sacrificios de niños a, 22; en Teotihuacán, 98, lám. 5; y el agua y el fuego, 112, 115, 117; lleva la cruz de Quetzalcoatl, 115; preside el Paraíso Terrenal, 115, 115; pintado en un fresco, 118; y su pariente Chalchiuhtlicue, 149

Tlalocan: el Paraíso Τεπε-

nal, 77-8

Tlalchitonatiuh, Sol de Tiera, 82

Tlalhuicole: héroe tlaxcalteca, 42

Tlaloques: dioses llamados, 19; y los jeroglíficos de valor celeste, 115

Tlaltecuhtli (véase Señor de

la Tierra)

Tlatilco: importancia en el estudio del Arcaico, 61; las "mujeres bonitas" de, 62

Tlaxcala: tributo de sangre impuesto a, 38-9; y sus relaciones con Tenochtitlan, 41-2; noble de, 42

Tlazolteotl: y los pecados de

penitentes, 167

Tlillan Tlapallan: el quemadero, 68, 70

Tollan: la legendaria, 30; donde reinó Quetzalcoatl, 32, 34, 54, 91-6; concepción que ilumina a, 35; significado de, 93 (véase Rey de; véase también Teotihuacán)

Toltecas: 28-31; religión azteca deriva de, 36; y Texcoco, 44-5; "Grandes Artifices", 85; Una Elegía Tol-

teca, 143

Toltecatl, demonio contra Quetzalcoatl, 67

Tonalamatl de Aubin, códice azteca, 177

Totec: fiesta en honra del Dios, 19

Tula (Edo. de Hidalgo), 55 n.; Rey de, 94, 95 n., 110, 111, 136; y la técnica cerámica de Teotihuacán, 112

Tzicquaquatzin: muere con el hermano de Moctezuma, 41

Tzompanteuctli: asesinato de, 48-52

Unidad: en la Multiplicidad, 71; y dualidad, 73-4, 85, 153

Venus: transformación de Quetzalcoatl en el planeta, 64, 75, 82; representa al alma, viaja "bajo tierra", 69; y el Sol, 70, 85; y el calendario, 101; signo de, 102, 107, 165; emergiendo del fuego sacrificatorio, 141; Xolotl y, 185; emergiendo de las fauces del tigre, 187; y la vida espiritual, 188

Viento, Dios del, 150, 151, 151, 156 (véase también

Ouetzalcoatl)

Xochimilco: matanza de sus habitantes, 52

Xochipilli: Señor de las Flores, 133-4; 161, lám. 17; en el Códice Borgia, 134; Señor de las Almas, 160-3; 174 n.; divinidad de fiestas y juegos, 173 n.; su rostro pintado de rojo, 163; asociado con Cinteotl, 168; y Huitzilopochtli, 174 n.

Xolotl (perro), 82; hermano gemelo de Quetzalcoatl, 89; rehusa la muerte, 88; Códice, 93; como larva, 157, crisálida de la Estrella Matutina, 158; como penitente, 159, 165; el ojo reventado como su atributo, 164; y el Quinto Sol, 174; cuerpo ulceroso de, 175; el Gran (o Hueyxolotl), 178; doble de Quetzalcoatl, 184; cuerpo torturado de 185; se consume en una marmita, 188

Xicotencatl: noble tlaxcalteca, 39

Xicotitlan (Tula-Xocititlan, véase Tula)

Xipe Totec, *lám*. 18; fiesta de, 36; Señor de la Liberación, 163-72, 167, 168, 169; y Huitzilopochtli, 174; escudo de, 184

Xiuhtecutli (véase Fuego: Dios del)

Zapotecas, 75; cuentos, 60;

ciudades, 92; cerámica, 167; jeroglífico de la Estrella de la Mañana en el arte, 186, 187, 187

INDICE DE ILUSTRACIONES

FIGURAS

1.	El símbolo del Quinto Sol y el signo de Venus	102
	2-A. Los cinco puntos en cruz o quincunce	104
3.	El quincunce sobre el tocado del Dios del Fuego .	104
	Célebre monumento solar de los aztecas	105
	La Cruz de Quetzalcoatl	106
6	La Cruz de Quetzalcoatl en el tocado del Dios del	
0.	Fuego	106
7	La Cruz sobre el escudo de Quetzalcoatl	106
8	Aguila solar con la Cruz de Quetzalcoatl	107
0	La Cruz de Quetzalcoatl, según el Códice Bor-	10,
/.	bónicobónico	107
10	El símbolo de Venus	107
	El jeroglífico del movimiento	108
17.	Figurales de corámica Mazanan	111
12.	Ejemplos de cerámica Mazapan El Paraíso Terrenal	113
10,	El Dios de la Lluvia con la Cruz de Quetzalcoatl.	114
17.	Tilles and discount of Derector Terranel	115
12.	Tlaloc, presidiendo el Paraíso Terrenal	116
10.	Signos acuáticos	117
	Huehueteotl, vicjo Dios del Fuego	117
18.	El Dios de la Lluvia, según la pintura de un vaso.	
19.	Estilizaciones de mariposas	119
20.	El Sol sobre un nopal que emerge de la Diosa	
21	de los Ríos	120
21.	El jeroglífico del agua quemada	121
22.	El emblema de la guerra florida sobre un monu-	
	mento azteca	122
23.	Quetzalcoatl, como el Señor de la Aurora	123
24.	El Templo mayor de Tenochtitlan	123
25.	El coyotc y el tigre representando a Quetzalcoatl	
	y al Sol	124
26.	y al SolEl Sol de Tierra, y Quetzalcoatl en su forma	
	anımal	125
27.	Combate simbólico entre el tigre y el águila	126
28.	El Águila Solar	126
29.	El Águila Solar	127
30.	El Caballero Águila, según una pintura al fresco :.	128
31.	El Caballero Tigre, según una pintura al fresco	129
31-A	A. El Caballero Tigre, según un fresco recientemente	
	descubicrto	130
	215	

215

32.	Símbolos de la guerra florida y del Sol como ser	
	creador	130
33.	El Tigre-pájaro-serpiente	131
34.	El reencuentro de las tres esferas cósmicas	132
35.	El reencuentro de los planos cósmicos	132
36.	El Árbol de la Vida	134
	Símbolo del Tamoanchan	135
38.	El Águila Solar, llevando en el pico un corazón	
	humano	136
39.	El corazón del hombre, como se representa en	
	Teotihuacán	137
40.	Corte longitudinal del corazón, según un dibujo	
	moderno	137
41.	Símbolos de cuchillos para el sacrificio	138
42.	El Señor de la Aurora alcanzando un corazón	139
43.	Símbolos de corazones atravesados	139
44.	Otro jeroglífico del movimiento (véase Fig. 11)	140
45.	El emblema de la penitencia	141
46.	Quetzalcoatl, llevando el símbolo de la penitencia	
	en su mano en alto	145
47.	Representaciones realistas de animales	148
48.	El Señor de la Tierra	149
49.	Quetzalcoatl como Dios creador	150
50.		151
51.	Caracol con decoración al fresco	152
52.	Quetzalcoatl, según un fresco de Teotihuacán	154
53.	El Señor de la Aurora	155
54.	El Dios del Viento y la luz de la conciencia	156
55.	Xolotl, forma larval de Quetzalcoatl	157
56.	Xolotl, en una manifestación de penitencia	159
57.	Xochipilli, el Señor de las Flores	161
58.	Xochipilli, según un vaso teotihuacano	162
59.	El penitente Xolotl alumbrando el sol	165
	Xipe, según un ceramio zapoteco	167
61.		
	zalcoatl	168
62.	Xipe, Dios de la Liberación	169
63.	El jeroglífico del oro	172
64.	Tezcatlipoca, el Señor del Espejo Humeante	176
65.	Tezcatlipoca, bajo el aspecto de pavo	179
66.	El jeroglífico del espejo humeante	183
67.	Un personaje maya con el jeroglífico del planeta	185
	Vonus	185

	ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	217
68. El	Señor de la Aurora maya	186
	l jeroglífico de la Estrella Matutina	186
	enus, surgiendo de las fauces de un tigre	187
71. C	ráneo con los jeroglíficos del agua quemada y del	
	pejo humeante	188
72. La	a mano de Dios, según un fresco de Teotihuacán .	189
73. M	lanos de las que caen gotas	190
74. La	impronta divina sobre un vaso Teotihuacano	190
75. D	iosa con impronta divina sobre el rostro	191
76. In	nprontas divinas en el jeroglífico del movimiento .	192
77. In	nprontas divinas como guías del camino	193
78. La	mano en un jeroglífico maya	194
79. M	anos milagrosas derramando objetos	194
80. D	ivinidad creando el mundo de las formas	195
81. El	aliento del tigre-pájaro-serpiente	196
82 M	ano y nies en una representación sagrada	197

LÁMINAS

1. Pirámide del Sol, Teotihuacán.

2. El dominio de la serpiente emplumada (La Ciudadela, Teotihuacán).

3. Plataformas y basamentos de los santuarios que rodean la Ciudadela, Teotihuacán.

4. La pirámide de Quetzalcoatl en la Ciudadela.

5. Cabezas de Quetzalcoatl y de Tlaloc sobre cuerpos de serpientes en bajorrelieve. (Detalle de la pirámide de Quetzalcoatl.)

6. Bajorrelieve representando la cola de una serpiente de cascabel, proveniente de la base de la pirámide del Sol,

Teotihuacán.

7. Jeroglífico de un ciclo de tiempo (Museo Nacional de México).

8. Caballero Águila. Escultura azteca (Museo Nacional de México).

9. Tambor azteca (Museo Nacional de México).

10. Templo circular de los Caballeros Águilas y Tigres, en Malinalco (México).

11. Interior del templo de Malinalco.

12. Piedra esculpida maya, descubierta en Palenque en 1953.

- 13. Danzantes teotihuacanos (Museo Nacional de México).
- 14. Muñecas teotihuacanas (Museo Nacional de México).
- 15. Máscara teotihuacana (Museo Nacional de México).
- Chalchiutlicue, la Diosa del Agua. Escultura teotihuacana (Museo Nacional de México).
- 17. Xochipilli, el Scñor de las Flores. Escultura azteca (Museo Nacional de México).
- Xipe, nuestro Señor el Desollado. Escultura azteca (Colección particular).
- Coyolxauhqui, hermana de Huitzilopochtli (Museo Nacional de México).
- 20. Coatlicue, la Diosa Madre (Museo Nacional de México).
- 21. Imagen de Quetzalcoatl, Cultura huasteca (Museo Nacional de México).
- 22. Detalle del Palacio descubierto por la autora durante las temporadas de exploraciones 1955-56-57, en Zacuala (Teotihuacán).
- Brascro de barro pintado hallado entre las ofrendas de un entierro en el Palacio de Zacuala. Exploraciones de la autora, 1957.
- 24. Representación de Quetzalcoatl bajo la forma del hombre-tigre-pájaro-serpiente. Fresco hallado en el Palacio de Zacuala durante las exploraciones de la autora, 1957.

ÍNDICE GENERAL

I.	El Imperio Azteca	
	La Conquista de México Naturaleza de la Sociedad Azteca Los sacrificios humanos Fuentes de la Historia del México Antiguo La formación de la Cultura Azteca Los Toltecas Quetzalcoatl La traición a Quetzalcoatl Causas de la caída del Imperio	7 12 17 23 25 28 31 35 52
II.	La Religión Nahuatl	
	La Magia	58 63
III.	El Lenguaje Simbólico Nahuatl	
	Tollan, la Antigua Teotihuacán, la Ciudad de los Dioses La Ley del Centro Las Pinturas de Teotihuacán La Unión de los Contrarios en la Religión Nahuatl El Cielo y el Infierno El Corazón y la Penitencia	91 96 101 109 112 124 136
IV.	El Panteón Nahuatl	
	Los Espíritus Liberados Quetzalcoatl Xochipilli, el Señor de las Almas Xipe Totcc, el Scñor de la Liberación Huitzilopochtli, el Quinto Sol 219	144 150 160 163 172

220 ÍNDICE GENERAL	
Tezcatlipoca, el Señor del Espejo Humeante. Conclusiones	
Indice Analítico	204
Indian de Hustracionas	215

Este libro se acabó de imprimir el día 10 de julio de 1964 en los talleres de Offset Técnicos Asociados, S. A., Latinos 36. México 13, D. F. Se tiraron 8 000 ejemplares.

BREVIARIOS PUBLICADOS

ARTE

6. A. Salazar, La danza y el ballet

9. Juan de la Encina, La pintura italiana del Renacimiento

17. H. Velarde, Historia de la arquitectura

26. A. Salazar, La música

29. C. Sadoul. Las maravillas del cine

31. J. N. Forkel, Juan Sebastián Bach

37. A. H. Brodrick, La pintura prehistórica 45. G. Baty y R. Chavance, El arte teatral

48. Juan de la Encina, La pintura española

54. W. H. Hadow, Ricardo Wagner

59. E. Mâle, El arte religioso

65. J. Romero Brest, La pintura europea contemporanea

68. J. C. Paz, La música en los Estados Unidos

72. M. Steinitzer, Beethoven

78. J. y F. Gall, La pintura galante 80. W. Worringer, Abstracción y naturaleza

87. G. Barthel, El arte alemán

- 95. P. Westheim, El grahado en madera 99. A. H. Brodrick, La pintura china
- 101. A. Copland, Cónio escuchar la música

109. G. Sadoul, Vida de Chaplin

115. B. Berenson, Estética e historia en las artes visuales

117. A. Salazar, La música orquestal en el siglo xx

127. H. Read, linagen e idea 133. L. Réau, El arte ruso

148 1 Bal v Gay, Chopin

165. D. Paulme, Las esculturas del África negra

LITERATURA

1. C. M. Bowra, Historia de la literatura griega

4. R. G. Escarpit, Historia de la literatura trancesa

7. G. Murray, Eurípides y su época 24. L. Schücking, El gusto literario

33. A. Millares Carlo, Historia de la literatura latura

41. 1. Pteiffer, La poesía

46. J. Middleton Murry, El estilo literario

53. J. L. Borges v D. Ingenieros, Antiguas literaturas germánicas 56. J. Torri, La literatura española

73. 11 Peyre, ¿Qué es el clasicismo?

79. H. Straumann, La literatura norteamericana en el siglo xx 89. E. Anderson Imbert, Historia de la literatura hispanoamericana

I La Colonia. Cien años de república 96. E. Sapir, El lenguaje. Introducción al estudio del habla 100. A. Reycs, Trayectoria de Goethe

106. W. J. Entwistle y E. Gillett, Historia de la literatura inglesa

112. D. Kecne, La literatura japonesa

125. J. L. Borges, Manual de zoología fantástica

139. G. Bachclard, El aire y los sueños

144. H. Levin, James Joyce 149. J. Torres Bodet, Balzac

153. P. Guirand, La semántica

156. E. Anderson Imbert, Historia de la literatura hispanoamericana: II. Época contemporánea

159. R. E. Modern, Historia de la literatura alemana

163. M. Slonim, La literatura rusa

HISTORIA

2. A. S. Turberville, La Inquisición española

5. N. H. Baynes, El Insperio bizantino

12. J. L. Romero, La Edad Media

25. T. S. Ashton, La Revolución industrial

30. L. C. Goodrich, Historia del pueblo chino 35. J. L. Myres, El amanecer de la historia

38. R. H. Barrow, Los romanos

43. G. M. Trevelvan, La Revolución inglesa: 1688-1689

49. D. G. Hogartli, El antiguo Oriente

51. E. Troeltsch, Él protestantismo y el mundo moderno 60. J. H. Parry, Europa y la expansión del mundo

64. M. Bloch, Introducción a la historia

71. A. Ramos-Oliveira, Historia social y política de Alemania

75. C. Leonard Woolley, Ur, la ciudad de los caldeos 81. H. J. Laski, El liberalismo europeo

86. J. A. Wilson, La cultura egipcia 92. V. Gordon Childe, Los orígenes de la civilización

105. M. Collis, Marco Polo

111. B. K. Rattey, Los hebreos 113. L. Febvre, Martin Lutero

120. G. R. Crone, Historia de los mapas

121. A. Petrie, Introducción al estudio de Grecia

124. E. Wilson, Los rollos del Mar Muerto

131. J. y F. Gall, El filibusterismo 138. L. Cottrell, El toro de Minos

142. D. Thomson, Historia mundial

151. G. Lefebvre, La Revolución francesa y el Imperio

158. M. I. Finley, El mundo de Odiseo

160. A. C. Moorhouse, Historia del alfabeto

167. A. Hus, Los etruscos

PSICOLOGIA Y CIENCIAS SOCIALES

3. H. Nicolson, La diplomacia

13. C. Kluckhohn, Antropologia

15. B. Russell, Autoridad e individuo

18. E. Weilenmann, El mundo de los suenos

H. Nohl, Antropología pedagógica

27. V. E. Frankl, Psicoanálisis y existencialismo

32. M. Halbwachs, Las clases sociales

36. G. Soule, Introducción a la economía contemporánea

40. E. Cassirer, Las ciencias de la cultura

47. C. Thompson, El psicoanálisis

52. H. J. Laski, Los sindicatos en la nueva sociedad

57. P. Vinogradoff, Introducción al derecho 62. W. A. Lewis, La planeación económica

82. W. Wolff, Introducción a la psicología

91. T. Mende, La India contemporánea

93. F. Zwcig, El pensamiento económico

104. M. Buber, Caminos de Utopía

107. A. H. Brodrick, El hombre prehistórico 119. W. Wolff, Introducción a la psicopatología

122. W. Montenegro, Introd. a las doctrinas político-económicas

129. G. D. H. Cole, Introducción a la historia económica

136. E. Wagemann, El número, detective

137. J. A. C. Brown, La psicología social en la industria

141. H. Freyer, Teoría de la época actual 145. R. Linton, Cultura y personalidad

RELIGION Y FILOSOFIA

10. M. Buber, ¿Qué es el hombre?

11. W. Szílasi, ¿Qué es la ciencia?

16. I. M. Bochenski, La filosofía actual

N. Bobbio, El existencialismo
 N. Micklem, La religión

28. W. Chan y otros, Filosofía de Otiente

34. J. Wahl, Introducción a la filosofía

39. E. F. Carrit, Introducción a la estética 42. G. Radbruch, Introducción a la filosofía del derecho

50. W. Dilthey, Historia de la filosofia

55. B. Russell, Religión y ciencia

58. H. R. Gibb, El mahometismo

63. A. Schweitzer, El pensamiento de la India

67. M. R. Cohen, Introducción a la lógica

70. H. Nohl, Introducción a la ética

74. E. Fromm, Ética y psicoanalisis

76. S. Serrano Poncela, El pensamiento de Unaniuno

77. K. Jaspers, La filosofía 83. E. May, Filosofía natural

85. L. Lavelle, Introducción a la ontología



DATE DUE

GAYLORD		PRINTED IN U.S.A.
GATLORD		PARTEURU S.A.



Pensamiento y religion en el Mexico
Princeton Theological Seminary-Speer Library

1 1012 00033 0201